

**¿RELIGIÓN O ESPIRITUALIDAD?
Pr. Joaquín Yebra**

Ventoso, 2014.

COMUNIDAD CRISTIANA EBEN-EZER DE VALLECAS-VILLA

*“Ya no hay un dolor humano que no sea mi dolor;
ya ningunos ojos lloran, ya ningún alma se angustia
sin que me angustie y lllore;
ya mi corazón es lámpara fiel de todas las vigílias.*

¡Oh Cristo!

*En vano busco en los hondos escondrijos de mi ser
Para encontrar algún odio: Nadie puede herirme ya
Sino de piedad y amor. Todos son yo, yo soy todos,*

¡Oh Cristo!

*¡Qué importan males o bienes! Para mí todos son bienes.
El rosal no tiene espinas: Para mí sólo da rosas.
¿Rosas de pasión?, ¡Qué importa! Rosas de celeste esencia,
purpúreas como la sangre que vertiste por nosotros,*

¡Oh Cristo!

Amado Nervo (1870-1919)

Efesios 5: 13-14: *“Mas todas las cosas, cuando son puestas en evidencias por la luz, son hechas manifiestas; porque la luz es lo que manifiestan todo. Por lo cual dice: Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo.”*

Despertarse implica haber estado dormido. Despertar a la espiritualidad es haber limpiado el espejo cubierto de barro en que nos contemplamos; el que aunque sea de la mejor calidad no nos habrá permitido ver nuestra imagen con nitidez, como una ola es una manifestación del océano, sino nuestro rostro distorsionado en una charca lodosa.

No hay otra posibilidad: Si el espejo está cubierto de barro, nuestro reflejo también lo estará. Si el espejo está limpio, limpia veremos nuestra imagen.

En mi infancia llamábamos a la arcilla blanca "*barro santo*", porque la *plastilina* no llegaba a estas costas.

Despertar a la espiritualidad es volver al Evangelio, la Buena Noticia de saber que soy un hijo o una hija de Dios que ha vivido sin saberlo hasta ese momento del despertar, fuera religioso como si no, y ahora puedo volver en sí para darme la vuelta, dejar de vivir mi vana manera de existir, y empezar a vivir conforme a lo que soy, lo que siempre he sido para Dios, mi *Dios Padre-y-Madre*, desde antes de la fundación del mundo, cuando no era ni siquiera unos átomos dispersos, sino sólo era un pensamiento en la Mente Eterna del Altísimo. Y eso ha sido y siempre será lo auténticamente importante: Nuestra trascendencia, nuestra espiritualidad, compartida con todos los demás.

Recordemos la historia que Jesús de Nazaret contó acerca de un padre que tenía dos hijos. El menor de los dos pidió su parte de la herencia por anticipado y se fue lejos, a una provincia apartada donde lo gastó todo en banalidades. Llegó a tener que realizar una labor que jamás un hebreo hubiera querido hacer voluntariamente, como es guardar cerdos.

También llegó el tiempo de crisis económica y la ración que le daban de algarrobas para alimentar a los puercos era tan limitada que no podía ni siquiera robarles un puñado para llevárselo a la boca. Y estando en aquella situación, envidiando a los cerdos, volvió en sí, comprendió su error y emprendió el camino de regreso a su padre.

Somos nosotros quienes tenemos la tendencia a espiritualizar religiosamente esta historia, pero la realidad del relato que nos cuenta Jesús es que el muchacho no sintió para nada el dolor del corazón de su padre. Lo único que sentía era hambre de semanas. Su intención al ponerse en marcha de regreso a la casa familiar era simplemente pedirle a su padre que le admitiera como un jornalero más en su hacienda.

Aquel muchacho creía haber perdido todos sus derechos como hijo por no haber vivido con la dignidad de serlo. Sin embargo, cuando se produjo el encuentro con su padre, éste declaró ante todos sus siervos las palabras que hallamos en el Evangelio de Lucas 16:24:

"Este mi hijo muerto era, y ha revivido; se había perdido, y es hallado."

Efectivamente, había vivido una vida de muerte, pero para su padre nunca había dejado de ser su hijo, cuyo regreso siempre estuvo anticipado en el corazón de su progenitor.

Hijo muerto e hijo hallado, pero siempre hijo. Y todo ello por la sola gracia misericordiosa de Dios nuestro Señor, no por méritos nuestros ni logros espirituales alcanzados por nuestras propias fuerzas.

Ahora bien, lo verdaderamente importante para el buscador de la verdad es que sea, como dijo *Mahatma Gandhi* (1869-1948), "*más humilde que el polvo. Todo el*

mundo aplasta al polvo bajo sus pies. Pero quien busca la verdad tiene que ser tan humilde como para dejar que también el polvo lo aplaste."

Nos han dicho los científicos que sin la presencia de una fuerza cohesiva, los átomos que constituyen el universo físico, éste se derrumbaría estrepitosamente, y todo lo creado dejaría de existir en forma ordenada para convertirse en un total caos, como estuvo al principio.

Esa fuerza cohesiva es el amor, por eso la Sagrada Escritura revela que *"Dios es Amor"*.

A Dios no se le puede encontrar en los templos construidos por manos humanas, ni en los montes sagrados, en los lugares de adoración ni en los ídolos, sino sólo, única y exclusivamente por medio del amor.

De ahí se desprende que los lugares sangrados y los montes santos siempre hayan estado en pugna, en contante guerrear por lograr o mantener su primacía.

Recordemos una parte de un diálogo entre una mujer samaritana y Jesús de Nazaret junto al emblemático pozo de Jacob, donde abrevaron sus rebaños, y ahora Jesús había recibido un poco de agua que le había proporcionado aquella mujer:

Juan 4:20-26: "Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalem es el lugar donde se debe adorar. Jesús le dijo: Mujer, créeme, que la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalem adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos; porque la salvación ('Yeshúa', latinizado 'Jesús') viene de los judíos. Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren. Le dijo la mujer: Sé que ha de venir el Mesías, llamado el Cristo; cuando él venga nos declarará todas las cosas. Jesús le dijo: Yo soy, el que habla contigo."

Estas palabras de nuestro bendito Señor y Salvador deberían haber sido y ser suficientes para que pusiéramos fin a toda la idolatría levantada en torno a lugares santos y piedras sagradas sobre las cuales se ha derramado tanta sangre de hombres, mujeres y niños, bajo el pretexto de la invocación de Dios.

Lo importante es que el Eterno nos otorga la libertad de interpretar el mensaje personal que se encierra para ti, y eres tú y soy yo quienes tenemos que interpretarlo, sin tratar de imponerlo a los demás organizando instituciones religiosas basadas en la promulgación de dogmas sagrados, para rechazar a quienes no los observen meticulosamente desde la perspectiva del *gurú* de turno.

Cuando miramos a Jesús de Nazaret nos damos cuenta de que lo religioso apesta. De ahí nuestro anhelo y esfuerzo por desmitologizar los aspectos religiosos formales del Evangelio de Jesucristo, los mismos que le condujeron a la Cruz del Calvario.

La religión organizada se centra en *"quiénes están dentro"* y *"quiénes están fuera"*. Por el contrario, la espiritualidad genuina no tiene lugar para semejante dualismo artificial. La espiritualidad de Jesús de Nazaret no tiene muros. Todos formamos parte del mismo mundo, por cuanto Dios no tiene dos, y de una misma humanidad, *a la que Dios ama, y por cuyo amor Dios envió a su Hijo, no para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por Él*, somos todos parte integrante. (Juan 3:16-17).

La religión institucionalizada exige lealtad y obediencia a las instituciones, sus clérigos y toda la normativa que constituye su auténtico centro neurálgico. Esto no

es opinable, sino perfectamente constatable y está al alcance de cualquier sencillo observador.

No obstante, hay quienes disfrutan con ello, y creo que no sabrían vivir fuera de esa burbuja, pero que no cuenten con nosotros. "Nosotros" soy yo y todos los que estén tan hartos como yo, que supongo son bastantes más de los que pensamos. Tú sabrás, paciente lector.

La espiritualidad genuina se centra en la lealtad a la justicia y la práctica de la compasión y la misericordia.

La religión canonizada habla mucho acerca de Dios. La espiritualidad busca la manera de acercarnos al Eterno reflejado en el hombre y la mujer, en el hermano, especialmente en el desvalido.

No he conocido a nadie herido por la espiritualidad genuina, pero el número de los heridos y traumatizados por los sistemas religiosos organizados es auténtica legión. Puede que sean más en número que los que militan en las organizaciones religiosas.

Son quienes han caído en las viscosas redes de instituciones dirigidas por hombres que demandan rendición total a su soberanía y no a Dios.

Esos suplantadores, actores de aspecto piadoso, pero que niegan la eficacia de la piedad en su manera de ser y de vivir, afirman que quienes mantienen criterios distintos a los suyos, a veces en cosas nimias, están rechazando la voluntad de Dios.

Esas gentes representan un peligro muy grande y dañino para muchas personas, especialmente para los más débiles de mente y carácter, los que para cuando llegan a descubrir la falacia en que se han metido, suelen salir tan dañados como quienes han sufrido una violación sexual. Así lo afirman muchos psicólogos especializados en el estudio de las organizaciones sectarias, que son las más.

No te importe lo que la religión organizada e institucionaliza predique, cosas que ni tú ni yo podemos concordar con las enseñanzas de nuestro amado Salvador, por muy reconocida y canonizada que esté la institución religiosa de turno.

Recordemos que todos tenemos derecho a hablar. Para lo que no tenemos derecho es para amordazar, sofocar, marginar y destruir a nadie.

Si eres de quienes necesitan pertenecer a una organización religiosa, organizada, valga la redundancia que aquí insistimos en destacar, entonces que al menos sea una donde se predique al Dios Eterno, y no a sí misma; al Dios que es Amor, Justicia, Misericordia, Perdón y Dador de autonomía personal para todos sus hijos e hijas.

Si eres de quienes precisan clero, asegúrate de que sean ministros, es decir, *servidores*, y no *señores del rebaño*; que sean *pastores* y no *carniceros matarifes*; que te sean de ayuda a vincularte a Dios y a los hermanos, especialmente a los necesitados de cariño y ayuda, y no constructores de cadenas férreas a la institución de turno, deificada de tal manera que llegue el momento que no se pueda distinguir entre ella y Dios.

Lo importante es lo que nuestro Señor por el Espíritu Santo te diga y haga en tu corazón. No se pueden poner puertas al campo, ni tampoco mordazas ni filtros a la voz del Espíritu Santo, lo que no signifique que no haya quienes lo procuren.

Los que se visten y revisten con atuendos supuestamente *"sagrados"* se asemejan mucho, aunque millones no se percaten de ello, a quienes juzgaron y condenaron a Jesús de Nazaret.

No debe sorprendernos que la sociedad canonicamente solamente a los que se conforman a ella. Es natural que esa sea su forma de actuación. Poderoso caballero es *"don dinero"* y adiestrado escudero es *el poder establecido*.

Así era en los tiempos de Jesús de Nazaret entre nosotros, y ahora sigue siendo igual. Siempre lo será, hasta que Cristo Jesús venga como Mesías Triunfante para establecer la justicia del Reino de Dios en esta tierra. Nunca antes, de modo que tenemos que aprender a vivir con lo que tenemos. Es lo que hay. Pero siempre podemos escaparnos del núcleo central y tratar de respirar en la periferia.

A nuestro Señor Jesucristo no pudieron canonizarlo, es decir, domesticarlo, y por eso le crucificaron.

Debemos, pues, estar apercibidos, pues a nosotros pueden hacernos exactamente lo mismo, o al menos intentarlo. Hoy los métodos son mucho más sutiles, por lo menos en esta parte del mundo. En otros lugares, no ha cambiado la metodología lo más mínimo.

Si Jesús se hubiera dejado marcar a fuego con el hierro candente de una sistema religioso determinado, no hubiera muerto en la Cruz del Calvario; pero Él no escatimó su vida, sino que la entregó por nosotros.

No entró en disputas ni polémicas con otros hombres que vivían su religiosidad de otra manera, por cuanto Jesús sabía perfectamente que del mismo modo que un árbol tiene muchas ramas y hojas, así también el sentido religioso es uno solamente. Recordemos que la savia asciende desde la raíz hasta la hoja más distante del suelo.

Somos los hombres quienes intervenimos para diversificar y dividir, para impregnar la espiritualidad de intolerancia y convertirla en religiones establecidas separadas como el Polo Norte lo está del Polo Sur.

Y lo terrible es que semejante separación y distanciamiento lo es también respecto al Dios Eterno que es Amor hacia todos, sin jamás pedir carnet de identidad ni adscripción religiosa a nadie.

Por eso es que ha habido y sigue habiendo *"guerras santas"* y grandes derramamientos de sangre en el nombre de Dios; porque se ha abandonado la espada del Espíritu, que es el amor, por la espada de hierro que mata a hierro y a hierro muere.

Jesús renunció a la espada en aras del amor, por eso sólo tuvo para ofrecer la copa del sufrimiento y del amor.

Ahora bien, ¿quiénes asesinaron a Jesús? ¿Los malos de la *"película"*?

No, por cierto, sino los *"buenos"*, los *"decentes de toda la vida"*, los más respetados de aquella sociedad, los que tenían nombre de ser algo, la élite del sistema imperante de entonces y de hoy.

Si Jesús viniera a nosotros en este tiempo en lugar de haberlo hecho en aquellos días, la historia sencillamente se repetiría al milímetro. Solamente cambiarían los nombres de los personajes, la nomenclatura de sus cargos y en parte su atuendo.

Lo que nos preguntamos, y os invitamos a que vosotros también hagáis lo propio, es dónde estaríamos tú y yo, si entre los “*buenos*” o los “*malos*” de la película. Personalmente, creo no tener duda al respecto.

A Jesús lo mataron los *ultraconservadores inmovilistas*, los *decentes de toda la vida*, el *nacionalismo histórico*, la *conferencia episcopal del momento*, el *vaticanismo templocentrista de la época* –o la cambiante organización religiosa del correspondiente contexto–, la *confederación bancaria de aquellos días*, el *Club Bilderberg del imperio*, los *servicios secretos de la CIA del momento y sus escuchas*, la *monarquía y sus chupópteros*, que en aquellos momentos estaban representados por los *escribas*, los *fariseos*, los *saduceos*, el *alto clero de Jerusalem*, con las *clases acomodadas*, los *cortezanos y sus agentes del Imperio Romano en maridaje con la dinastía herodiana*... En definitiva, por los de siempre.

Despertar a la espiritualidad es urgente para los cristianos de hoy. Pero no pensemos que es fácil, porque no lo es. Tenemos todo en contra, y muy especialmente el propio entramado de la religión organizada, el “*tinglado de la antigua farsa*”, como dijera nuestro dramaturgo Jacinto Benavente en el prólogo de su obra “*Los Intereses Creados*”.

Nuestro Señor Jesucristo ha hecho una pregunta que nos alcanza:

Lucas 6:46: “¿Por qué me llamáis ‘Señor’, ‘Señor’, y no hacéis lo que yo os digo?”

Si no hacemos lo que Jesús nos dice, y nos dedicamos a fabricar un Dios “*tapa agujeros*”, como una especie de “*póliza espiritual de seguros*”, es que estamos profundamente drogados y dormidos con el opio de la religión organizada. Y si no somos oficialmente religiosos, pues serán otros “*opios*” los que nos mantengan dormidos o amodorrados. Hay muchos en el mercado para todos los gustos y sabores. Hoy los podemos comprar por la tele y por Internet.

La religión es uno de los opios que nos mantiene dormidos, pero no es el único. Hay otros productos opiáceos que, no por ser seculares dejan de tener características “*religiosas*”, empleados y dosificados por las clases dominantes para mantener ocupados y dormidos a los pueblos, como el deporte-espectáculo, especialmente los deportes supremos, ciertos tipos de teatro, cine y música, los medios de comunicación en poder de las empresas controladas por el estado y las familias de la oligarquía, las drogas de aceptación social sobre las que el estado tiene exclusividad, como el tabaco, el licor y los juegos de azar.

Y en los últimos tiempos, las redes sociales, las cuales no tienen necesidad de engañar ni siquiera en su propia nomenclatura: Son “*redes*” que enredan.

Tristemente muchísimos cristianos desconocen que la voz griega “*metanoia*”, que suele traducirse por “*arrepentimiento*”, y que es transcripción literal del griego “*metanoia*”, que aparece 22 veces en el texto del Nuevo Testamento, tiene el sentido de “*despertarse*” a una realidad que nos pasaba inadvertida; una iluminación que nos permite percatarnos del error de nuestro caminar, para que podamos darnos la vuelta hasta el lugar en que equivocamos nuestra ruta.

El más claro ejemplo lo tenemos en el texto de Hechos de los Apóstoles 11:1-18, cuando los apóstoles y los hermanos de Jerusalem recibieron el informe del Apóstol Pedro acerca de la predicación del Evangelio a los gentiles y su respuesta al mensaje. Vamos a leerlo.

En la exclamación de los hermanos en el versículo 18 tenemos muy claramente expresado el sentido más genuino de la “*metanoia*”:

“*¡De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida!*”.

Podemos ver aquí claramente que los apóstoles y los hermanos entendían que el "arrepentimiento" ("*metanoia*") es algo que Dios concede. No hay otro medio de conseguirlo. Y que no se trataba de dejar una tradición, una religión, o ninguna, para darse la vuelta y adoptar otra, sino de despertarse a la realidad de arrepentirse para la vida.

El arrepentimiento es un despertar a una nueva mente, y su resultado es un nuevo corazón mediante el ministerio de despertamiento, de iluminación y convicción que el Santo Espíritu de Dios produce en el hombre.

El verdadero arrepentimiento es despertar a la luz.

Y Jesús es la Luz del mundo.

Lo contrario es querer distorsionar la realidad.

Y la religión organizada lleva largo tiempo realizando esa labor monstruosa que deja muy herida el alma de muchos seres humanos.

No tiene sentido buscar la felicidad donde no está, ni tomar la vida por lo que no es vida.

El ir contra la realidad es una de las partes esenciales de la religión, y más hondamente cuanto más canonizada, establecida, organizada e institucionalizada esté por parte del imperio de turno, quienes se valen mutuamente en su maderaje.

La espiritualidad nos despierta a la realidad de que la vida es lo que verdaderamente importa.

De ahí que Jesús no nos ha dicho que *Él haya venido para establecer la religión verdadera, o la más pura, sino que ha venido para darnos vida, y vida abundante.*

Esto queda muy claro en la propia vida de nuestro Señor Jesucristo, quien predicaba las cosas más raras y contrarias a la religión establecida en su contexto...

Hablaba con las mujeres a la intemperie, algo insólito en su momento histórico, se dejaba acariciar por una prostituta, comía con ladrones y traidores (cobradores de impuestos para el Imperio Romano), se dejaba tocar por los leprosos, por los niños, interpretaba la Santa Ley de Dios en profundidad, en la hondura del corazón de Dios, su Padre y Padre nuestro, y la profundidad del corazón humano.

Los sabios y los poderosos tenían que eliminarlo. No había otra alternativa, o seguirle o destruirle, igual que hoy. Pero seguirle hubiera significado el derrumbamiento del sistema del que vivían los políticos y religiosos del momento, al igual que en nuestros días. Optaron, pues, por matarle.

La muerte de Jesús de Nazaret descubre la realidad del dormir de nuestra sociedad, de nuestras iglesias, y el clamor de Jesús en la Cruz del Calvario no es sino un grito para que despertemos.

Si no lo hacemos no pensaremos nada nuevo, no veremos nada nuevo, ni descubriremos nada por nosotros mismos. No pensaremos, sino que *seremos pensados*.

Puede que adoptemos una religión o filosofía, pero en lugar de pensar seremos pensados por ella.

Si no despertamos no seremos capaces de saltar por encima de los esquemas religiosos, ni podremos mirar con ojos nuevos la realidad que no cambia.

Me enseñaron, y después he podido comprobarlo, que quienes piensan como marxistas, no piensan, sino que son pensados por los intérpretes del marxismo, ni siquiera por el propio marxismo.

Quienes piensan como católicos, no piensan, sino que son pensados por el *vaticanismo*, esa corte arcaica y anacrónica que actúa como fósil vivo sobre la conciencia de millones de hombres y mujeres. A veces, como es nuestro caso español, sobre toda la conciencia nacional, aunque no se sea practicante de dicho sistema.

Quienes piensan como protestantes, no piensan, sino que son pensados por sus mil y una sectas.

Ni tampoco piensan quienes lo hacen como musulmanes o budistas o como cualquier otro sistema organizado.

Ellos no piensan, sino que son pensados por su respectiva ideología.

¿Y nosotros? ¿Somos auténticamente tú y yo? No somos una excepción. Si creemos serlo, estaremos muy equivocados.

Quienes no puede pensar por encima de su ideología, son esclavos de ella, lo sepan o no. Habitualmente no lo sabemos. Y de ese modo nos perdemos la vivencia de la aventura más extraordinaria de la vida, que es saber quiénes somos realmente.

Quien se deja pensar por una ideología es pensado por ella, y, por lo tanto, está amodorrado, adormecido y no puede despertar de entre sus vapores opiáceos. Y si se da algún momento de clarividencia, y nos percatamos de nuestra verdadera situación, sentimos pánico de salir del sistema, quedarnos sin amigos –aunque esto no significa que dentro tengamos muchos-, y preferimos permanecer, y donde se nos permite, adoptar una posición crítico-analítica y aguantar el chaparrón de falsas acusaciones y campañas orquestadas de desprestigio. Desde luego, no nos vamos a aburrir.

Si no somos de los que no pueden vivir sin tarjeta de visita con algún título rimbombante bajo el nombre, podremos aguantar estoicamente.

Sin embargo, el profeta sin tarjeta de visita ni reconocimiento oficial, no se deja pensar por ninguna ideología, y es por eso que es profeta, y, naturalmente, mal recibido por el *establishment* de su tierra, cualesquiera.

Mateo 13:57: *“Y se escandalizaban de Jesús. Pero él les dijo: No hay profeta sin honra, sino en su propia tierra y en su casa.”*

Quien pretende ser *“profeta”* sin escandalizar, con o sin tarjeta de visita, sólo será un acomodado al sistema que le sostiene, un esclavo de sus patrocinadores. Tendrá siempre que llevar la camiseta con el nombre de su *sponsor*, como tienen que hacer los jugadores de fútbol profesional y de otros deportes-espectáculo de competición.

Su mensaje tendrá que ser *“políticamente correcto”*, pero, naturalmente, no podrá reanimar el bien adormecido en lo hondo del corazón del hombre, el que sólo puede despertar y aflorar bajo la luz y la sal.

El verdadero profeta es el pionero que se atreve a elevarse por encima de los esquemas impuestos.

Su actitud y sus acciones serán revolucionarias, aunque no sostenga el fusil ametrallador sino la copa del amor, el cariño, la acogida, el compañerismo, el perdón, la reconciliación y la alegría.

Y esto solamente puede hacerlo estando despierto y siendo libre del sistema imperante. Pero el precio a pagar será siempre alto, por cuanto no hay obra de amor que no conlleve sufrimiento.

El Evangelio de Jesucristo fue rechazado, y lo sigue siendo, por quienes no querían la liberación personal, sino un caudillo que los guiase, que les dijera qué credo debían incorporar a su religión, para poder contar con base sobre la cual rechazar a otros, y que los liderase para luchar y vencer a los enemigos y establecerse por encima de ellos...

Y si se puede alcanzar una buena posición a la derecha o a la izquierda del "jefe", pues entonces, *"miel sobre hojuelas... y aquí nos las den todas... y pasen días y caigan ollas."*

Esa es la causa de la proliferación de las sectas, con nombre propio o escondidas y agazapadas dentro de las denominaciones cristianas y otros sistemas de creencia reglada.

Quienes tienen miedo a la libertad prefieren ser esclavos de esquemas prefabricados y estereotipados. ¡Cualquier cosa con tal de no pensar o pensar poquito! ¿Será que pensar escuece? ¿Será que no lo sentimos por estar muy acostumbrados?

Me empecé a percatar de algunas de estas cosas cuando después de pedirme que retirara de la biblioteca de la institución teológica en que serví hace años, las obras de Erich Fromm, con especial interés por la desaparición de *"El Miedo a la Libertad"*, me encontré entre los polvorientos estantes un ejemplar de *"Mein Kampf"*, *"Mi Lucha"*, la nefasta obra del *caballero Adolfo Hitler*, en la que anunciaba anticipadamente lo que pretendía hacer en varios campos si llegaba al poder, comprendido el exterminio de los hebreos. Pedí explicaciones ante la presencia de semejante volumen, y la razón para excluir las obras de *Fromm*, pero nunca obtuve respuesta. Esas cosas suceden y *pasan*.

La mayoría de los religiosos se atan con sus propias cadenas, y después se quejan de no ser libres. Es muy frecuente. Lo hemos podido comprobar en el curso de nuestra vida intensa en el medio eclesíástico, concretamente en el evangélico.

Un día, cuando logran *librarse* de esas cadenas, si es que lo consiguen, y hemos dicho *"librarse"*, que no *liberarse*, se vuelven agnósticos y no quieren saber nada que suene a religión.

Es comprensible rechazar el potaje que nos causó el empacho. Nos sucede a todos. No somos perros, por lo que no nos volvemos a comer nuestro propio vómito. Algunos de nosotros tampoco queremos revolcarnos en el lodo. Nuestra piel no lo requiere.

La espiritualidad de Jesús de Nazaret nos libra del amor raquíptico con que nos atamos con el propósito de tratar de robustecer nuestro *"yo"* y sentirnos mejores y superiores a los demás.

El problema principal de la religión organizada, institucionalizada y canonizada es que está en manos de gente dormida y atada, que en el curso de los siglos han cometido tremendas barbaridades creyendo que hacían el bien, y por ello incluso lo ha hecho invocando el Nombre de Dios. Muchos lo siguen haciendo.

Si no sabemos administrar la religión en libertad, sin ideologías ni fanatismos de cualquier color, podemos hacer mucho daño a otros y a nosotros mismos.

Esa es la principal y fundamental causa por la que muchos se refugian en el ateísmo o en el agnosticismo. No les falta razón. Han sido escandalizados, y han tirado *"al bebé con el agua del baño"*. Lo que a nosotros personalmente nos sorprende es no haber hecho lo mismo. ¿Será porque albergamos algún componente masoquista? ¡Vaya usted a saber! Pues iremos a saber.

La pena es que a sus escandalizadores no les hayan tirado al fondo del mar con una piedra de molino de asno atada al cuello, como dicen unas de las palabras más duras de nuestro Señor Jesucristo en el Evangelio:

Marcos 9:42: *"Cualquiera que haga tropezar a uno de estos pequeñitos que creen en mí, mejor le fuera si se le atase una piedra de molino al cuello, y se le arrojase en el mar."* (Paralelos en Mateo 18:6-9; Lucas 17:1-2).

Así ha sido en el pasado y ha venido siendo hasta nuestro presente.

Cuando despertamos comprendemos que las personas no son cosas que viven tras las etiquetas de *"buenos"* y *"malos"*, *"blancos y negros"*, *"feos y guapos"*, *"listos y tontos"*, *"altos y bajos"*.

Miles, puede que millones de personas no se han podido desarrollar porque desde niños les pegaron etiquetas en las que se leía *"tonto"*, *"necio"*, *"estúpido"*, *"no serás nunca nada"*, o como me dijeron a mí en muchas ocasiones, *"vas a dar con tu cabeza en un pesebre"*. Por eso me dio mucha alegría caer en la cuenta un día de que mi Señor y Salvador Jesús de Nazaret nació y le pusieron en un pesebre para que no pasara frío. ¡Qué alivio!

Las etiquetas son elementos distanciadores que alejan a unos seres humanos de otros. Eso debería ser suficiente para que todos nos percatáramos de quienes pueden ser aquellos a quienes les interesa el fomento y desarrollo del sistema de etiquetado social y religioso.

¿Qué es un comunista, o un negro, o un protestante, o un católico, o un nigeriano, o un albaceteño, o un repartidor de Coca-Cola? Seamos sinceros, ni tú ni yo hemos conocido jamás a dos iguales, ni los conoceremos, por cuanto Dios no clona seres humanos.

Lo que sí hemos conocido tú y yo es a organizaciones religiosas y no religiosas empeñadas en hacernos a todos iguales mediante etiquetas, y de ese modo, lograr una masa informe en la que se borren los rasgos personales que nos muestran como seres humanos y no maniqués de galería de tiro.

Estamos constantemente alejándonos de nosotros mismos y de los demás, y la religión organizada contribuye repugnantemente en muchos casos en dicha maniobra perversa.

Tengamos presente que las etiquetas uniformizan a los hombres, y eso es imprescindible para poderles matar sin sentir ningún latido de conciencia, y para recibir después alguna condecoración paradójicamente en forma de cruz. Si matamos en un período no abiertamente beligerante, seremos juzgados como asesinos; si lo hacemos en un período de guerra declarada, nos darán una medalla, y si matamos a muchos, nos darán muchas medallas.

Nos han hecho tragar tantas etiquetas que producen indigestión y empacho, que no debe extrañarnos estar muy amodorrados o dormidos bajo los poderes maléficos del *"diabulum sestorum"*, el *espíritu de la siesta perenne* en que se hallan muchos

cristianos y no cristianos, y del cual hablaron y escribieron varios monjes y ermitaños durante los tiempos medievales.

Este *diablillo* es ignorado por muchos en nuestros días. Está muy libre por nuestra ignorancia, y eso le facilita hacer muchas diabluras. Es lo propio.

Frecuentemente, nos hemos mirado el pecho y hemos comprobado que nosotros no estábamos exentos de etiquetas. Parecíamos guerreras de militares cubiertas con cruces y condecoraciones. ¡Cuidado!

“En tiempos de las bárbaras naciones

colgaban de las cruces los ladrones.

Y ahora, en el siglo de las luces,

del pecho del ladrón cuelgan las cruces.”

Y en nuestro dormir nos escondemos tras las fantasías, las ilusiones y las miserias de que en el fondo nos avergonzamos y mucho.

También es cierto que al tirar de las etiquetas para desprendernos de ellas hemos comprobado que muchas, si no todas, estaban muy pegadas al cuerpo, y al arrancarlas nos hemos llevado con ellas también la piel y a veces incluso la carne.

Nos han programado para que nos sintamos felices o infelices, según se apriete el botón de la autoalabanza o de la crítica mordaz.

Esto es lo que más confusión genera en las vidas de la mayoría de los humanos.

Si nos empeñamos en no despertar, no podrá hacerse absolutamente nada.

Siempre se ha dicho que no debemos obsesionarnos en hacer trinar a un cerdo, como si fuera un ruiseñor, ni que éste se abstenga de bañarse en la ciénaga, por la sencilla razón de que perderemos miserablemente el tiempo, ya que los gorrinos han sido diseñados para bañarse en el lodazal, y tanto nosotros como el cerdo nos irritaremos mucho en nuestro desesperado intento, por muy enconado que sea nuestro empeño, para verificar que dicho esfuerzo habrá sido baldío.

Además, tengamos muy presente que los cerdos irritados puede ser muy peligrosos. Yo lo he podido comprobar, especialmente tratándose de cochinos de dos patas, con camisa, corbata y tarjeta de visita. ¿Tú no?

Tampoco podremos evitar que el perro vuelva a su vómito, pues está en su naturaleza hacerlo. Eso ya lo hemos dicho.

Por eso tenemos el refrán que dice que *“no hay peor sordo que el que no quiere oír”*. Y no se sabe que los pájaros canten dentro de las cuevas. Todo parece indicar que no lo hacen. Además, las cuevas no son lugares favoritos de las aves.

Si no queremos despertar para oír, seguiremos programados, continuaremos amodorrados o dormidos, otros pensarán por nosotros, y esa es la mejor y más eficaz manera de dejarnos controlar por los señores del sistema.

En muchos lugares y estratos sociales ya lo han conseguido, y la campaña sigue adelante. No van a cesar en su empeño.

Dice un aforismo judío que *“dentro de mí suena una melodía cuando llega mi amigo, y es mi melodía la que me hace sentirme feliz. Y cuando mi amigo se va,*

me quedo lleno de su música.” Nosotros afirmamos algo muy semejante cuando cantamos que *“algo se muere en el alma cuando un amigo se va.”*

Jesús se fue, pero volvió a nosotros en la melodía de su Santo Espíritu.

La letra de su canción es muy sencilla. Nos atrevemos a ponerla en palabras:

“Te amo como eres..

Te amo tanto que voy a transformarte

sin violentarte ni dañarte,

respetando siempre tu temple.

Voy a despertarte a la vida

para que te veas con ojos nuevos,

y así puedas ver también a los otros,

sin intolerancia, sin fronteras,

sin dogmas ni amenazas;

hasta que descubras que el amor,

la felicidad y la belleza están dentro de ti;

que sólo el miedo es impedimento para amar;

que Dios sólo puede ser conocido por la vida,

pues es su manifestación inconfundible,

lleva su firma universal y eterna.

Voy a despertarte porque te amo.”

Salmo 3:5: *"Yo me acosté, y dormí, y desperté porque
YHWH me sustentaba."*

Estamos programados desde niños para las conveniencias sociales por una mala llamada educación planificada por el estado secular y sus aliados religiosos, cuando éstos pueden hacerlo; si bien, considerando el elevado número de instituciones de enseñanza en manos de religiosos, particularmente de Roma, en este país nuestro (¿Nuestro?) y el igualmente alto porcentaje de docentes formados en instituciones, resulta muy difícil escapar de la programación a la que nos venimos refiriendo en este trabajo.

Cuando no logran dicha programación, directamente o bajo diversos ropajes, procurarán hacerlo organizando intrigas palaciegas y toda suerte de contubernios. Son especialistas.

Hemos sido programados para dar respuestas mecánicas a todas las situaciones de la vida.

Tomamos como verdades cosas que no lo son, como la patria –invento de los poderosos para la defensa de sus intereses a costa de los pueblos llanos-, las fronteras llamadas nacionales –jamás he visto ninguna desde el aire-, las banderas nacionales, todas empapadas de sangre, los hábitos culturales y la superchería de hacernos creer que somos los mejores, el ombligo del mundo *mundial*. Sobre todo, si marcamos más goles.

Sólo lo que surge de dentro es verdaderamente tuyo y te hace libre. Por eso todos los dardos encendidos y envenenados del enemigo irán dirigidos a nuestro pecho.

Sólo lo que nace y se decide adentro de tu corazón es auténtico y te hace libre, acaba con la violencia que generan los intereses individualistas, los apegos esclavizantes y las pasiones desordenadas.

Lo que hacemos como mero hábito, y no podemos dejar de hacer porque nos domina, nos hace dependientes y nos vuelve esclavos de nuestra programación. Así nos habituamos a las cadenas invisibles que tanto se parecen a esos dolores reumáticos a los que nos llegamos a acostumbrar porque nos acompañan cada día, como es el caso de mi rodilla izquierda.

La espiritualidad consiste en ver las cosas, no a través de cristales de colores, sino tal como son. Los cristales de colores nos muestran la visión de la realidad, no la realidad misma. La luz es invisible. Lo visible es lo que la luz revela.

Insisto en que jamás he visto una sola frontera desde el avión, porque las líneas fronterizas no están en la naturaleza sino sólo en nuestra mente, por la contaminación de los mapas que no se avergüenzan en presentarnos desde nuestra infancia como *“políticos”*.

Allí las han grabado quienes quieren conservar la propiedad de su territorio. A mí no me conmueve la territorialidad porque sólo tengo una maceta en mi ventana, y está un poco mustia, porque debo confesar que no tengo, como dicen los ingleses, *“mano verde”*.

Cuando vean en peligro su finca privada y exclusiva, nos pedirán que luchemos para defender la propiedad de la tierra que no es nuestra, derramando toda la sangre que sea menester de otros hombres y la nuestra propia, convirtiéndonos en asesinos autorizados por un tiempo para quitar vidas de aquellos a quienes tampoco pertenece ni jamás pertenecerá esa tierra, ni la que unos no quieren perder, ni la que otros pretenden conquistar.

La tierra es de todos porque es de Dios.

Sólo lo que es de Dios es de todos.

No hay diversas razas.

La raza humana es una, como el hombre es uno, y como Dios es Uno.

Cuando somos productos de la cultura impuesta, sin cuestionarnos nada, nos convierten en robots.

El hombre espiritual no imita a nadie, porque no es un simio.

Nuestro Señor Jesucristo no imitó nunca a nadie.

Cuando descubrimos a Jesús, porque Él se da a conocer, las cosas que antes nos preocupaban, ahora no nos preocupan un bledo. (planta comestible de poco valor).

Lo que más les preocupa a las personas programadas es tener razón, porque tienen miedo a perder sus ideas, en las que se apoyan; frágiles muletas fabricadas y distribuidas por el sistema imperante para su supervivencia. Son ideas con sabor a "chupa-chup" a la puerta de un colegio; hace años decíamos a "pirulí de la Habana". Hay que reconocer que era una expresión mucho más bonita.

Les da pavor el riesgo, el cambio, la novedad, y se agarran a las viejas ideas que están fosilizadas, como ellos.

Necesitamos despertar, porque, como dice un proverbio chino: *"cuando el ojo no está bloqueado, el resultado es la visión; cuando la mente no está bloqueada, el resultado es la sabiduría; y cuando el espíritu no está adormecido, el resultado es el amor."*

La religión sin espiritualidad es la venda que no permite ni ver, ni entender ni amar.

Cuando me encuentro en medio de un congreso o convención religiosa – escasísimas veces hoy- siempre pasa por mi mente la visión de los caballos de los picadores en las plazas de toros, con sus vendas sobre el ojo que mira al interior del redondel, para que no vean a la noble bestia, se desboquen y den con "Don Tancredo" en la arena del ruedo.

Jesús mandó quitar las vendas a todos los *Lázaros* que dormían el sueño de la muerte; mandó dar de comer a la niña vuelta a la vida; multiplicó los panes y los peces para los hambrientos; multiplicó, no para acumular, sino para repartir.

La religión predica sermones y reparte tratados, folletitos como los que destacan las virtudes de una superlavadora automática o las *megas* y *jigas* del nuevo superordenador o de cualquier otro artilugio electrónico del momento.

La espiritualidad va directamente a la raíz, al hambre, a la sed, al frío del desnudo, a la enfermedad y el dolor y la soledad y la falta de libertad.

La espiritualidad es un proceso que conduce al descubrimiento de quiénes somos y cuál es la razón por la que estamos aquí, y no precisamente solos.

La religión organizada busca hacer adeptos, correligionarios, súbditos de esos pequeños reinos de taifas plagados de luchas intestinas avergonzantes.

La espiritualidad genuina cura el alma herida o traumatizada abriéndola y exponiéndola al Alma Divina.

No trata de destruir ni arrinconar, sino de abrir el camino para el encuentro con el Eterno, y sin intermediarios que pasen factura, no siempre sólo crematística, sino también psicoafectiva.

La religión, como parte del proceso de programación, etiqueta todas las cosas, y lo que es peor, etiqueta a las personas, y como consecuencia, después vivimos el *personaje de la etiqueta y no la persona*.

No tenemos que preguntarnos si un hombre es católico, protestante, ortodoxo, judío, mahometano, budista, ateo o creyente, blanco o negro, occidental u oriental, anglosajón o latino...

Las preguntas no son esas, sino *¿Ama? ¿Se preocupa por los otros? ¿Ríe? ¿Llora? ¿Se siente solo? ¿Es feliz? ¿Atiende a su familia? ¿Es un buen vecino? ¿Comparte algo con alguien o vive sólo para sí? ¿Se atreve a mirar la realidad de la vida o sólo contempla su ombligo?*

Estas son las cosas importantes, que, evidentemente no son "cosas", del mismo modo que las *"cosas más importantes de la vida tampoco lo son, sino personas."*

La espiritualidad huye de las etiquetas porque distancian a los hombres uniformizándonos. Insistimos: ¡Qué fácil resulta matar a *soldaditos*, todos tan parecidos desde lejos! ¡Se parecen a los de plomo de la infancia de los que peinamos canas! Hoy son de plástico. No, hoy son juegos de consola.

La uniformidad es absolutamente imprescindible para poder matar sin apenas sentir el más tenue latido de la conciencia, pero para ello hay que borrar los rasgos de los rostros, hay que acabar con la identidad de personas.

Primero se despoja al hombre de su humanidad, después se le uniformiza como enemigo, o se le llega a clasificar como *"raza execrable"*, y después no cuesta tanto un *Holocausto*, que las *"buenas gentes"* miren en otra dirección, que nadie parezca haberse enterado de lo sucedido, y que sus ejecutores respondan diciendo que *"cumplían órdenes"*.

Los capellanes castrenses de la religión establecida acompañarán a los reos a los patíbulos. Es su trabajo. Cobran por ello. Otros acompañarán a las tropas a la batalla y bendecirán cañones y carros de combate. Lo que haga falta. La bandera y la cruz desfilarán juntas.

No existe una sola palabra para describir al más sencillo de los hombres. Son tantas y tan preciosas las características de cada ser humano, que resulta imposible etiquetarlo. Quizá por eso a Dios no le gustó nada que David hiciera un censo del pueblo.

De ahí que los sabios antiguos de Israel afirmaran que no es posible sumar a los hombres, por cuanto no hay dos iguales entre sí. Es inútil pretender cosificar al hombre y a Dios. Ninguno de los dos nos prestamos. Nos viene de familia.

Estamos constantemente alejándonos los unos de los otros y de nosotros mismos. Por eso la gente procura no tocarse. A mí personalmente me encanta saludar con la mano extendida, abrazar y besar, porque siento que los demás están vivos, y eso me confirma que yo también estoy vivo.

El existencialismo ha hecho a muchos creer que son invisibles, y lo que es peor, convencerse de que pasar inadvertidos y no significarse es cosa buena.

Los padres y los abuelos de la postguerra nos lo recordaban casi todos los días: *"¡Niño, no te signifiques!" "¡No te manifiestes en nada ni por nada!"* Esto se les decía especialmente a los hijos y nietos de los *"rojos"*, que fueron quienes perdieron la guerra. En aquellos días sólo había dos calificativos para los lisiados de la guerra: o bien eran *"caballeros mutilados"* o *"jodíos rojos"*. Si no me crees, pregunta a tus mayores.

Pero es incuestionable que jamás ha habido dos puestas de sol iguales.

La naturaleza aborrece la igualdad monótona; ni dos briznas de hierba ni dos gotas de agua ni dos cristales de nieve son iguales.

Por eso Buda enseñó que la realidad es sólo lo que está ocurriendo ahora entre tú y yo.

Exactamente lo mismo ha afirmado Jesús de Nazaret en el Evangelio:

Mateo 6:34: *"No os afanéis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su afán. Basta a cada día si propio mal."*

Ni mañana ni el pasado son realidades; su único valor es que el pasado nos hizo ser como somos ahora; y el futuro sólo es nuestro proyecto de ser, con el riesgo de que sólo sea un sueño irrealizado.

Dice el refrán inglés: *"Work while you work, and play while you play; that's the way to be happy and gay"*, *"trabaja mientras trabajas, y juega mientras juegues; esa es la forma de ser feliz y alegre."*

Cuando estés comiendo, come; cuando estés trabajando, trabaja; cuando estés jugando, juega; cuando estés descansando, descansa; y cuando estés mirando una flor, mírala, y preferentemente hazlo sin ninguna prisa.

Tengamos siempre presente que lo que se nos encarga para nuestro bien y el de los demás es que aseamos sencillamente humanos. Y preferentemente siempre nosotros mismos. Ni más ni menos.

Si queremos conocer verdaderamente un árbol, tenemos que trepar por él, sentirlo, abrazarlo, sentarnos en sus ramas, escuchar cómo sopla el viento entre sus hojas. Yo sólo lo he hecho una vez, subiéndome a un sicomoro estando en la tierra de Israel. Fui Zaqueo por un momento.

La aventura más emocionante de la vida es llegar a saber quiénes somos.

¿Eres tú quien realmente eres o eres lo que los demás quieren que seas?

Para ser como Jesús de Nazaret hemos de ser nosotros mismos, sin copiar a nadie, pues sólo es real lo auténtico, como real y auténtico fue Jesús de Nazaret entre nosotros, el completamente *otro* siendo uno de nosotros, uno de los nuestros.

Solemos echar la culpa a la realidad de la vida, y no queremos darnos cuenta de que son nuestras acciones y reacciones programadas las que nos contrarían y obstaculizan nuestro avance.

Tenemos unos hábitos profundamente inculcados que funcionan como una máquina automática: A tal pregunta, tal respuesta; a tal contrariedad, tal reacción.

Y así nos pasan los años con la *"serpiente multicolor"* de la *"Vuelta Ciclista a España"* o el *"Giro Italiano"*, o la *"Vuelta a Francia"*, o el enfrentamiento *"Real Madrid – Barça"*, o las *entrañables fiestas de Navidad*, o las *vacaciones de Semana Santa*, que nos hacen pensar que para muchos quizá Cristo sólo dio su vida para salvar el turismo, que tan importante lugar ocupa en la balanza de pagos y en el producto interior bruto. ¿O no?

Funcionamos como *autómatas*, que es como denominábamos a los *robots* hace muchos años, con ese término que nos ha llegado del checo *"robota"*, *"siervo"*, *"esclavo"*, *"trabajador forzado"*.

Las rígidas leyes que nos han inculcado sólo responden a que *“así se ha hecho siempre”*, y en eso no nos han mentado por cuanto los intereses de los poderosos no han cambiado, sino sólo sus métodos cada vez más sofisticados para la explotación de los debilitados.

Y con esa razón tan endeble podemos hacer incluso las cosas más adversas y contrarias a la razón y a la convivencia con los demás hombres, nuestros hermanos.

Hablamos del estafador en la cárcel, el político corrupto, los sobres de dinero en *negro*, los jueces apartados e imputados por ordenar prisión para los golfos banqueros blindados, las mafias organizadas, los permisos de apertura de los locales de culto de las minorías religiosas, desvergonzadamente clasificados como si fueran discotecas, los ochenta céntimos mensuales con que han aumentado la pensión a la abuela –ha costado más el impreso, el sobre y el franqueo- las multimillonarias asignaciones a las Fuerzas Armadas, a la Iglesia Católica Romana y a la Corona, mientras siguen los desahucios y los fraudes, engaños, desfalcos y corrupción que todos los días, sin excepción, llevamos viendo aparecer en los medios de información. Esa es nuestra vergonzosa actualidad. Y ya nos hemos acostumbrado a ella, tanto que casi ha dejado de ser tema de conversación.

Esos son los temas de conversación de nuestras tertulias y pasillos. Pero *Mohamed Akbar* –es un nombre imaginario- se ha dejado la piel a trizas en las navajas de la verja de Melilla... Eso no importa...

Mohamed Akbar no es un ser humano; sólo es un inmigrante sin papeles, fuera de la ley, indocumentado, ilegal, un estorbo para todos...

Si al menos jugara bien al fútbol, o fuera un atleta de élite, o cantara y bailara; pero resulta que es en la práctica como tú y como yo, por lo menos yo: No sabe hacer nada extraordinario. ¡Vaya problema!

Mientras tanto se constituirá una comisión estatal con dietas para estudiar cuánto cortan las navajas adosadas a las rejas de la frontera para evitar que los subsaharianos que buscan trabajo en España penetren en nuestro suelo. ¿Nuestro?

Tampoco importan los subsaharianos que han sobrevivido en la patera que los ha traído hasta el litoral donde a poca distancia están los grandes hoteles de cuatro y cinco estrellas que este año han superado el 90% de la ocupación. Nos ha ayudado mucho la crisis egipcia.

Ellos irán a parar a centros de internamiento, es decir, a cárceles para aquellos cuyo delito es buscar trabajo en un mundo que han visto en televisión y se preguntan por qué no tienen derecho a él... Y eso será así en el caso de que tengan la fortuna de llegar vivos, y no sean pasto de los tiburones del Estrecho de Gibraltar.

Otros no irán a ningún centro de internamiento porque han terminado pereciendo en el intento, o ahogándose presa del pánico en medio de balas de goma y botes de humo *“disuasorios”*. A este respecto seguramente se constituirá otra comisión más para estudiar si efectivamente uno puede asustarse si caen balas de goma cerca y ahogarse.

Personalmente creo que debería algún ministro o ministra del gobierno hacer el experimento en su propia carne, tirándose al agua entre un grupo de inmigrantes para verificar este hecho, como hizo *Manuel Fraga Iribarne* cuando se bañó con el embajador de los Estados Unidos en la playa donde había caído una bomba atómica aerotransportada por las fuerzas aéreas norteamericanas, que, afortunadamente,

no explotó. De esa manera tan práctica se evitó que el turismo de la zona perdiera puestos. ¡Qué tío!

Tampoco nos preocupan los niños y niñas de la Cañada Real que juegan al fútbol con los del colegio de nuestros hijos, y pierden siempre porque no tienen el equipamiento adecuado para el deporte.

Nada más entrar en el umbral de la espiritualidad nos percatamos de que lo importante es el "ser" y no el figurar y aparentar, no el maquillaje.

Tan metidos estamos en la programación, que actuar con claridad es realmente un milagro.

Nuestra esperanza es saber que los milagros no han cesado, porque *"Jesucristo es el mismo, ayer, y hoy, y por los siglos."* (Hebreos 13:8).

Lo que nos hace sufrir no es la vida, por cuanto la vida es don de Dios, sino nuestras alucinaciones y nuestro sopor y amodorramiento, del que tanto cuesta despertar para encontrarnos cara a cara con esa libertad nuestra que tanto miedo nos produce.

Lo más difícil es la capacidad de ver, ver simplemente, sin engañarnos, porque ver significa una invitación al cambio y a seguir caminando.

No cabe duda de que lo mejor del hombre es el amor, y no tan sólo lograr una marca, ser plusmarquista, y vivir para humillar a los perdedores. Además, resulta cansadísimo. No se puede vivir siempre en el escenario, esperando a que baje el telón y podamos ser nosotros mismos.

Incluso corremos el riesgo de olvidar quiénes somos realmente, si llevamos mucho más tiempo en escena que en el ser quienes somos.

Lo contrario al miedo es el amor, por eso donde hay amor no caben los temores. Efectivamente, así nos lo dice la palabra apostólica: *"En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor; porque el temor lleva en sí castigo. De donde el que teme, no ha sido perfeccionado en el amor."* (1ª Juan 4:18).

Y quien no tiene miedos, no teme la violencia, porque la violencia no tiene lugar en su corazón.

Toda violencia es fruto del temor, y el temor crea más violencia y más temor.

Teresa de Ávila dijo que *"Dios le había concedido el don de desidentificarse de sí misma para poder ver las cosas desde afuera"*.

Este es un gran don espiritual, puesto que el único obstáculo y raíz de todo problema es el "yo".

Desidentificarse significa no afectarnos por lo que está ocurriendo, vivirlo como si no estuviera sucediéndonos solamente a nosotros, porque tan pronto metemos nuestro "yo" en exclusividad en cualquier persona, situación o cosa, vamos a sufrir y hacer sufrir, por mucho que procuremos evitarlo.

Vivir *desidentificados* es vivir sin apegos esclavizantes, olvidados del "ego", que es el que genera egoísmos y deseos desordenados y celos, que son las grietas por las que entran todos los conflictos en la vida de todos y cada uno de los seres humanos.

Desidentificarnos es recuperar nuestra identidad genuina, para lo cual es menester abandonar todas nuestras dependencias y apegos esclavizantes, esos lastres que

no nos permiten elevarnos por encima de las montañas, y que toman la forma de personas absorbentes, relaciones patológicas, ideas estereotipadas, falsos conceptos arraigados, creencias dogmatizadas, conveniencias egoístas, tradiciones irracionales, corrientes de moda que nos arrastran y conducen a la absorción de nuestra energía vital y anulan nuestra identidad propia y genuina.

La religión en su forma organizada, institucionalizada y canonizada por el poder opresor obstaculiza el desarrollo de la personalidad, sometiéndonos a dogmas que hemos de aceptar incuestionablemente en una subordinación que hoy sabemos es causa de muchas neurosis soterradas y enmascaradas por un tiempo, pero que al final hacen acto de presencia en las personas y en sus relaciones interpersonales.

De ahí se desprende que la religión genere y desarrolle la creencia de estar en posesión exclusiva de la verdad. Los otros llegan a estorbar, y su eliminación pasa por la mente de los pontífices máximos, bajo cualquiera sea su título. La prueba irrefutable es que siempre que han podido hacerlo, lo han hecho.

Los gestores de la religión organizada e institucionaliza sienten pavor ante la posibilidad de que haya verdad en otros caminos religiosos, y mucho más respecto a alternativas de naturaleza espiritual fuera del ámbito de sus feudos, las iglesias y las denominaciones.

De ahí su pánico a la espiritualidad que supera todas las fronteras religiosas.

Saben, intuyen, barruntan, sospechan o se temen que la espiritualidad es un proceso interno de búsqueda de la autenticidad personal, de lo verdaderamente genuino y necesario para el desarrollo de la identidad de cada ser humano, más allá de la *egocentricidad*, así como un proceso de continuo trascender mediante la interrelación personal y la unión con la comunidad de hombres y mujeres con quienes compartimos la vida, que es lo más importante que tenemos.

Saber esto significa que los dirigentes religiosos se asustan al verse menos necesarios; desde luego, perfectamente prescindibles.

La espiritualidad sabe que las *semillas del Verbo*, las *simientes de la Palabra de Dios*, han sido sembradas por el viento del Espíritu Santo en toda la tierra. Por eso es que cuando los misioneros llegan a un lugar con el mensaje del Evangelio, pronto descubren que el Espíritu Santo había llegado antes que ellos.

Los que no se percatan de esto no pueden impactar a nadie, solamente arrasan con su imposición cultural y experimentan muchos dolores y frustraciones.

Son apenas unos pobres turistas-agentes de multinacionales de la religión organizada que se aburren soberanamente tratando de justificar su estancia sacando fotos y enviando informes a su casa matriz. Yo les he dedicado un libro titulado "*El Turismo-Misionero y su Oscuro Trasfondo*", en www.ebenezer-es.org (Sección "*Publicaciones*").

Las religiones pueden ser muchas y cambiar en el curso del tiempo, pero lo esencial es que descubramos dentro de nosotros que la verdad es de todos, es universal, y no pertenece a unos ni más ni menos que a otros. De lo contrario no sería "*verdad*".

La religión organizada pretende siempre ser un solo virtuoso, mientras que la espiritualidad se reconoce sinfónica por naturaleza.

Por eso la espiritualidad nos permite descubrir que no somos quienes creemos ser. Nos inclinamos a pensar que esa es la *desidentificación* a la que se refería nuestra

hermana *Teresa de Ávila*, anticipándose en siglos a descubrimientos muy recientes de la psicología moderna.

Cuando nos afligimos, intentamos cambiar la realidad para ajustarla a nuestra programación, pues creemos que esa será la solución a nuestros problemas. Nada más alejado de la realidad.

Sin embargo, al no conseguirlo, nuestra frustración viene a sumarse a nuestra aflicción, y el problema no sólo no se resuelve sino que aumenta notablemente.

Si nos abrimos a la realidad, vemos que todo cambia a nuestro alrededor.

Las circunstancias no suelen cambiar; lo que necesita cambiar es nuestra actitud ante las circunstancias.

Dice un refrán que *"en vez de alfombrar todo el mundo para no tropezar, es más fácil calzarnos unos buenos zapatos."*

No podemos suavizar las asperezas de los caminos, ni despedregarlos todos ellos para transitar con mayor comodidad; pero sí podemos acometer nuestra andadura con el calzado adecuado, y llevar provisión de sal para bañar nuestros pies al final de la etapa o de la jornada, como hacían los soldados romanos. De ahí que la paga fuera denominada *"salario"*.

La espiritualidad nos ayuda a comprender que la felicidad siempre ha estado en nosotros, a nuestro lado, como una sombra que nos ha acompañado por todos nuestros caminos, pero se metieron exigencias de por medio: *La falsa idea de la supremacía de nuestra cultura, de nuestra religión, de nuestros miedos, de nuestras fobias, de nuestros mecanismos de defensa, y la fueron ahogando.*

Nos engañaron haciéndonos creer que la felicidad era una meta, en vez de alertarnos ante la realidad de que la felicidad es una actitud hacia la vida y todos los quehaceres de nuestra existencia.

La sobrecarga de exigencias y *autoproblemas* no nos permite amar ni encontrar felicidad en nada, por cuanto ya tenemos bastante con defendernos de los *fantasmas* que creemos que nos están atacando, muchos de los cuales han sido engendrados por nosotros mismos.

El *síndrome del donquijotismo* nos hará fácilmente creer que *los molinos son gigantes*. La espiritualidad nos muestra la inexistencia de los segundos y la belleza de los primeros.

En ese estado, lo que llamamos amor se vuelve egoísmo, amor a nuestro *"ego"*, interés propio.

Así es como muchos llegan a no amarse tampoco ni a sí mismos.

La espiritualidad enseña que el amor es pura gratitud, por lo que no podemos poner condiciones.

La pianista judía *Alice Herz-Sommer*, la más anciana de los sobrevivientes del Holocausto nazi, quien falleció el 23 de febrero del año actual (2014), en Londres, a los 110 años de edad, afirmaba que la música le había salvado la vida, que *Beethoven* había sido su religión, que la vida era bella, el amor era bello, y la música y la naturaleza eran bellas, por lo que todo había un regalo. Eso es espiritualidad.

No hay letra pequeña en el amor, por cuanto no cabe en las cláusulas de ningún contrato.

Por eso es que si nos ponemos condiciones a nosotros mismos, ¿cómo no vamos a poner condiciones a los demás?

De ahí que nuestro Maestro nos haya dicho que el primero de los Mandamientos de Dios es *"Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas."* (Mateo 22: 37-40).

De ese modo, poniendo condiciones, convertimos eso que llamamos *"amor"* en un egoísmo refinado que utilizamos para darnos autoplacer, o para evitar sensaciones desagradables, sentimientos de culpabilidad o de fracaso. Al menos procurarlo.

Por eso es que *Jesús de Nazaret nos enseña a pedirle a Dios que nos perdone nuestras deudas como nosotros hemos perdonado a nuestros deudores.*

1ª Juan 4:18: *“En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor; porque el temor lleva en sí castigo. De donde el que teme, no ha sido perfeccionado en el amor.”*

A Dios se le conoce por un proceso de sustracción, es decir, sabiendo quien no es. Resulta mucho más fácil que añadiéndole nombres, títulos adjetivos, atributos y demás zarandajas, con terminología filosófica que no es comprensible para la mayoría de los mortales.

Es como el cajero del banco, que no puede conocer todos los billetes falsos que salen a circulación todos los días, pero conociendo bien el billete auténtico nadie le podrá engañar con falsificaciones.

A Dios se le conoce no añadiéndole nombres, ni etiquetas, ni conceptos, ni dogmas. De ese modo podemos muy fácilmente detectar a los dioses falsos, que son muchos.

Dios sencillamente *es*, y como dijeron los teólogos medievales, "*es espíritu simple*", es decir, no hay en Él pliegues ni dobleces, sino que su ser es como la túnica que alguien regaló a Jesús de Nazaret –quizá se la confeccionase su madre Myriam de Nazaret o Myriam de Magdala- de una sola pieza, tejida de arriba abajo.

Por eso no podemos enmarcarlo, ni clasificarle, porque escapa a nuestra tendencia religiosa a la objetivización. Él es "*El Galgo de los Cielos*".

Cuanto más añadiduras le pongamos, menos le conoceremos.

¿Cómo sería Jesús de Nazaret como para que todos se sintieran a gusto con Él?

Bueno, eso no es del todo cierto, porque algunos no se encontraban bien con el Maestro, ya que necesitaban sentirse superiores a los demás, y eso se caía por su propio peso estando con Jesús.

No podían sentirse cómodos en la compañía del Maestro quienes sólo buscaban apariencias, posiciones, cargos, rangos y dominación. Tampoco pueden sentirse en casa con Jesús quienes aspiran a posicionarse por encima de sus hermanos en el viejo tinglado de la religión organizada.

No podían sentirse bien en compañía del Señor aquellos que esperaban que Él trajera a la luz un Reino de este mundo, porque estaban ciegos para ver que los reinos de este sistema estaban y están gobernados desde las sombras por aquél que se los ofreció a nuestro bendito Salvador, si tan sólo Jesús le adorara.

Jesús no tenía para repartir ni estrellas ni galones para la bocamanga de la guerrera de sus "*oficiales*", de tal manera que quien más chatarrería luciera fuera el que mandara más.

Tampoco poseía fondos de asignaciones estatales, porque nunca llamó a la puerta de los poderosos para que le patrocinaran su proyecto.

Jesús sólo tenía pies encallecidos para caminar, manos curtidas para sanar, miradas para elevar el alma, y un corazón fuera del pecho, muy susceptible a los dardos envenenados de los señores de este mundo.

No podía ofrecer a sus seguidores, a diferencia de las zorras del campo, ni siquiera un lugar tranquilo donde reposar la cabeza.

Nuestro Señor y Maestro no se sentía superior a los demás porque vivía en la realidad, mientras que los que querían sentirse superiores o se sentían por encima de los otros, no vivían en la realidad, sino en la quimera del mercantilismo del alma.

Algo parecido les sucede a muchos hermanos a quienes llevo muchos años describiendo como *"moradores de la burbuja evangélica"*. Supongo que en otros campos habrá las correspondientes *"burbujas"*. Personalmente sólo estoy familiarizado con las de mi entorno, pero me inclino a pensar que no faltarán *"burbujas"* en los campos del vecino, aunque siempre el césped de nuestro vecino nos parece más verde que el nuestro.

Es más, los que sentían fobia ante la realidad, miedo al amor y pánico ante la libertad, no sólo se encontraban a disgusto con Jesús, sino que desde el mismísimo principio de su ministerio público procuraron destruirle e hicieron todo lo posible para lograrlo.

Sin embargo, Jesús no se defendía de nadie porque no tenía miedo de nada ni a nadie.

El Maestro estaba completamente liberado del temor, por eso su comportamiento no era violento.

Recordemos que el enemigo del amor no es el odio, sino el miedo.

El odio sólo es una consecuencia del miedo compulsivo.

Es el miedo el que genera los deseos y las ansiedades.

El que nada teme está seguro y nada desea compulsivamente.

En el mundo hay un deseo común que es el cumplimiento de lo que se cree que va a darnos la felicidad al *"yo"*.

Ese deseo es el apego por excelencia, por cuanto ponemos en él nuestra seguridad, nuestra certeza de que va a proporcionarnos la felicidad.

Pero la felicidad no se deja agarrar con nuestras manos, por cuanto, insistimos, no es una meta por atrapar, como tristemente tantos creen y sufren y hacen sufrir a otros, sino que la felicidad es una manera de ver la vida, de contemplar el Universo.

Los sabios taoístas sólo hablan del camino. *"Tao"* significa precisamente *"Camino"*. Ellos nunca hablan de la meta por cuanto saben que la meta se cuida de sí misma; no tenemos por qué preocuparnos por ella.

También nuestro bendito Señor y Salvador Jesús de Nazaret nos ha dicho que Él es el *"Camino"*. Y de la meta, sólo nos ha revelado que *nadie viene al Padre sino por Él*. Es decir, que quien llega a la meta lo logra por el Cristo bendito, por el *Camino*, lo sepa o no.

Y el *Camino* no es una autopista en la que los automóviles colisionan, donde mueren los hombres y los perros, sino que el *Camino* es como un pájaro que vuela en el cielo sin dejar huellas tras de sí.

El *Camino* es bello y se hace más hermoso en la medida que nuestra consciencia se hace más sabia.

En el Camino comprendemos que no había sido necesario correr tanto de acá para allá, porque el *Camino* siempre había estado a nuestro lado.

Se cuenta que una vez llegaron dos mensajeros del emperador. Chuang Tzu estaba pescando tranquilamente. Los mensajeros se acercaron a él y le dijeron que el emperador quería nombrarle primer ministro de la nación.

Chuang Tzu les dijo: "¿Veis la tortuga que está ahí abajo moviendo su cola en el lodo?"

Ellos dijeron: "Sí, la vemos".

"¿Y veis lo feliz que es?"

Ellos respondieron: "Pues sí, parece tremendamente feliz".

Entonces Chuang Tzu les dijo: "He oído que desde hace trescientos años hay en el palacio del emperador una tortuga muerta, encerrada en una jaula de oro decorada con diamantes, a la que se le rinde culto. ¿Creéis que si se le propone a la tortuga que está moviendo feliz su cola en el barro, que se cambie por la del palacio del emperador –muerta, metida en una jaula de oro, decorada con diamantes y venerada por el propio emperador- estaría dispuesta a aceptar?"

Los mensajeros respondieron: "Por supuesto que no".

Chuang Tzu entonces dijo: "¿Y por qué tengo yo que estar dispuesto? ¡Iros, pues! Yo soy feliz en mi barro moviendo mi cola, como esa tortuga, y no tengo deseos de ir al palacio del emperador."

La espiritualidad nos conduce a la comprensión de que si la vida parece tan escasa de sentido es porque el sentido nace del equilibrio entre lo útil y lo inútil.

Había una vez un beduino que viajaba en la noche, y sus sirvientes, cuando llegó la hora del descanso, descubrieron que no tenían nada más que 19 estacas para los 20 camellos de la caravana...

Cuando le consultaron al dueño, éste les dijo:

"Simulad que claváis una estaca cuando lleguéis al vigésimo de los camellos, y como el camello es un animal muy estúpido, creerá que está atado como los demás."

Así lo hicieron, y a la mañana siguiente todos los camellos estaban en su sitio, y el número veinte también lo estaba, aunque era el único que no se encontraba atado.

Cuando los desataron, todos los camellos se pusieron en marcha, excepto el número veinte, que permanecía quieto, como si estuviera atado.

Entonces el propietario de los camellos dijo: "Haced el gesto de desatar la cuerda de la estaca."

Así lo hicieron, y el camello entonces se levantó y se puso en marcha con los demás.

También se cuenta la historia de aquel árabe que tiraba con arco con inusitada maestría. Siempre acertaba en el centro de la diana.

Pero un día llegó otro arquero y se puso a su lado a disparar sus flechas.

Ahora el primero no estaba sólo concentrado en sus disparos, sino también en los del arquero que disparaba a su lado. Y así fue como el primero comenzó a fallar en algunos de sus lanzamientos.

Pero he aquí que un día llegó un tercero que les propuso un concurso con su correspondiente premio.

Ahora el primero de los arqueros comenzó a fallar muchas más veces, por cuanto no podía evitar que su atención estuviera en sus disparos, en los del arquero a su lado y en el trofeo prometido al vencedor.

La espiritualidad permite cambiar nuestra escala de valores, pues nos capacita para ver tesoros por todas partes, mientras se va cayendo por doquier todo lo que no vale.

Son nuestros ojos los que pueden convertir todas las cosas en sagradas.

Y cuando el agua se precipita sobre las rocas, éstas, más tarde o más temprano, se disgregarán y se convertirán en arena. Siempre ha sido así, inevitablemente.

La consciencia necesita estar libre de dogmas religiosos, liberado de condicionantes.

Cuando estamos a solas, cuando sabemos aprovechar el silencio, podemos sentir la cercanía del más allá, por cuanto éste no está lejos.

Por eso nuestro Señor Jesucristo nos ha revelado que el Reino de Dios está en nuestro medio.

No lo podemos percibir porque estamos sobrecargados de cosas inservibles, de desperdicios, comprendidas cosas muy caras que irremediablemente terminarán en el basurero.

Frecuentemente somos como una habitación llena de muebles, en la que no queda espacio para que entre el más allá, el aire, la vaciedad, el cielo, el espacio.

Nuestra mente actúa como un prisma: Divide las cosas en muchas, pero la Verdad es una sinfonía.

Por eso es que la primera cosa a determinar es si existe en nosotros un verdadero deseo profundo por conocer la verdad.

Cuenta uno de los *Evangelios Apócrifos* que andando por un camino, en la cuneta había un perro muerto que hedía. Los discípulos apretaron el paso para distanciarse del animal muerto y de su olor nauseabundo. Pero Jesús se quedó contemplándolo. Después, el Maestro apretó el paso y alcanzó a los discípulos, y les preguntó: *“¿Os fijasteis que blancos eran los colmillos del perro?”*

Así es como se consigue la paz, cuando dejamos caer la pesadísima carga de nuestro *“superyó”*, el que nos ha hecho empeñarnos en mantener una posición ante los demás, el afán por defender nuestra imagen, nuestro nombre, nuestro prestigio, nuestra reputación, y todas las demás pamplinas que utilizábamos para impresionar, para que nos valorasen o para que nos tuvieran en cuenta.

¡Qué descanso tan grande cuando tiramos toda esa chatarra por la borda!

¡Qué alivio sentimos cuando nos desprendemos de todas las medallas y condecoraciones!

Y lo paradójico es que manteníamos esa chatarrería porque buscábamos en ella remedio para nuestra inseguridad, y resulta que la verdadera seguridad la sentimos cuando soltamos toda esa parafernalia, tanto la exterior como la interior.

Jesús de Nazaret no permitió que nadie le pusiera esa chatarrería sobre su pecho por cuanto siempre quiso estar y estuvo despejado y despierto.

Quisieron hacerle rey, por lo menos en una ocasión que sepamos, pero Él pasó por en medio de ellos y les dejó elucubrando y discutiendo entre sí.

Siguiendo su ejemplo, también he tenido que abandonar cargos y dejar a aquellos que no saben vivir sin ellos discutiendo sobre cuántos ángeles incorpóreos podrán posarse en la punta de un alfiler, y si es lícito comerse un huevo puesto por una gallina en el día de reposo.

Nada más alejado de la vida de nuestro Señor Jesucristo que las apariencias y los polvos de maquillaje.

Los paisanos de Jesús dijeron: *“¿No es este el hijo del carpintero?”*

Natanael, antes de conocer a Jesús, dijo: *“¿De Galilea puede salir algo bueno?”*

Pero Jesús no corrigió a ninguno de ellos presentándoles una impresionante tarjeta de visita o un curriculum impreso en los Cielos. ¡Y podía haberlo hecho!

Las apariencias jamás ocuparon tiempo en la vida de Jesús de Nazaret.

Cuando Jesús nos enseña a orar y nos da una de las peticiones de su oración al Padre como *“el pan nuestro de cada día, dánoslo hoy”*, está diciéndonos que sólo el presente está vivo, y vivir el presente supone dejar el pasado atrás, abiertos a la sorpresa de cada momento.

El pan reciente, fresco, se ve bonito, huele bien, suena bien, sabe bien.

¡No hay mejor remedio contra el espíritu demoníaco del aburrimiento que vivir el presente!

“Ahora” es lo que importa, porque *“ahora”* es la vida, *“ahora”* todo es posible, *“ahora”* es la realidad.

El temor al futuro, o la esperanza en el porvenir, no son nada más que proyecciones del pasado, viejos hologramas que se van desgastando, emborronándose y deformando con el paso de los años.

Es infinitamente más fácil perdonar cuando experimentamos la *purificación de la memoria*, como lo llamaba *Juan de la Cruz*, evitando nostalgias y añoranzas.

Sólo así podemos estar disponibles para recibir a los demás en cada momento, dejando atrás el pasado, con todo lo bueno y todo lo malo, para estar abiertos al presente.

Es muy peligroso vivir de la memoria, del pasado siempre fantasmagórico, por cuanto sólo el presente está vivo. De lo contrario, podemos mantener conflictos aparentemente vivos por causas que tuvieron su incidencia en nuestra vida, pero que ahora resulta que ya no recordamos muy bien cuál fue su origen.

Es el *“ahora”* lo que verdaderamente importa, porque *“ahora”* es la vida. No nos cansamos de repetirlo, porque estamos convencidos de que se trata de una necesidad urgente para muchas almas.

Por eso nuestro Señor Jesucristo nos ha dicho en Mateo 6:34:

“Así que, no os afanéis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su afán. Basta a cada día su propio mal.”

La espiritualidad nos muestra que la personalidad, la entronización del *“yo”*, es el mayor impedimento para amar, por cuanto concibe a las personas como

propiedades... *"mi padre", "mi madre", "mi mujer", "mi marido", "mis hijos", "mi coche", "mi trabajo", "mi casa"...*

Cosificamos a las personas como propiedades que nos pertenecen y por eso las debemos amar. No podemos amar lo que no nos pertenece. No podemos disfrutar de aquello de lo que no tenemos escritura de propiedad. No podemos valorar ni gozar con los árboles, la lluvia, el sol, las estrellas, los pájaros, las nubes, porque no tenemos certificado de compra con fecha de caducidad.

Nos aferramos a las personas porque llenan nuestra necesidad y apego. Lo llamamos *"amor"*, pero en realidad no lo es, sino sólo egoísmo en la mayoría de los casos.

Pero Jesús de Nazaret nos muestra que tenemos una idea equivocada del amor, *muelle, dulzón y consentidor*.

Jesús nos enseña que el amor siempre va unido a la verdad y a la libertad, y por eso el amor verdadero nunca es débil.

Jesús entre los hombres fue siempre amoroso, incluso cuando tuvo que mostrarse brusco ante los que habían permitido y convertido la *Casa de Oración para todas las naciones* en cueva de mercaderes, de ladrones, como en tantos llamados *"templos"* en nuestros días, meros mercados de parafernalia religiosa, sujetos a la ley de la oferta y la demanda, como cualquier otro negocio.

Por eso Jesús no nos pide que le imitemos, sino que aprendamos de Él en su humildad y mansedumbre.

Imitar siempre será una farsa, un remedo, una caricatura; aprender es recibir, guardar, valorar y poner en la práctica.

Una imitación es una mueca, una apariencia, y eso no es a lo que Jesús nos invita.

La espiritualidad nos muestra que sólo amando seremos felices, y sólo siendo felices podremos amar y seguir amando.

Y amar es un estado en el que no se puede elegir amar, sino que no se puede hacer otra cosa que amar. Es autoimpuesta necesidad.

Todo miedo es un impedimento para que el amor fluya con libertad. Y el miedo no es algo innato, sino aprendido.

A amar también es menester que aprendamos, por cuanto se trata de una interacción dinámica vivida durante cada instante de nuestra vida.

Por eso es que para conocer el amor hay que vivirlo. Pensar en el amor, hablar de amor y escribir acerca del amor puede estar muy bien, pero solamente amando podemos aprender qué es amar.

El amor, como la verdadera espiritualidad, no puede traficarse, no puede imponerse, pero tampoco puede eludirse. Tampoco es completo en ninguna persona. Siempre hay espacio para su crecimiento y desarrollo.

Tampoco hay clases de amor. Hay niveles de profundidad en el amor, eso sí. De modo que el amor o bien es amor o no es amor. No hay ninguna zona media.

Es evidente que cuando hablamos de amor estamos refiriéndonos a espiritualidad, nunca a religión organizada.

La religión tiene una gran responsabilidad en ese miedo adquirido que produce desamor.

Pero la espiritualidad muestra que a Dios sólo se le puede conocer amando, por la sencilla razón de que Dios es Amor.

El amor no es mercancía que puede traficarse. No es "cosa" que puede fabricarse, venderse, comprarse, ni obligar a nadie a que la acepte.

El amor se da y se recibe voluntariamente, sin imponerse; pero tampoco existe cárcel o prisión, muro o guardián, ni cadena por fuerte que sea que pueda detenerlo.

La religión organizada es restrictiva, pero la espiritualidad es brazos abiertos; por eso es que la religión institucional pasa por una crisis honda, un declive incluso vergonzoso, mientras que la espiritualidad alcanza muchos ámbitos que le estuvieron cerrados en otros momentos, por estar ocupados por los sistemas religiosos.

Cuando éstos han cerrado sus brazos a tantos, se han encontrado con sus brazos vacíos.

Mateo 4:17: *“Desde entonces comenzó Jesús a predicar, y a decir: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado.”*

La religión enseña a buscar a Dios fuera de nosotros mismos o en los ritos de la liturgia y en sus elaborados sistemas sacramentalistas.

La espiritualidad enseña que los hombres buscamos y huimos de muchas cosas, y que tanto lo que buscamos como aquello de lo que tratamos de escapar está siempre dentro de nosotros mismos.

De ahí las palabras del Salmista, cuando le pregunta al Señor:

Salmo 139:7-12: "¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás tú. Y si en el Seol hiciere mi estrado, he aquí, allí tú estás. Si tomare las alas del alba y habitare en el extremo del mar, aun allí me guiará tu mano, y me asirá tu diestra. Si dijere: Ciertamente las tinieblas me encubrirán; Aun la noche resplandecerá alrededor de mí. Aun las tinieblas no encubren de tí, y la noche resplandece como el día; lo mismo te son las tinieblas que la luz."

Por eso es que la huída del hombre nunca cesa, sino que lo acompaña todos los días de su vida y por todos los caminos que se pueden emprender.

También Dios está dentro de nosotros, de cada uno de nosotros, tanto de quienes se reconocen creyentes como de quienes no creen. Su presencia callada late en el pecho de cada ser humano.

La trascendencia divina turba nuestros corazones; la inmanencia llena y cura.

Él es *"aquella luz verdadera, que alumbra a todo hombre, y que venía a este mundo"*, como nos dicen las primeras palabras del Evangelio de Juan 1:9.

En los centros carcelarios son los guardianes quienes tienen las llaves de las celdas, pero en las prisiones del alma, donde estamos encerrados por la programación que se nos ha hecho –de la que la religión organizada forma una parte sutil- es el prisionero quien posee las llaves, y el problema radica en que llevamos tanto tiempo encerrados que no nos percatamos de ello.

Jesús insiste en la necesidad que tenemos de arrepentimiento, sin el cual todos pereceremos igualmente.

El arrepentimiento nos llega en el original griego del Nuevo Testamento en la voz *"metanoia"*, cuya raíz primigenia está muy lejos de lo que nos ha enseñado la religión.

Su sentido original es *"despertamiento"*, morir de verdad al pasado para darnos la vuelta e instalarnos en el presente con ojos nuevos.

El concepto de *"arrepentimiento"*, tal como lo ha venido explicando la religión organizada, ha sido y continúa siendo una trampa en la que muchos han caído y siguen atrapados en ella.

Alguien ha dicho que si no hubiese *"arrepentimiento"* como lo enseña la religión institucional, no habría tanto pecado, puesto que muchos pecan para arrepentirse después. Así de fácil se lo pone el sistema religioso.

Pero de esa manera también se perpetúa el infantilismo raquíptico y pueril que nada tiene que ver con la inocencia natural.

Hoy sabemos que en muchos casos se trata de un juego psicológico con nosotros mismos en el que buscamos terminar la partida con el *"arrepentimiento"* como última y definitiva jugada, hasta volver a emprender el juego una vez tras otra.

Es una forma de desahogarse emocionalmente y recibir aceptación y aprobación con el perdón.

Por eso *"metanoia"* no significa estar arrepintiéndose vez tras vez, sino despertar a la realidad.

La resolución de todo no es ajena a nosotros mismos, sino que está latiendo en nuestro interior.

Pero mientras no seamos librados de la neurosis que nos mantiene adormilados, no vamos a poder dar el paso de la religión a la espiritualidad.

Recordemos que la neurosis es la respuesta inadecuada al estrés en forma de trastornos sensoriales que distorsionan el pensamiento racional y el funcionamiento a nivel social, familiar y laboral.

Mientras dormimos y soñamos vemos a las personas igual que nos vemos a nosotros mismos.

El día que experimentamos la *"metanoia"*, cambian todas las personas para ti, y de ese modo cambia también nuestro presente.

Nuestra religiosidad no suele impactar a nadie; es nuestra espiritualidad la que lo hace.

Y es en momentos de espiritualidad, incluso en medio de nuestra religiosidad, generalmente heredada, cuando se produce el impacto de nuestra vida en otras almas.

Ahora puede ser un momento clave para pensar en las personas con quienes convivimos y con quienes podemos tener roces y conflictos. Esto es absolutamente inevitable. Los teólogos de la Edad Media afirmaban que los ángeles en los cielos producían música al rozarse. Puede que sea así, pero entre los humanos las cosas son muy diferentes.

La solución radica es cambiar nuestra programación para que todo cambie.

Sólo hay que renunciar a nuestras exigencias, porque ellas son la fuente de todo problema de relación y de convivencia en una sociedad en la que las demandas son cada vez más fuertes y constantes.

Sólo hay que renunciar a las exigencias, las demandas, las reclamaciones, las recriminaciones y las acusaciones. Se trata de renunciar a la infernal manera de vivir que nos han impuesto sutilmente bajo el constante bombardeo de la publicidad, las frases estereotipadas para evitar que pensemos por nosotros mismos, la educación custodiada por el estado secular, y todos los demás artilugios de todo orden que el sistema explotador emplea despiadadamente sobre un pueblo adormecido e ignorante. La religión organizada forma parte de semejante embrollo.

Si yo quiero cambiarme a mí mismo tendrá que ser a base de comprensión, intuición, conciencia, tolerancia, y renuncia a la violencia. Sólo si vivo en paz conmigo mismo podré acometer cambios vivenciales.

Es más que sorprendente el número de personas que ejercen violencia sobre sí mismos. Todos los maltratadores han comenzado su carrera maltratándose a sí mismos. Y muchos de esos maltratadores, abusadores y depredadores han recibido formación en colegios religiosos. Los escándalos de abusos sexuales y malos tratos en las instituciones religiosas de enseñanza están en los medios cada día.

Pues eso mismo exactamente es lo que precisamos hacer con los demás: Dejar de ejercer presiones, violencia e intolerancia para que cesen o se minimicen nuestros conflictos con los demás y con nosotros mismos.

Todas las reprensiones tienen un solo motivo: La insatisfacción de nosotros mismos, nuestra propia auto-intolerancia nociva y contagiosa.

No puedes permitir la libertad a los demás si tú mismo, tú misma, no eres libre; o bien porque jamás respiraste en una atmósfera de libertad, o bien porque nunca te enseñaron a hacerlo, o bien porque te restringieron tu ámbito de acción autónoma, o bien porque has desarrollado un auténtico pavor hacia la libertad. No es para menos.

No podemos amar a los demás si no nos amamos primeramente a nosotros mismos.

Cuando hacemos el bien desde toda nuestra persona, como expresión natural de nuestro ser, no somos conscientes de ello.

Y no somos conscientes porque no estamos actuando, no estamos fingiendo, no nos estamos desenvolviendo sobre un escenario; no estamos diciendo una cosa con nuestra boca mientras nuestra voz, nuestra mirada, nuestra actitud y todo nuestro cuerpo están diciendo otra cosa diferente.

Es un hecho comprobado que hemos sido enseñados, y hemos aprendido muy bien, a mentir con la boca, pero no con el resto de nuestro cuerpo. De ahí que nuestro lenguaje corporal exprese sentimientos que superan en mucho a nuestro lenguaje verbal.

Esa es una contradicción que suele contaminar el ambiente en que nos encontramos.

Cuando hacemos el bien y somos conscientes de que lo estamos haciendo, nos enorgullecemos de ello, no podemos evitarlo, y eso significa que ha entrado en juego nuestro "yo" que todo lo complica, y empezamos a sentirnos superiores a los demás.

Aunque nuestra intención sea buena, es un hecho incuestionable que la verdadera ayuda no puede darse desde arriba. Hay que meterse en el barro donde se crían las azucenas, si es que queremos ayudar a quienes las recogen. Hay que ponerse a recogerlas con ellos, y con ellos nos mancharemos de lodo.

La espiritualidad genuina, alejada de la contaminante religión organizada, nos permite comprender que la felicidad no es una meta, sino la realidad más honda de nuestra vida, de nuestro ser, y llegamos entonces a ser conscientes de que somos felicidad. Es entonces cuando empezamos a comprender que no tenemos que hacer nada para ser felices, sino simplemente ser, sólo serlo.

Lo único que precisamos es dejar de fomentar y desarrollar apegos, y como consecuencia renunciar a buscar la felicidad fuera de nosotros mismos.

Pero hay que reconocer que lo más contrario es lo que se nos ha predicado y hemos leído en tanta literatura barata y mal traducida del inglés; todos esos libelos de portada magníficamente diseñada para atraer y venderse, pero cuyo contenido te lleva defraudando bastante tiempo.

Frecuentemente hemos concluido nuestra lectura de dichos opúsculos panfletarios con la convicción de que lo mejor era la portada y el título, aunque con bastante

abuso del gerundio que tan frecuente es en la lengua inglesa, donde hace funciones de sustantivo y de participio de presente.

Te has aferrado a las personas que crees equivocadamente que te van a proporcionar la felicidad, por miedo a perderlas y quedarte sin estima.

Como esto no es así, en cuanto te fallan, o tú crees que te fallan, viene la infelicidad, la desilusión, la decepción, la angustia.

La aprobación, el éxito, la alabanza, la valoración, son las drogas con las que nos han programado para convertirnos en auténticos toxicómanos, y cuando esas drogas nos faltan experimentamos un sufrimiento terrible y entramos en un proceso de doloroso síndrome de abstinencia.

Por eso lo verdaderamente importante es desengancharnos, despertar, para comprobar que todo ha sido un espejismo.

Lo único que podemos hacer es dejar por completo el consumo de la droga.

¿Cómo vamos a poder vivir sin algo que nos era vital? ¿Cómo vivir sin el aplauso y la aceptación? ¿Cómo superar la carencia de adulación? ¿Qué vamos a hacer sin tarjeta de visita ni medallas sobre el pecho? ¿Cómo vamos a poder seguir viviendo sin que toquen las flautas y los tambores ante nuestra aparición en el escenario?

Este proceso de desprendimiento de mentiras es sin duda doloroso, pero imprescindible, totalmente necesario si queremos vivir en libertad.

Si queremos amar hemos de ver a las personas como son, empezando por vernos así a nosotros mismos.

Dios no ama a quien queremos ser, ni a quien quieren los demás que seamos, sino a quienes somos. El Eterno es absoluta y completamente realista.

Hemos de dejar de vivir buscando la aprobación constante de los demás.

El paso más importante en la espiritualidad es ver claramente la verdad sin engaños.

Hay que dejar de usar los kilos de maquillaje con que nos cubrimos y ocultamos todos.

Necesitamos alimentarnos espiritualmente, compartir compañías saludables, camaradería sin apegos y practicar la sensibilidad con buenas conversaciones, buenas lecturas, buena música, buenos paseos, buenos silencios.

Poco a poco nuestro corazón, convertido por la sociedad en un desierto, se irá reconviertiendo en el campo fértil que Dios quiere que seamos.

Pensemos en un pasaje del Evangelio en el que después de despedir a las personas, Jesús se queda solo.

El Maestro necesita independizarse de las personas para poder seguir amándolas. Tú y yo también.

Por eso Jesús en su independencia emocional sigue amándoles sin reproches, sin recriminaciones, sin ningún rencor.

Jesús necesita una buena dosis de soledad para evitar la programación con que todos quieren encadenarle. A Él y a nosotros.

El día en que empecemos a llamar a las cosas por su nombre, llamar deseos a los deseos, exigencias a las exigencias, y demandas a las demandas, y no disfrazar todas las cosas con otros nombres, habremos dado el primer paso hacia dentro de nuestra realidad. Claro está que ese primer paso, como el viaje de las mil millas que comienza con también con el primero, ha de ser seguido por muchos más pasos sobre muy diversos terrenos, no todos llanos.

Ese día habremos comenzando a dejar de resistirnos a llamar a las cosas por otros nombres que nos permiten disfrazar la realidad y ocultarla, y empezaremos a visualizarlas como son, no como nos dicen que son o como quieren que las hayamos de ver.

Se irán deshaciendo nuestras ceguedades propias e impuestas; desaparecerán muchos de nuestros engaños y auto-engaños.

Hoy es algo perfectamente sabido que la mayoría de nuestros sentidos están atrofiados, y que todos tenemos muchos mundos por descubrir.

La espiritualidad nos ofrece la posibilidad de ser mucho más felices de lo que somos ahora, sintiéndonos libres, autónomos, seguros de nosotros mismos, a pesar de conocernos y conocer nuestras limitaciones y vulnerabilidades, o quizá precisamente por conocerlas, lo que nos permite ser nosotros mismos, libres del apego que nos insta constantemente a destacar, a pretender ser ante los demás lo que no somos, ni hace ninguna falta que seamos.

Ese día podremos decirles a nuestros amigos que no pongan su felicidad en nosotros, porque seguramente vamos a decepcionarles en algún momento, o a enfermar inesperadamente, o a irnos a vivir a la *Conchinchina*, o morirnos, a lo que sin duda tenemos también todo el derecho.

Es en la vida de Dios –no hay otra- donde hemos de poner nuestra felicidad, y tener muy presente que cuando somos libres es cuando podemos verdaderamente amar, libres del sentido agudo de la propiedad privada, que de tanta felicidad nos priva a nosotros mismos y a los demás.

El vacío que llevamos dentro de nosotros es el que nos produce el miedo a perder a las personas que amamos, y lo que nos convierte sutilmente en auténticas marionetas grotescas.

Pero ese vacío se llena solamente con la aceptación de la realidad.

No tenemos nada más que distanciarnos un poco de nosotros mismos para darnos cuenta de cuándo actúa la programación en nosotros y cuándo somos nosotros mismos.

Lo notamos del mismo modo que sentimos la diferencia entre respirar el aire contaminado de nuestras ciudades y hacerlo a pleno pulmón en la montaña; si bien, acostumbrados a la polución, sentimos una especie de escozor cuando el aire que penetra en nuestros pulmones es limpio.

La sociedad, de la que la religión organizada forma parte, nos enseña siempre a estar insatisfechos, para de esa forma dominarnos y controlarnos. La religión institucionalizada lo hace procurando que nos sintamos siempre indignos pecadores. En el caso de las sectas más crasas y peligrosas, esto se agrava y acrecienta sobremanera. Ese es el fundamento de todos los mecanismos del consumo que nos consume.

La espiritualidad de Jesús de Nazaret nos anima y estimula a perder todos los temores, romper todos los esquemas y ver más allá.

Se cuenta de un oso al que encerraron en una jaula de diez metros de largo, en la que el pobre animal caminaba continuamente de un lado a otro, sin parar.

Al cabo de un año, le quitaron la jaula, y el pobre animal seguía paseando los mismos diez metros, ida y vuelta, incapaz de ir más allá, porque se había acostumbrado a la limitación de su espacio vital.

También se cuenta que a los osos que danzan al son de la música se les enseña a hacerlo poniéndolos sobre una plancha de metal debajo de la cual se prende fuego para calentarla.

El pobre animal comienza a saltar como si fuera una danza cuando siente el calor bajo sus pies, mientras el violinista toca una melodía.

Después de un tiempo, el oso danza al oír la música, aunque ya no sienta el calor bajo sus pies.

Así es como a los humanos se nos mete en el espacio de la programación.

Por eso Jesús de Nazaret nos ha dicho que el Reino de Dios está aquí, ahora y entre nosotros.

Hay muchas personas que han ganado grandes espacios de notoriedad en el mundo mediante la búsqueda del aplauso, pero han perdido la singularidad de su vida. Ya no saben vivir fuera del escenario.

Y la vida es ese misterio que pasa mientras nosotros podemos estar muy ocupados haciendo muchas otras cosas que no permiten vivir. Y todo ello en aras de llegar a alcanzar la felicidad vinculada a la notoriedad.

Jesús nos ha dicho cosas que, como tantas veces repetimos porque no nos cansamos de ello y a todos nos convienen, jamás han sido recogidas en los catecismos, ni en los credos o confesiones de fe. Esta paradoja es perfectamente constatable leyendo el Evangelio.

Vamos a recapitular algunas de esas cosas que nos parecen fundamentales:

Que pidamos ser llenos de su Santo Espíritu, que Él nos envía para no dejarnos huérfanos.

Que no oremos como los hipócritas, para ser vistos de los hombres, sino que lo hagamos en secreto, en nuestro aposento, a puerta cerrada. (El griego para "aposento" es "tameion", "despensa", "alacena").

Que cuando ayunemos seamos austeros, para que no se nos note.

Que nos hagamos tesoros en los cielos, en lugar de en la tierra donde es fácil minar y robar, porque nadie puede servir a dos señores.

Que por nada estemos afanosos, porque Dios sabe cuáles son nuestras necesidades.

Que busquemos primeramente el Reino de Dios y su justicia, y las demás cosas que necesitamos nos serán añadidas.

Que nos amemos los unos a los otros como Él nos ha amado.

Que no juzguemos a los demás, porque con la medida con que nosotros juzguemos también se nos juzgará a nosotros.

Que con el rasero con que midamos a los demás, seremos nosotros medidos.

Que perdonemos como hemos sido perdonados, es decir, sin merecerlo, por lo que tampoco esperemos el merecimiento del perdón para los demás.

Que antes de depositar nuestra ofrenda sobre el altar, procedamos a la reconciliación con nuestro hermano.

Que amemos a nuestros enemigos, bendigamos a quienes nos maldicen, hagamos bien a los que nos aborrecen, y oremos por los que nos ultrajan y persigan.

Que pongamos la otra mejilla, es decir, que no respondamos con mal al mal, sino que al mal respondamos haciendo bien y renunciando a la venganza.

Que no rehusemos dar a quien nos pida prestado, sin aplicar rédito.

Que cuando demos limosna (griego: "elymosine", "justicia"), no demos residuos o desperdicios, ni hagamos tocar trompeta delante de nosotros.

Que sanemos enfermos, liberemos a los oprimidos, y resucitemos a los muertos.

Que le veamos a Él en los hambrientos, sedientos, desnudos, enfermos y privados de libertad.

Que al recibir a un pequeñín en su nombre, sepamos que le estamos recibiendo a Él.

Que le esperemos haciendo el bien, pues Él vendrá de nuevo a buscar a los suyos en el Gran Día de Dios. Esa es nuestra esperanza bienaventurada.

Pero no pretendamos encontrar estas enseñanzas en los catecismos, los credos y las confesiones de fe, tanto antiguas como modernas, del cristianismo organizado e institucionalmente canonizado por los poderes explotadores de este sistema mundial. No insistamos en buscarlas, porque no están.

Ahí sólo encontraremos expresiones abstractas de naturaleza filosófica que no conducen al compromiso, sino a las discusiones de tertulia entre ociosos y a la publicación de libros en los que unos se quitan la razón a los otros, y, naturalmente, los otros a los unos.

No nos agotemos buscando denodadamente en esos documentos las palabras de Jesús de Nazaret, porque ahí no se encuentran. Por enconado que sea nuestro empeño en la búsqueda, éste será siempre un esfuerzo baldío.

Lucas 19: 45-48: *“Y entrando Jesús en el templo, comenzó a echar fuera a todos los que vendían y compraban en él, diciéndoles: Escrito está: Mi casa es casa de oración; mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones. Y enseñaba Jesús cada día en el templo; pero los principales sacerdotes, los escribas y los principales del pueblo procuraban matarle. Y no hallaban nada que pudieran hacerle, porque todo el pueblo estaba suspenso oyéndole.”*

Jesús quería y quiere un templo sin mercaderes, porque Él conoce el corazón del hombre, y sabe que no hay templo hecho de manos humanas que no se convierta en plaza de mercado y en cueva de ladrones. Esta tendencia forma parte de la condición humana. Sugerimos la lectura del libro *"El Templo sin Mercaderes"*, en www.ebenezer-es.org (Sección "Publicaciones").

Y esos ladrones –los sumos sacerdotes, el alto clero, los escribas y los principales del pueblo- planificaron la muerte de Jesús de Nazaret hasta lograrla.

Les costó bastante porque aún no había llegado su hora. El reloj humano y el divino no corren al mismo ritmo porque su tiempo no es idéntico.

Unas causas político-religiosas fueron las que emplearon para matarle, aparte de la envidia y el odio, y otra muy distinta fue la causa por la que Él entregó su vida: El amor de Dios por sus hijos e hijas perdidos, por los hermanos menores de Jesús de Nazaret, sin rumbo, sin Pastor.

El hombre religioso se afana por descubrir a Dios, pero no se afana por descubrirse a sí mismo, probablemente porque intuye de alguna manera que cuando se encuentre a sí mismo va a descubrir también a los demás, y tendrá que comenzar a aprender a conjugar en plural, a abandonar al individuo para aventurarse a ser persona.

Y ese descubrimiento le va a llevar a verse reflejado en los otros, y va a comprender lo que significa *"amar a tu Dios con todo tu corazón, tu mente y tus fuerzas, y a tu prójimo como a ti mismo"*.

Eso compromete, y huir del compromiso es a lo que más esfuerzos dedicamos todos los humanos, excepto los que han experimentado la *"metanoia"*, el *"despertar"*. Y aun así cuesta bastante.

Pero si no nos conocemos a nosotros mismos tampoco podremos conocer a nadie más.

Seremos autómatas, de manera que si venimos de una familia que se solía deprimir, nosotros seguiremos toda nuestra vida deprimiéndonos.

Si nuestra familia ha sido agresiva, nosotros seguiremos agrediéndonos y agrediendo toda nuestra vida. No concebiremos poder vivir de otra manera.

Personalmente he conocido a familias carcelarias cuyos hijos han seguido la senda de sus padres y han pasado por el encarcelamiento incluso en varias ocasiones.

El sentido de culpabilidad y de miedo que nos han metido en el cuerpo actuará para que evitemos hacer las cosas que nos han dicho que son malas.

De esa manera nunca vamos a ser responsables de nuestros actos. Seremos regidos por la moral o la moralina impuesta desde los albores de nuestra existencia.

Necesitamos conocernos a nosotros mismos para saber de dónde proceden nuestras motivaciones antes de que podamos juzgar lo malo o lo bueno de nadie, empezando por nosotros mismos.

"¡Dios nos libre de los que se creen santos!", decía *Teresa de Ávila* con su característico y santo humor, quizá heredado de su familia *"Cepeda"*, judíos

conversos; y añadía refiriéndose a uno que se creía muy *santo*: “A ese señor, si no fuese tan santo, sería más fácil convencerlo de que anda muy equivocado.”

Como ya hemos dicho, y no nos cansamos de repetir, los que mataron a Jesús eran los buenos, los decentes de toda la vida, los agentes del sistema, mientras que los publicanos eran los bandidos, los malos de turno, porque cobraban impuestos a los empobrecidos, y se sometían bajo la potestad de los enriquecidos...

Eran protegidos por el gobierno imperial, a quien compraban los derechos de cobranza de los impuestos públicos, adelantando el montante, y de ahí su designación de “*publicanos*”.

Y era con ellos con quienes Jesús trataba, e incluso de ellos sacó a *Mateo*, uno de los Apóstoles del grupo de los Doce.

Jesús desmontó y rompió los esquemas sociales y cuestionó las interpretaciones oficiales de las Sagradas Escrituras y todas las manipulaciones que de ellas habían hecho los que detentaban el poder. Así han venido haciéndolo en el curso de los siglos, hasta nuestros días. Su experiencia manipuladora es vastísima.

En la presencia de Jesús todo se queda desvelado, mientras que la religión organizada todo lo cubre, lo reviste, lo maquilla. Y sus gerentes lo hacen con auténtica maestría, pues tienen muchos siglos de experiencia y toneladas de polvos de maquillaje.

Jesús se atreve a decir que si vivimos apegados a los padres, de lo que grabaron en nuestra mente, aunque fuera con la mejor voluntad, y no somos capaces de emanciparnos, y seguimos ignorando que nuestros padres y nuestra cultura y toda la programación a la que nos han sometido siguen interfiriendo en nuestra vida, jamás seremos verdaderamente nosotros mismos.

Pero la libertad nos asusta, nos impone, porque supone romper con la programación que nos han hecho desde edad muy temprana.

Hay que pasar por encima de las fórmulas para llegar a la verdad. Por eso llevamos muchos años insistiendo en que la Biblia no contiene fórmulas sino principios. Los principios son espirituales, mientras que las fórmulas son religiosas.

Las fronteras solamente están en nuestras mentes. La realidad no conoce fronteras y la naturaleza tampoco.

No existen etiquetas dignas y veraces para la realidad, ni para las personas.

Cuando entramos en la espiritualidad de Jesús de Nazaret comenzamos a vernos a nosotros mismos con ojos nuevos, luego empezamos a ver a las personas más cercanas como personas, luego a la naturaleza, y así podemos aproximarnos a lo que significa ver a Dios.

El gran poeta *León Felipe* (1884-1968) dijo que “*la distancia entre un hombre y la realidad es un cuento*”, por cuanto por un cuento se puede hacer captar la realidad sin tener que recurrir a etiquetas.

Así es como ocurre con las parábolas de Jesucristo en el Evangelio, sus cuentos didácticos que casi nadie se atreve a denominar “*cuentos*”, probablemente porque no saben que “*cuento*” es todo lo que se cuenta.

Muchos de los hechos narrados en esas parábolas son cuentos para que nosotros extraigamos de ellos la realidad, para que nos atrevamos a entrar en la escena de la narración y nos pongamos en los zapatos de cada uno de sus personajes, cuando lo hay. Y cuando el cuento no contiene personajes, que nos aproximemos a las

actitudes que suscitan en nosotros sus elementos, para entrar en contacto con nuestros sentimientos y emociones.

Jesús narra los misterios del Reino de Dios por medio de cuentos, pero después el cristianismo organizado e institucionalizado los ha querido encerrar en cárceles de conceptos y normas.

Para entender las sencillas narraciones de Jesús de Nazaret, ahora resulta que algunos pretenden hacer creer que es necesario sacarse un doctorado en ciencias bíblicas. Están locos o quieren que nosotros también lo estemos.

Si nos atreviéramos a llamar "*Cuentacuentos*" a nuestro bendito Señor y Salvador Jesucristo, seguramente nos colgarían todos los "*sambenitos*" disponibles, y comenzaríamos a sentir el calor de las llamas bajo nuestros pies. No nos podríamos poner a bailar, como los osos bailarines, porque estaríamos fuertemente atados hasta la muerte.

Bueno, no nos importa porque llevamos muchos años acostumbrados a semejante proceso inquisitorial. De modo que dicho está, y a lo hecho, pecho, porque creemos sinceramente que lo que nuestro Señor hizo fue precisamente eso, contar cuentos para que todos pudiéramos entender su enseñanza.

Pero, si no somos capaces de expresar la esencia de la "*flor*" con la voz "*flor*", o de la alborada y el crepúsculo vespertino con semejantes expresiones, por lingüísticamente acertadas que sean, ¿cómo vamos a expresar a Dios con nuestras filosofías y teologías?

Es mucho más fácil aproximarnos a Él viéndole como el pastor que lo deja todo por ir a buscar a la oveja más torpe, perdida en el monte; verle en el padre que siempre espera el regreso de su hijo menor; en el ama de casa que todo lo revuelve hasta encontrar la moneda que se le había extraviado.

Frecuentemente he relatado, y ahora procedo a repetirlo, que, como decía un amigo mío, cuando al llegar a su casa su perro le recibía con un ladrido, aquel sonido estaba mucho más próximo a su persona que cuando él pronunciaba la voz "*Dios*" para referirse al Eterno. Siempre me ha encantado esa reflexión.

La realidad no puede expresarse en toda su profundidad y sus matices, porque a pesar de la grandeza de la palabra, ésta no es capaz de contenerla; y por eso los místicos del pasado siempre aseguraron que es imposible expresar la realidad de Dios, es decir, es inútil dogmatizar. Y quienes lo hacen pontificando, persiguen otros fines y propósitos, generalmente inconfesables.

Por eso es que quienes han tratado de explicar las Sagradas Escrituras desde una literalidad absoluta han cometido abusos de interpretación que han llegado incluso a producir el derramamiento de sangre en nombre de Dios.

Todos los fanáticos de todos los tiempos han tratado de agarrar a Dios y hacerlo único. De ahí que el fanatismo religioso sea lo más contrario a la espiritualidad. Si la espiritualidad es genuina, no puede darse en ella ni la intransigencia ni la intolerancia.

Lo mismo ocurre con todos los demás fanatismos, como los nacionalismos, que hacen creer a muchos mentecatos hasta el día de hoy que, por ejemplo, *Cristóbal Colón* descubrió América, olvidando que ella ya se había descubierto a sí misma, pues era una tierra habitada que tenía sus pueblos, sus lenguas, sus músicas, sus expresiones artísticas, sus historias, sus leyendas, sus creencias y sus culturas.

Lo que se descubrió al llegar a América fue la ignorancia de los europeos, que no sabían que América existía.

Allí no se respetó nada por parte de los *"descubridores"*, sino que se les cambiaron los nombres, las creencias y la forma de vivir, y a cambio saquearon sus tesoros antes de que ellos mismos se enteraran de su valor, por cuanto la valía de las cosas no radica en sí mismas, sino en el que nosotros les atribuyamos.

Ningún misionero pudo comprender la riqueza de la cultura de aquellas gentes, sus conocimientos, su filosofía de vida, su cosmovisión.

Una de las características comunes de todos los *conquistadores* radica en arrasar los templos de los pueblos conquistados, para edificar sobre sus ruinas sus templos dedicados al *"dios"* de sus conquistas.

Los *"conquistadores"* no pudieron comprender ni valorar aquello porque habían sido adoctrinados y programados para desempeñar su papel de *"salvadores"*. ¡Líbranos, Señor, de los salvadores de la patria!

Sólo ha habido un *"Salvador"* que ha sido respetuoso con el hombre y conquistado su corazón: *Jesús de Nazaret*.

Aquellos *"salvadores-conquistadores"* estaban apoyados por la potestad del *Papa de Roma*, quien se atribuyó la autoridad para repartir aquellos nuevos territorios entre españoles y portugueses con el aparente propósito de *"convertir"* a aquellas gentes a los intereses del Imperio de Roma, antes de los Césares y ahora de los Papas.

Dice un viejo refrán que *"cuando el sabio señala a la Luna, el necio se queda mirándole el dedo."*

Eso es lo que ocurre con la religión organizada cuando quiere atrapar la verdad y convertirla en patrimonio exclusivo de su potestad.

E igual ocurre con los idealistas en las política, y en cualquier otro campo en el que el hombre pretenda poseer la verdad en exclusiva.

Por eso llegarán a actuar de forma tan cruel como para quemar en sus hogueras a los hermanos que consideraron *"herejes"* desde la óptica de su religión fanática.

Cuando en esos *cuentos* que llamamos *parábolas* se plantea si somos cabritos u ovejas, si somos hijos aparentemente obedientes o claramente rebeldes, viudas o jueces injustos, siervos apenados ante el comportamiento de un compañero cruel e inmisericorde, Jesús no se está refiriendo a los demás, sino a ti y a mí.

Y cuando menciona los terrenos áridos, pedregosos o con espinas, no se refiere a diferentes personas, sino que nos insta a que tú y yo analicemos lo que tenemos de árido, pedregoso o espinoso en la tierra de que estamos constituidos.

La Buena Nueva no está hablando de un mundo separado, sino de ti y de mí; de que todo lo malo será destruido y lo bueno aflorará, empezando por nosotros, y todo ello porque Dios es bueno y su misericordia es eterna. Nuestros méritos, si los hubiere, quedan descartados.

El amor triunfará sobre el juicio, aunque a algunos -¡pobres enfermos programados por la religión establecida!- les encantaría que las *almas de amianto* de algunos otros que no pensaban o creían como ellos, se estuvieran quemando por toda la eternidad, sin oportunidad de aprender nada, ni de arrepentirse de nada, para que ellos pudieran sentirse plenamente felices.

Son quienes no pueden concebir la bienaventuranza propia sin conocer del sufrimiento de otros. ¡Patológico! ¡Y son muchísimos!

¿Cómo pueden predicar que *"Dios es amor"*, mientras amenazan a quienes no saben, no pueden, o no quieren aceptar el mensaje del juicio de un *"dios"* monstruoso que devora a sus hijos e hijas?

Pero si en vez de amor sin límites ni barreras predicamos miedos y reglas terroríficas, ¿qué Buena Nueva será esa?

¿Qué *de Buena Noticia* podrá tener ese *"Evangelio"*?

Jesús de Nazaret trataba de liberar a las gentes de toda opresión, y nosotros ¿de qué estamos tratando de liberar?

Recordemos que al menos en una ocasión sabemos que Jesús, porque así está recogido en el Evangelio, advirtió a los religiosos no sólo de no liberar a los hombres, sino de conducirlos a una esclavitud mayor que en la que se encontraban:

Mateo 23: 15: *"¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque recorréis mar y tierra por hacer un prosélito, y una vez hecho, le hacéis dos veces más hijo de la Gehenna que vosotros!"*

Transcribimos el voz *"Gehenna"*, y no *"infierno"*, por la simple y llana razón de que *"infierno"* no se encuentra en el original griego del Nuevo Testamento, por ser voz latina, y el latín no es lengua bíblica. Sólo lo son el hebreo, el arameo y el griego koiné. El lector juzgue.

¿Qué tipo de Dios estamos predicando? Puede que una buena forma de saberlo sea considerar seriamente a quiénes estamos llegando con nuestro mensaje, y sobre todo con nuestra praxis.

Juan de la Cruz dijo que *"todo el intelecto humano es incapaz de describir la esencia de una hormiga. ¡Cuánto menos la esencia de Dios!"*

Y, sin embargo, examinando la esencia de esa hormiga, o de una flor, o de una gota de agua, o de un grano de arena, puede que nos acerquemos a la esencia de su Creador mucho más que leyendo tratados teológicos.

Nuestras ideas, particularmente las apriorísticas, son las que nos confunden y pueden ser un gran obstáculo para conocer al Eterno, entiéndase para acercarnos a Él.

La verdadera espiritualidad abre puertas, quita miedos, libera y no esclaviza.

La religión organizada es esclavitud por definición; cónclave cerrado, escuela oculta excepto a iniciados, existencias apartadas bajo ropas anacrónicas, secretismo pseudomasónico o directamente masónico, y sacristías oscuras con desconchones y conapestoso tufo a viejas humedades.

Personalmente, no puedo evitar que al pensar en estas cosas me pasen por la mente imágenes y viñetas del Madrid galdosiano y jesuítico, que detesto porque me produce hondos escalofríos.

El amor verdadero es incondicional, es el que te ama así como eres.

Jesús de Nazaret nos ha enseñado a amar a quienes todo el mundo rechaza, y no porque Él no vea sus faltas, por cuanto su Espíritu sabe lo que hay en todos los

corazones, también en los nuestros, sino porque precisamente nos ve tal como somos. Y es a nuestra realidad a la que Dios ama al más alto precio.

Mateo 6:14-15: *“Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; mas si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas.”*

Las tres señales inequívocas de estar despierto espiritualmente son aceptar, perdonar y responder ante todo con amor.

Hasta que no veamos a las personas como víctimas no podremos amar como Jesús.

Mientras permanezcamos encerrados tras los espesos muros de la religión organizada, solamente veremos culpabilidad en los humanos.

Siempre me ha repugnado el constante bombardeo de acusación de pecadores a los demás. ¡Ya está bien! ¡Claro que somos pecadores! Para no serlo tendríamos que ser autómatas programados, o sencillamente no hacer nada, ni bueno ni malo. Pero eso significaría dejar de ser humanos. ¡Gracias a Dios que Jesús vino a buscar a pecadores, a enfermos, porque los sanos no precisan de médico!

La sanidad espiritual y emocional se da cuando llegamos a percibir a las personas como semejantes a nosotros mismos, cuando comprendemos que no hay nadie ni mejor ni peor que nosotros.

Es posible que el otro haya obrado mal en determinada circunstancia, y tú no lo hayas hecho en esa ocasión; pero habrá sido por su programación, o por circunstancias anteriores que ahora le habrán hecho comportarse así por miedo, siempre por el peso del temor.

Todos tenemos las mismas inclinaciones, y la prueba de ello es que si nos molestan las fallas y faltas de los demás suele ser porque nos están recordando las nuestras propias.

Y si nosotros no nos permitimos fallar, o no queremos reconocerlo, ¿cómo vamos a aceptárselo a los demás?

En cuanto se reconoce lo propio, ya deja de molestar verlo en los demás, y resulta mucho más fácil abandonar la posición de "juez" y la práctica del deporte nocivo de la constante condenación de los demás.

El miedo y el recelo a perder nuestra exclusividad del bien es lo que nos hace egoístas, interesados y hasta crueles.

El bien existe dentro de nosotros, está adormecido, pero es gratuito y libre.

Cuando creemos haber atrapado el bien, nos volvemos vanidosos, olvidando que el bien ha estado siempre con nosotros, solamente que no nos percatábamos de ello. Nuestra mirada estaba dirigida hacia otra perspectiva.

La manera en que el Espíritu Santo obra en nuestros corazones es despertando el amor y la espiritualidad dormida en nosotros.

Al despertar podemos amar con el amor que el otro necesita, porque el verdadero amor no fingido es clarividente y comprensivo; siempre está de parte del otro, y de ahí se desprende que podamos ver su necesidad.

No existen niños malos ni hombres malos, pero sí equivocados, mal programados y hasta enloquecidos.

Por eso es que castigando al hombre o encerrándolo para privarle de libertad de movimiento, jamás lo curaremos. De ahí el fracaso sonoro y rotundo de todos los sistemas carcelarios, que sólo sirven a los intereses de quienes viven de ellos, y que son muestra evidentísima del fracaso del estado secular, incapaz de regenerar a quienes, efectivamente, no han sabido vivir en armonía con los demás.

Así se desprende que en determinados casos extremos llegue el poder establecido a proceder a eliminar la vida de sus súbditos molestos, los que le recuerdan que su poder es nulo, por cuanto toda su autoridad se fundamenta sólo, única y exclusivamente en el afán por el lucro y la dominación de los poderosos sobre los debilitados.

Podemos producir algunas alteraciones en la conducta del hombre presionándolo mucho, y se generarán algunos cambios por miedo, pero no eliminaremos la enfermedad que le hace funcionar así. No cambiaremos sus disfunciones ni sus compulsiones.

Podemos reprimir a los hombres encerrándolos, pero cuando salgan volverán a su convulsión con mayor agresividad y violencia.

Quienes hacen el mal, lo hacen porque no tienen libertad para ser ellos mismos, por eso son esclavos de sus compulsiones y miedos.

Son conducidos por sus resentimientos y egoísmos, lo que les vuelve crueles e incapaces de la convivencia armónica.

Tenemos que defendernos de sus modos, claro está, pero no confundir al enfermo con su enfermedad y condenarlo ante nuestra impotencia y orgullo herido.

Hay un juego psicológico que algunos psicólogos denominan "*el triángulo*" o "*el sí, pero...*", y es como una transacción entre dos o más personas.

En ese juego tú irremediamente haces uno de los tres papeles que forman el "*triángulo*", y que son: *el rescatador, el perseguidor o la víctima*.

El rescatador actúa siempre bajo el influjo del sentimiento de culpabilidad.

El perseguidor actúa siempre bajo el influjo de la agresividad.

Y la víctima actúa siempre bajo el influjo del resentimiento.

Si tú entras en el triángulo, irremediamente cargarás con las consecuencias: Te quemarás. Puedes estar seguro de ello al cien por cien.

Voy a hablar de mí mismo. Supongamos *que estoy cansado y necesito tiempo para tranquilizarme y reposar para reponerme de un día muy largo*.

Tú vienes a mí con cara de víctima reclamando mi atención inmediata.

Yo, que soy incapaz de decir "no" a nadie, o a casi nadie, te doy una cita para después del culto de la noche.

Me voy sintiendo cada vez más resentido por tu intromisión, y arrepentido por haberte citado tan tarde. Me irrito por haberte dicho que "sí", por cuanto mi mayor anhelo es retirarme a mi casa a descansar.

Entonces vienes, me contengo, despido a todos los asistentes al culto y te recibo bastante bien, pero cuando empiezas a contarme tu problema me voy dando cuenta de que no es tal problema, sino que se trata sólo de una banalidad sin importancia alguna. Nada urgente. Y además, no es la primera ni la quinta vez que esto ocurre. Algo que podía haber esperado a otro momento, aparte de saber que lo que me estás contando ya se lo has dicho a una veintena de hermanos y hermanas más, como poco.

Entonces empiezo a sentirme irritado, enojado e impaciente por haber interrumpido mi tiempo de descanso, y violentamente te corto para decirte: "¡Pero para esas tonterías vienes a molestarme a estas horas!"

Entonces estalla la tragedia. Con haberte dicho que no podía atenderte en ese momento, hubiera evitado todo esto, pero al no saber decir "no", hice de "rescatador" cuando dije que "sí"...

De "víctima" cuando me sentí dolido por haberte dado un tiempo que no quería darte...

Y de "perseguidor" porque al final te di un palo tratando de hacerte comprender que no deberías haber tomado mi tiempo para contarme semejante banalidad, que en la mayoría de los casos tú sabes de antemano la respuesta, sólo que no quieres rendirte a hacer lo que debes hacer, y por eso buscas hasta encontrar a alguien que te diga lo que quieres oír.

Pero no vayamos a pensar que la historia termina ahí, ni mucho menos: No termina ahí porque ahora me siento culpable y arrepentido por haberte contestado mal, diciéndote que para una banalidad semejante no deberías haberme hecho perder un tiempo que yo sinceramente precisaba para descansar, porque mientras que tú tienes casi todo el tiempo del mundo, yo al día siguiente tengo que madrugar para ir a mi escuela, hacer una visita a un enfermo, varias llamadas telefónicas, escribir algunos correos, preparar el estudio bíblico del día siguiente, comenzar la preparación de los sermones para el Domingo y los programas de radio, y si me queda tiempo comer algo y ver las noticias en la televisión, porque para leer el periódico hace años que no encuentro el tiempo.

De modo que al día siguiente voy a ti para preguntarte amablemente cómo te encuentras. Entonces tú aprovechas mi buena disposición para pedirme que te dedique un poco de tiempo para hablar de algo que tú sigues considerando importante, por muy banal que sea. Y vuelves a la carga. Me conoces y sabes que lo vas a lograr.

¿Vemos el juego? He querido hacer de "rescatador", y no sólo me he dejado utilizar, sino que, a consecuencia de ello, he pasado a ser "víctima" y "perseguidor", y, además, tú sigues con la misma actitud, sin haber aprendido nada.

La culpa la tengo yo por haberme metido en tu juego y dejarme enredar por él, en vez de ser sincero y haberte dicho que no podía atenderte en ese momento.

Si dejamos la puerta abierta, los que se meterán en la casa serán los fuertes, y siempre quedarán fuera los débiles.

Dejar la puerta abierta a todos y en todo momento es muy peligroso.

Mantener la puerta cerrada para quienes nos necesitan, también lo es.

Necesitamos aprender a distinguir los tiempos y las circunstancias, tanto en esto de la puerta como en todas las demás situaciones de la vida.

No saber decir "no" es de cobardes, egoístas e hipócritas a quienes les gusta parecer siempre estéticamente buenos, cuando por dentro están echando chispas.

Pero las buenas apariencias nos han hecho decir "sí" cuando debíamos haber dicho "no", por causa del sentido de culpabilidad que atribuimos a no prestar las buenas apariencias, cuando nos da pánico lo que puedan pensar de nosotros los demás.

Sólo el día en que no nos importe lo que piensen de nosotros comenzaremos a saber amar a las personas como son y a darles la respuesta adecuada, y todo ello por habernos aceptado a nosotros mismos.

Hermanos, no nos engañemos: Hoy es perfectamente sabido que nuestro "ego" es el que propicia la necesidad de que nos necesiten para sentirnos importantes. Quizá se halle aquí la clave para comprender la razón por la que muchos hombres de negocios exitosos dejan la empresa privada para entrar en el mundo de la política, de la foto, del aplauso, de la notoriedad, aunque tal decisión signifique una bajada de sus ingresos.

En el camino a la inversa se encuentran los políticos corruptos y vendidos al poder económico, que después de su mandato son recompensados por sus políticas favorables al capital obteniendo puestos muy altamente remunerados en la dirección o en los consejos de administración de dichas empresas favorecidas.

La religión organizada, se llame como se llame, está convencida de que el enemigo de la fe es el descreimiento o la duda, pero en la espiritualidad comprendemos que el enemigo de la fe es el miedo. Ya lo hemos dicho, y ahora vamos a comprobarlo escuchándolo en las palabras de nuestro Divino Maestro:

Lucas 8:50: *"No temas; cree solamente."*

Mateo 8:26: *"¿Por qué teméis, hombres de poca fe?"*

Si perdemos el miedo, podremos desprendernos de conceptos e ideología, y así podremos descubrir fácilmente dónde están la verdad y la realidad, que son la voluntad de Dios escrita en el Gran Libro de Dios: La vida.

La Biblia puede fácilmente manipularse. Llevamos años afirmando que Sagrada Escritura sólo hay una, pero posibles lecturas, muchas. Y es muy sencillo proyectar sobre el texto nuestras ideas apriorísticas para hacerle decir a la Biblia lo que no dice, o incluso lo más opuesto a lo que afirma.

Me asusta en algunas ocasiones, y en otras me resulta auténticamente grotesco, escuchar el mensaje de quienes abren las Sagradas Escrituras y se ponen a pontificar sin aplicar la lógica con que el Buen Dios nos ha dotado, sin tener en cuenta la cultura de quienes las escribieron, ignorando, por desconocimiento u orgullo o ambas cosas, el contexto desde donde fueron redactadas las Escrituras, además del desprecio a las lenguas originales.

Me siento muy incómodo cuando escucho a esos predicadores de *"fuego y azufre"* lanzar mensajes terroríficos esperando que las almas se abran al Dios de Amor y de toda Consolación, no percatándose de que nuestro Señor Jesucristo jamás apeló al miedo para lograr seguidores.

No puedo remediar pensar en el *"circo"*, con todos mis respetos para ese magnífico espectáculo que no dejo una sola Navidad sin ver, por el malabarismo de dichos predicadores y su intento por mantener el equilibrio en la *"cuerda floja"* en cuyos extremos permanece atado al poste del *"Dios amoroso"* y el opuesto del *"dios devorador de hijos problemáticos"*.

De ahí mi alusión a la figura *"circense"*, sin nada absolutamente contrario ni peyorativo para el *"circo"* propiamente dicho y su extraordinario conjunto de arte y dedicación, sino como ilustración para las piruetas hermenéuticas de estos *"Bible Punchers"*, o *"Golpea Biblias"*, como son denominados en el mundo de lengua inglesa.

Me siento triste pensando en los hermanos que escuchan a estos palabreros que transmiten el error de no distinguir entre el mensaje y el tiempo y las formas, y casi nada que no sean sus intereses.

De ese modo se va perpetuando un fundamentalismo no dialogante, que jocosamente me gusta denominar *"funda mental"*, de quienes no saben o no se atreven a leer las Sagradas Escrituras con apertura, sin apegarse a las formas, sabiendo comprender su esencia, distinguiendo los géneros literarios de la Biblia y haciendo una sana hermenéutica. Pero comprendo que las cosas sean así, pues nadie les enseñó a ver de otra manera, desde otros ángulos y perspectivas.

Y lo más curioso del caso es que a nuestro Señor Jesucristo también le rechazaron por hacer esa lectura de la Biblia, que así está claramente expresado en el Evangelio, y que lo tenemos delante de nuestras narices y no nos percatamos de ello.

Hay muchos hombres y mujeres que se han encontrado con la realidad sin conocer la Biblia, por cuanto el verdadero texto es la vida, donde el Santo Espíritu de Dios obra, *más allá del papel y la tinta, el ordenador, el teléfono inteligente o la tablet.*

La Sagrada Escritura nos refiere a la vida, por lo que es un medio, no un fin en sí misma.

Jesús ha dicho: *"Las palabras que os he hablado son Espíritu y son Vida."*

Dios no puede esperar que las Sagradas Escrituras lleguen a todo el mundo, y que se traduzcan en todas las lenguas, y que todo el mundo aprenda a leer y escribir. Todo eso está muy bien, pero es completamente ilusorio.

En la Biblia hay textos históricos y otros que no lo son, pasajes literales y mucha simbología, por eso es menester dejar fuera de la Biblia los fanatismos, los límites culturales, las costumbres y los prejuicios. De estos últimos, muchos.

Cuando Jesús de Nazaret celebró la última Pascua introdujo unas palabras que no estaban en el *Séder de Pésaj*, en el orden ceremonial, al referirse al pan como su cuerpo y al fruto de la vid como su sangre.

El pan y el vino eran alimentos elementales de los pobres, así como lo más asequible de la tierra, particularmente el pan.

Cuando pienso en estas cosas, siempre viene a mi mente la descripción que el *Rey Alfonso X el Sabio* hacía de esa magnífica región que es La Rioja, afirmando que *"era tierra de pan y vino"*.

Sin embargo, en muchos países donde el pan y el vino no son asequibles, tienen que importarlos para celebrar la Eucaristía o Mesa del Señor. Así me lo explicaba un compañero de estudios de misionología, sacerdote católico y misionero muchos años en Japón.

Hasta el día de hoy hay quienes se escandalizan al hallar a cristianos que celebran la mesa del Señor con arroz y zumo de fruta, entre otras cosas, que son los elementos asequibles en su tierra.

Personalmente, no me pasa por la mente ninguna objeción a celebrar y conmemorar el cuerpo y la sangre de nuestro bendito Salvador con pan y miel, con pescado, con una mazorca de maíz, o cualquier otro alimento que pueda llegar a mis manos:

Juan 21: 4-14: *"Cuando ya iba amaneciendo, se presentó Jesús en la playa; mas los discípulos no sabían que era Jesús. Y les dijo: Hijitos, ¿tenéis algo de comer? Le*

respondieron: No. Él les dijo: Echad la red a la derecha de la barca, y hallaréis. Entonces la echaron, y ya no la podían sacar, por la gran cantidad de peces. Entonces aquel discípulo a quien el Señor amaba dijo a Pedro: ¡Es el Señor! Simón Pedro, cuando oyó que era el Señor, se ciñó la ropa (porque se había despojado de ella), y se echó al mar. Y los otros discípulos vinieron con la barca, arrastrando la red de peces, pues no distaban de tierra sino como doscientos codos. Al descender a tierra, vieron brasas puestas, y un pez encima de ellas, y pan. Jesús les dijo: Traed de los peces que acabáis de pescar. Subió Simón Pedro, y sacó la red a tierra, llena de grandes peces, ciento cincuenta y tres; y aun siendo tantos, la red no se rompió. Les dijo Jesús: Venid, comed. Y ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: ¿Tú, quién eres? Sabiendo que era el Señor. Vino, pues, Jesús, y tomó el pan y les dio, y asimismo del pescado. Esta era ya la tercera vez que Jesús se manifestaba a sus discípulos, después de haber resucitado de los muertos.”

En esta escena puede fácilmente pasarnos inadvertida la celebración eucarística que preside Jesús Resucitado con el pescado y el pan.

¿Qué es lo verdaderamente importante, la esencia o la forma? ¿El mensaje o el modo? ¿Qué sabor tan incuestionablemente eucarístico, es decir, de “acción de gracias”, tiene esta escena en la playa del Lago Tiberiades!

Distinguir lo esencial de lo adicional y no considerar los errores como oportunidades para aprender verdades es lo que auténticamente importa.

Albert Einstein (1879-1955) llegó a probar con su teoría de la relatividad que no siempre la distancia más corta entre dos puntos es la línea recta, sino que, en algunos casos, la curva puede acercar esos puntos.

Ahora bien, esto significa que cuando vemos algo claro por haberlo experimentado y lo expresamos, necesitamos mucha valentía para demostrar algo que va en contra de las creencias generalmente aceptadas por la sociedad, y muy especialmente cuando se trata del campo de la religión organizada.

Los científicos nos llevan la ventaja de poder demostrarlo, mientras que en el campo de la espiritualidad no es posible, al menos a corto plazo, pues se trata de experiencias personales que sólo pueden vivirse cuando hay “*metanoia*”, es decir, “*despertamiento*” para verificar dónde nos hallamos y proceder a corregir el rumbo.

Sin embargo, las teorías no curan, mientras que la fe sí lo logra. Ahí tenemos una gran lección de humildad para quienes creen que lo saben casi todo.

Lo importante es que seamos capaces de quitar de los elementos teóricos y de los científicos esos aditamentos culturales y fanáticos para probar nuestra verdad en detrimento de la verdad de otros.

Recordemos que la fe y la prisa no son buenas compañeras de viaje. El que cree, no se apresure.

Lo importante es mirar a la Luna, no quedarnos extasiados ante el dedo del que la señala.

Le preguntaron a *Ludwig van Beethoven* (1770-1827) lo que quería expresar con su *Tercera Sinfonía*, y respondió diciendo:

“Si yo pudiera expresar lo que significa con palabras, no necesitaría expresarlo con música.”

Precisamente porque acometemos el acceso a las Sagradas Escrituras con las ideas apriorísticas con las que hemos sido programados, somos incapaces de descubrir la

Palabra de Dios en la vida corriente y cotidiana, y en las personas que pasan a nuestro lado, y nosotros al suyo.

¡Cuánto podríamos aprender los unos de los otros si tan sólo nos escucháramos un poco más!

Los que aman la belleza son quienes pueden sentir a Dios, porque aman la vida y a las personas, por cuanto sólo el amor es clarividente.

Ningún libro ha pronunciado jamás ni una sola palabra. Es mejor el balbuceo de un bebé que todo el contenido de millones de páginas muertas en los volúmenes dormidos de las bibliotecas polvorientas.

Lo triste es que el cristianismo establecido, organizado e institucionalmente canonizado, se ha dedicado a enmarcar al ídolo, encerrándolo –sea dentro de un sagrario o entre las cubiertas de un libro- para defenderlo y cosificarlo, separándolo de toda espiritualidad posible.

Y en tal proceso se ha perdido la espiritualidad de Jesucristo, para de ese modo salvaguardar los intereses de quienes se han autoconstituido en guardianes y garantes de la fe oficializada y de la religión establecida.

La mejor manera de acercarnos a la verdad es pasar un rato mirando el mar, el campo, la montaña, las nubes, los pájaros, los pequeños arroyuelos del camino forestal, y los niños, sobre todo los niños.

No sólo los de pelo aclarado y ropa de marca que viven guardados en urbanizaciones cerradas del norte de mi ciudad, y visitan a sus abuelos en la *zona nacional* de la misma y de otras- sino también los de la *Cañada Real*, los que siempre llevan consigo largas velas de mucosidad verde y las uñas muy negras.

La mejor manera de acercarnos a la verdad es reparando en las personas, sin conceptos, sin etiquetas, sin memoria, y que les escuchemos desde adentro con nuestros corazones abiertos de par en par para comprenderlas y amarlas.

Santiago 1:26-27: *“Si alguno se cree religioso entre vosotros, y no refrena su lengua, sino que engaña su corazón, la religión del tal es vana. La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo.”*

El verdadero sentido de la religión está bellamente expresado por el verbo latino "religere" que significa "religar", "volver a atar", "volver a unir" lo que estaba roto o separado, como es la realidad del hombre respecto al Dios Universal y creemos que por extensión entre los propios hombres.

Como alguien ha dicho, somos una gran familia separados entre sí por vivir separados del Padre.

Por lo tanto el sentido verdadero de la religión es la conexión del hombre con el océano cósmico de la vida, con el universo y con el Dios de todos los universos posibles.

Pero la religión entendida como cientos de dogmas teológicos y una gran variedad de rituales y sacramentos, bien podría representar un obstáculo en el camino del desarrollo del hombre, en lugar de una ayuda en ese camino de encuentro con uno mismo, con los otros, y con Dios.

Por eso es que para llegar al corazón del cristianismo hemos de viajar al corazón de Jesús de Nazaret, y descubrir que su mensaje fue muy diferente a lo que los hombres del siglo XXI imaginan.

En realidad, no nos duelen prendas al confesar que no nos parece hallar muchos puntos de coincidencia entre los postulados del cristianismo organizado y las enseñanzas de nuestro Hermano Mayor Jesús de Nazaret, en quien el Dios Eterno nos ha visitado.

Hay una dualidad que es menester tener muy en cuenta: Por un lado están las enseñanzas de Jesús en su pureza original y por otro lado las interpretaciones que los hombres han venido haciendo en el curso de los siglos. Nosotros no estamos exentos de esta responsabilidad.

Cuando vamos al corazón de Jesús descubrimos que las cosas que nuestro Señor enseñó fueron muy sencillas, extraordinariamente simples y corrientes, de ahí que fueran tan claras y válidas hace dos mil años como lo son hoy, y como lo serán aunque Jesús tardará en volver diez mil años.

Además son cosas funcionales por cuanto están basadas en las leyes del universo. Por eso funcionan. Es así de sencillo.

Puestas en práctica pueden transformar nuestra vida y darle sentido. Ese es el testimonio de millones de hombres y mujeres en todo el mundo.

Ahora bien, ¿cuál fue la esencia de la vida y de las enseñanzas de Jesús de Nazaret?

Jesús no escribió tesis ni dogmas teológicos, sino que fueron enseñanzas dinámicas y vitales; fueron vida, lo que Él nos dijo que había venido a darnos, vida y vida en abundancia.

Siempre me viene a la mente el paralelismo que hallo entre la obra literaria de *William Shakespeare* y los Evangelios. Respecto a la primera, y aunque el dramaturgo inglés escribió para el pueblo llano que asistía al "Globo", su teatro de corrala para disfrutar con sus comedias, historias y tragedias, hoy muchos pretenden que es menester poseer un grado en literatura inglesa para poder entender dicha obra; y respecto a las palabras de Jesús de Nazaret en los Evangelios, quien igualmente se dirigió a las gentes sencillas, muchos pretenden que su comprensión sólo es posible para quienes tengan estudios teológicos, y cuanto más profundos, mejor. ¡Qué fraude tan evidente y escandaloso!

Por eso siempre enseñó Jesús explicando las leyes de la vida mediante imágenes sacadas de la naturaleza, sin teorías ni hipótesis, sino con esas historias o cuentos que nos han enseñado a llamar "*parábolas*", pero que no responden a la parábola de los griegos y los romanos, sino que son los "*meshalim*" hebreos, de la voz "*meshal*", es decir "*una mitad de algo*".

Esos relatos didácticos son realmente la mitad de una historia o de una escena, en la que se nos incita a entrar en la situación y ponernos en el lugar de cada uno de los personajes para contemplar la escenificación creada desde distintos ángulos que ofrecen variadas perspectivas.

De ese modo es más fácil rendirnos a la evidencia de que todo en la vida puede y debe contemplarse desde distintos ángulos, y así podemos perder nuestros dogmáticos posicionamientos no dialogantes.

Si no estuviéramos mediatizados por tantas ideas apriorísticas, y leyésemos los Evangelios por primera vez, todos responderíamos a la pregunta de "*para qué vino Jesús*" a la manera que lo hacen todos cuantos se acercan al Evangelio de Jesucristo afirmando lo mismo, que podemos sintetizar diciendo que *Jesús había venido para liberar a los oprimidos, sanar a los enfermos y enseñar a los ignorantes mediante la práctica del amor creativo*, sin abstracciones de naturaleza filosófica, sin dogmas amenazantes para quien cambie una coma de lugar o substituya una palabra por otra.

Jesús no enseñó un sistema complicado de terapias, ni abrió una escuela de medicina ni de cirugía. Tampoco abrió una panadería y una pescadería para seguir multiplicando *panes y peces*, ni un herbolario para vender "*barro santo*", *aceite del Monte de los Olivos*, ni botellitas con *agua del río Jordán*, entre otras cosas.

Jesús sanaba el cuerpo y el alma mediante un método que incluso un niño pequeño podía comprender, es decir, acercándose compasivamente a los sufrientes –por cuanto sólo la compasión acerca- tocando o dejándose tocar por niños, leprosos e impuros según la letra de la Ley; abrazando, enseñando a contemplar los campos, ungiendo con barro hecho con tierra y su saliva, induciendo a vivir la ley cósmica del amor expresada en las Bienaventuranzas del Sermón del Monte, el más auténtico y genuino credo cristiano. Y, como era de esperar, el más olvidado también; abandonado por considerarlo utópico.

Desgraciadamente, la mayoría de las iglesias y sus ministerios no sanamos mediante los sencillos y naturales métodos enseñados y practicados por Jesús de Nazaret y sus primeros discípulos.

Quienes trabajamos en nombre del Evangelio de Jesucristo no utilizamos ni el sol, ni el agua, ni el aire, ni los alimentos naturales para aliviar los sufrimientos de la humanidad.

En la actualidad, esa dimensión del ministerio de Jesús de Nazaret casi ha desaparecido, y si algunos la practican serán calificados de sectarios por parte del cristianismo organizado e institucionalizado.

Los verdaderos principios de salud no se practican en la vida diaria de los cristianos, ya que comemos grasas saturadas, animales que Dios considera impuros para el consumo humano, pero que tienen otro propósito dentro del orden creacional.

Comemos azúcar y harina refinadas y otros alimentos de baja calidad, excitantes y estimulantes que chocan con nuestro sistema nervioso y degeneran nuestro hígado y riñones, desinhibidores de la conciencia como el alcohol, drogas como el tabaco, y todo ello porque pensamos que a Dios no le preocupan estas cosas para el

bienestar de sus hijos e hijas. Esta falsa espiritualización nos está pasando una costosa factura.

Si adoptamos las leyes dietéticas de las que Dios da testimonio en las Sagradas Escrituras, seremos tachados de legalistas compulsivos o de mayores cosas. Habremos de esperar a que con el avance de nuestra edad sea el médico quien nos quite de un plumazo todo lo que no conviene a nuestro organismo. Y entonces puede que nos percatemos de que la dieta impuesta es la que Dios en su misericordia encomendó a su pueblo amado.

La mayoría de las escuelas, comprendidas las que se autodefinen como cristianas, no enseñan sino datos que han de ser memorizados o simplemente saber en qué carpeta o programa informático se encuentran.

Las escuelas no enseñan a vivir en conformidad con las leyes de la naturaleza, sino que se limitan a impartir conocimientos complicados con terminología compleja. Y mucha de la información que absorbemos no tiene nada que ver con la verdadera problemática de la vida. Es más, los temas controversiales están prohibidos en las aulas.

La enseñanza de nuestras iglesias en la actualidad no es la cosa hermosa y sencilla impartida por Jesús de Nazaret, sino una auténtica maraña de doctrinas, principios, corrientes teológicas, un suelo plagado de minas explosivas cargadas con el orgullo y la soberbia de los filósofos disfrazados de teólogos que han llevado y siguen conduciendo a la cristiandad a un lugar situado a millones de años-luz de la pureza y sencillez original del Evangelio de Jesús el Cristo y el Reino de Dios.

Urge recuperar la intuición espiritual que genera el Espíritu Santo con su unción de amor divino.

Urge permitir que el Santo Espíritu de Dios nos enseñe a mirar y ver a través de los ojos de Jesús de Nazaret.

Jesús nos ha dicho que en *"esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros."*

Es evidente, pues, que para nuestro Señor no habrá otro distintivo alguno de su seguimiento que el amor entre los hermanos y para con todos.

Sin embargo, en nuestros días vemos constantemente la desviación de esta ley cósmica del amor divino y universal que brota del corazón del Padre de nuestro Señor Jesucristo y Padre nuestro.

La competencia y la lucha mercantilista han penetrado en la Iglesia que Jesús quería y sigue queriendo, respecto a la cual nos ha advertido con claridad meridiana que su Reino no es de este mundo.

Vemos al hombre como lobo contra el hombre y a nación contra nación ante la pasividad de los cristianos consintiendo en la lucha de los unos contra los otros –a menos que sean naciones en cuyo territorio abunda el petróleo-, contentándose con tener capellanes en los ejércitos combatientes y clérigos que acompañen a los reos al patíbulo, donde todavía tiene vigencia la pena capital –curiosa y paradójicamente ésta se mantiene donde abundan los cristianos más fundamentalistas y la Biblia está en todas partes al alcance de la mano-, y donde las iglesias procuran recibir o luchar por obtener asignaciones de los estados seculares y otros patrocinadores.

Si el amor no está en el fundamento de la vida, de nada, absolutamente de nada servirá la profusión de los tratados de ética y moral.

Proliferarán los discursos y las conferencias, los reglamentos articulados, las declaraciones más o menos pontificales, las convenciones, los congresos, las asambleas y las fotos antes o después de la comida oficial de los jerifaltes. Eso será todo.

Cada mañana de Domingo se congregan millones de hombres y mujeres en los lugares llamados "iglesias" para escuchar algún mensaje del Evangelio. Pero después, todos volvemos a nuestra vida cotidiana y olvidamos la mayor parte del sentido de lo que hemos oído.

Es una cristiandad adoctrinada para limitarse al sermón y los cánticos del culto, a las velas y las plegarias más o menos aprendidas o aparentemente extemporáneas, sin saber que lo más importante del sermón comienza cuando éste ha terminado, por cuanto no se trata de algo limitado a unas horas en particular, sino que tiene que manifestarse en todas las actividades de nuestra vida.

Se trata de vida, no de gruesos textos teológicos, ni dogmas ni liturgias ni puñetas. Estas últimas, difíciles bordados y puntillas en las bocamangas de las casacas de siglos anteriores, que todavía se usan en los puños de las togas de algunos miembros de la judicatura.

Necesitamos hombres y mujeres que se atrevan a proclamar a voz en cuello que hemos fracasado estrepitosamente en poner en práctica los Mandamientos del Sermón del Monte y las Bienaventuranzas, en nuestras vidas y en la vida de la Iglesia organizada e institucionalizada.

La Iglesia ha dejado de ser de Jesucristo. Ahora ya es nuestra, y así nos va.

Las doctrinas teológicas estructuradas y sostenidas por las instituciones y organizaciones religiosas carecen de fuerza vital de dimensiones universales.

Los frecuentes escándalos de abusos sexuales y pederastia están dando el tiro de gracia a las instituciones eclesíásticas, por mucho que procuremos mirar en otra dirección. Es algo que nos salpica a todos, cualesquiera sea el apellido con que pretendamos definirnos. Eso no va a cambiar las cosas en absoluto.

Los instituciones del cristianismo organizado, al igual que otros sistemas religiosos, solamente son fuerzas quiméricas y utópicas, carentes de suelo, que hemos venido creando durante siglos, y que en la mayoría de los casos han tenido que recurrir a la espada para sobrevivir, imponiéndose las unas sobre las otras, como ocurre con las grandes multinacionales de cualquier campo de la actividad productiva y mercantil humana, que tienen que devorarse y absorberse en su evolución expansionista, a semejanza de todos los imperios que ha habido y hay.

Está en su esencia. Es algo inevitable. A menos, claro está, que renunciemos al institucionalismo. Algunos estiman que ya es demasiado tarde.

Debemos esforzarnos por regresar a la pureza y sencillez de las Buenas Noticias que nos trajo Jesús de Nazaret, y para ello precisamos apreciar humildemente nuestros errores a fin de despejar el camino por el que andar con Jesús a lo largo de una senda estrecha, no por el camino ancho por el que todo vale con tal que mantengamos nuestros raquíticos y mezquinos intereses.

Pensar que la Buena Nueva que Jesucristo nos ha traído pueda ser el levantamiento del Vaticano y sus finanzas, o los pequeños "vaticanos" de sus hijas, las sectas protestantes, es estar bastante mal de la cabeza.

Si nos desviamos de la Ley de Dios, sintetizada en el Decálogo, pero escrita en la naturaleza, en el cuerpo, en el corazón del hombre, es decir, en su conciencia, en

las estrellas y en el cosmos, no será la gracia de Dios la que sufrirá, siempre multiforme e inescrutable, sino que quienes sufriremos seremos nosotros, aunque procuremos hallar otras causas del error y culpabilicemos a otros. Eso se nos da muy bien, pero el resultado es patético.

Pruebas de que esa es la situación del hombre son la actual incertidumbre universal, la neurosis personal y colectiva, y la carencia de objetivos claros en muchísimas almas.

Todas estas cosas no son sino desviaciones de las maravillosas enseñanzas del carpintero de Galilea en quien Dios se empobreció para darse a conocer a todos los hombres y mujeres de todos los pueblos.

No olvidemos que el empobrecimiento es la nota común de la humanidad sufriente.

Si nos atrevemos a dar pasos en la dirección de Jesús de Nazaret, comprobaremos que el "*Cristo*" que hemos creado o nos han impuesto a nuestra propia imagen y semejanza, se irá borrando lenta pero progresivamente.

Éste será substituido por el auténtico y verdadero, con la simplicidad de sus enseñanzas siempre vividas; el que ilustró con su vida la herencia divina que el Padre Eterno tiene para toda la humanidad.

Mateo 6:24: ***“Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas.”***

Hemos aprendido a conocer a Jesús de Nazaret sobre todo a través de misioneros cristianos, y frecuentemente ha sido su manera de ser lo que nos ha ocultado a Cristo. Naturalmente, escribo desde la perspectiva de creyente evangélico español.

Se han presentado ante nosotros como *"misioneros"*, pero realmente no estaban haciendo nada más que turismo al sol, o bien trabajaban para otros intereses oscuros, o ambas cosas.

Debemos destacar, no obstante, que entre semejante maraña hemos conocido excepciones muy honrosas, así como a aquellos que realmente no eran conscientes de cuáles eran sus encomiendas, o lo pretendían ignorar. Ha habido de todo en este *"valle de lágrimas"*.

En la mayoría de las tierras donde han llegado los misioneros procedentes de grandes potencias, han tratado de destruir la espiritualidad del lugar, y con ello han dificultado el camino a Cristo de las gentes a quienes pretendían evangelizar.

Salvando las distancias, creemos que los misioneros procedentes del imperio anglo-norteamericano no se diferencian mucho de aquellos que el imperio español del siglo XV envió a las Américas.

La espiritualidad de Jesús de Nazaret no consistió en predicar caminos nuevos, ni nuevas leyes, ni extrañas formulaciones religiosas.

La espiritualidad de Jesús contuvo palabras auténticas que comunicó con su boca y su mirada luminosa, a cuyo resplandor muchos hemos despertado para darnos cuenta de que estábamos atrapados en redes falsas, trenzadas con frágiles materiales que, sin embargo, no habíamos sido capaces de romper por nosotros mismos.

Y al despertar, ¿qué vemos? Vemos al ser humano, vemos nuestra verdadera imagen, es decir, la imagen de Dios.

Al despertar vemos también a nuestro prójimo como nuestra semejanza, y así comprendemos qué quiere decir haber sido creados a la imagen y semejanza de Dios, y no poder amar a nuestro prójimo si no nos amamos primeramente a nosotros mismos.

Cientos de obstáculos que nos hemos creado, más los que la sociedad ha levantado delante de nuestros pasos, nos han empequeñecido en todos los aspectos, incapaces de ver ni siquiera nuestra propia realidad.

Los que nos han reducido a la medida de su *"dios"*, nos han inducido consciente o inconscientemente a adorar a su mismo ídolo. Nadie puede dar lo que no tiene, y sólo podemos dar lo que poseemos.

Así es como la religión organizada llega a convertirse en algo estrecho, mezquino y cruel.

Los profetas de las Sagradas Escrituras fueron los valientes que se abrieron paso a través de piedras y páginas muertas.

Su gran lucha fue contra la casta de los sacerdotes de la religión institucionalizada, convertidos en funcionarios de la religión organizada.

Se atrevieron a difundir la Palabra del Dios que claramente se manifiesta en contra de la religión organizada, de entonces y de hoy. Veamos algunos ejemplos:

Isaías 1:11-13: *"¿Para qué me sirve, dice YHVH, la multitud de vuestros sacrificios? Hastiado estoy de holocaustos de carneros y de sebo de animales gordos; no quiero*

sangre de bueyes, ni de ovejas, ni de machos cabríos. ¿Quién demanda esto de vuestras manos, cuando venís a presentaros delante de mí para hollar mis atrios? No me traigáis más vana ofrenda; el incienso me es abominación; luna nueva y día de reposo, el convocar asambleas, no lo puedo sufrir; son iniquidad vuestras fiestas solemnes. Vuestras lunas nuevas y vuestras fiestas solemnes las tiene aborrecidas mi alma; me son gravosas; cansado estoy de soportarlas. Cuando extendáis vuestras manos, yo esconderé de vosotros mis ojos; asimismo cuando multipliquéis la oración, yo no oiré; llenas están de sangre vuestras manos. Lavaos y limpiaos; quitad la iniquidad de vuestras obras de delante de mis ojos; dejad de hacer lo malo; aprended a hacer el bien; buscad el juicio, restituid al agraviado, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda. Venid luego, dice YHVH, y estemos a cuenta: Si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana. Si quisieréis y oyereis, comeréis el bien de la tierra; si no quisieréis y fuereis rebeldes, seréis consumidos a espada; porque la boca de YHVH lo ha dicho."

Posiblemente no hallemos en las Sagradas Escrituras un texto más clarificante de toda la distancia que media entre la religión organizada y la espiritualidad genuina.

Vamos ahora a un texto igualmente clarificante en Jeremías 7:21-23:

"Así ha dicho YHVH de los ejércitos (no ejércitos armados, sino los "ejércitos celestiales", es decir, las "constelaciones"), Dios de Israel: Añadid vuestros holocaustos sobre vuestros sacrificios, y comed la carne. Porque no hablé yo con vuestros padres, ni nada les mandé acerca de holocaustos y de víctimas el día que los saqué de la tierra de Egipto. Mas esto les mandé, diciendo: Escuchad mi voz, y seré a vosotros por Dios, y vosotros me seréis por pueblo; y andad en todo camino que os mande, para que os vaya bien."

Ezequiel se expresa en los mismos términos, al igual que los profetas menores Oseas y Amós, en quienes se aprecia perfectamente el enfrentamiento entre los profetas de Dios y los sacerdotes convertidos en funcionarios de la religión establecida.

Ezequiel 18:23: *"¿Quiero yo la muerte del impío? Dice YHVH el Señor. ¿No vivirá, si se apartare de sus caminos?"*

Oseas 6:6: *"Porque misericordia quiero, y no sacrificio, y conocimiento de Dios más que holocaustos."*

Amós 5:21-27: *"Aborrecí, abominé vuestras solemnidades, y no me complaceré en vuestras asambleas. Y si me ofreciereis vuestros holocaustos y vuestras ofrendas, no los recibiré, ni miraré las ofrendas de paz de vuestros animales engordados. Quita de mí la multitud de tus cantares, pues no escucharé las salmodias de vuestros instrumentos. Pero corra el juicio como las aguas, y la justicia como impetuoso arroyo. ¿Me ofrecisteis sacrificios y ofrendas en el desierto en cuarenta años, oh casa de Israel? Antes bien, llevabais el tabernáculo de vuestro Moloc y Quiún, ídolos vuestros, la estrella de vuestros dioses que os hicisteis. Os haré, pues, transportar más allá de Damasco, ha dicho YHVH, cuyo nombre es Dios de los ejércitos."*

Revela nuestro Señor a través del profeta Amós una realidad que pasó inadvertida a Moisés: Entre el pueblo liberado hubo quienes salieron de Egipto llevándose su esclavitud a los ídolos consigo.

No hay sistema religioso que no sea esclavizante. Sólo hay verdadera libertad en la espiritualidad que Jesús de Nazaret nos ofrece.

Por eso fueron perseguidos los profetas genuinos por sus propios compatriotas en aras de la religión auspiciada por el poder.

Esos perseguidores de la Palabra de Dios fueron quienes cerraron puertas y ventanas a todo destello de nueva luz.

Levantaron muros alrededor de la comunidad, rechazando cualquier destello de nueva luz y todo atisbo de libertad.

Sin embargo, por muy aplastante que haya sido y sea la cerrazón, la semilla del Verbo Divino no ha podido ni podrá ser ahogada.

Como la hierba que brota y sale a la superficie entre las grietas del suelo o de los muros, así la simiente divina brota y se abre paso por en medio de las paredes y de las losas.

Por eso cuando el profeta *Juan el Bautista* se puso a gritar al pueblo en el desierto llamando al arrepentimiento de los pecados e invitando a sus coetáneos a bautizarse en las aguas del Río Jordán, como ellos exigían a los paganos que entraban en la fe de Israel, muchos comenzaron a reunirse a su alrededor, por cuanto en él hallaron lo que la religión institucionalizada no podía darles.

En aquellos días también comenzó Jesús de Nazaret a proclamar que el Reino de los Cielos, el Reino de Dios, se había acercado.

Las banderas y estandartes de las victorias del Imperio Romano ondeaban orgullosas al viento, mientras que los judíos se sentían fascinados ante la idea de un Reino Teocrático de Israel, restaurado y victorioso sobre sus enemigos imperialistas, que borrara su humillación en este mundo. Y en su corazón renacía la esperanza de tener un reino en la tierra y, a ser posible, alcanzar la primacía entre todos los pueblos.

Si Dios los había elegido, eso significaba que todos los demás pueblos habían sido rechazados. Pocos habían comprendido que cuando Dios llama, eso no significa que los otros hayan sido desechados, sino que nuestro Señor llama con un determinado propósito siempre salvífico y de alcance a todos los hombres:

Deuteronomio 7:6-11: "Porque tú eres pueblo santo para YHVH tu Dios; YHVH tu Dios te ha escogido para serle un pueblo especial, más que todos los pueblos que están sobre la tierra. No por ser vosotros más que todos los pueblos os ha querido YHVH y os ha escogido, pues vosotros erais el más insignificante de todos los pueblos; sino por cuanto YHVH os amó, y quiso guardar el juramento que juró a vuestros padres, os ha sacado YHVH con mano poderosa, y os ha rescatado de servidumbre, de la mano de Faraón rey de Egipto. Conoce, pues, que YHVH tu Dios es Dios, Dios fiel, que guarda el pacto y la misericordia a los que le aman y guardan sus mandamientos hasta mil generaciones; y que da el pago en persona al que le aborrece, destruyéndolo; y no se demora con el que le odia, en persona le dará el pago. Guarda, por tanto, los mandamientos, estatutos y decretos que yo te mando hoy que cumplas."

Y en medio de aquella situación, Jesús de Nazaret era tentado por el maligno tratando de fascinarle con la propuesta de un reino que tuviera dominio sobre todos los demás reinos de la tierra y toda su gloria.

Pero disipando todas las ilusiones, Jesús percibió claramente, desde su condición de hombre, de Hermano Mayor nuestro, toda la verdad sobre el Reino de Dios.

No lo vio en las riquezas, ni en el poder, ni en los honores, ni en la magnificencia del gran imperio de turno, que va cambiando y adaptándose al medio con el

transcurso de los siglos, sino en la pobreza despojada de todos los elementos superfluos, en el equipaje ligero para recorrer el camino de la vida y reparar en tantos que se hallan tumbados en las cunetas, heridos por los salteadores de caminos revestidos de honores, y robados por los diseñadores de un sistema que para fabricar a un enriquecido tiene que generar a muchos empobrecidos.

Ante todos proclamó Jesús sin vacilación que el Reino de Dios pertenecía a la gente humilde, como se desprende clarísimamente de las Bienaventuranzas del Sermón del Monte:

Lucas 6: 20-23: *"Y alzando los ojos hacia sus discípulos, decía (Jesús): Bienaventurados vosotros los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios.*

Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque seréis saciados.

Bienaventurados los que ahora lloráis, porque reiréis.

Bienaventurados seréis cuando los hombres os aborrezcan, y cuando os aparten de sí, y os vituperen, y desechen vuestro nombre como malo, por causa del Hijo del Hombre.

Gozaos en aquel día, y alegraos, porque he aquí vuestro galardón es grande en los cielos; porque así hacían sus padres con los profetas.

Mas ¡ay de vosotros, ricos! Porque ya tenéis vuestro consuelo.

¡Ay de vosotros, los que ahora estáis saciados! Porque tendréis hambre.

¡Ay de vosotros, los que ahora reís! Porque lamentaréis y lloraréis.

¡Ay de vosotros, cuando todos los hombres hablen bien de vosotros! Porque así hacían sus padres con los falsos profetas."

Curiosamente, los sabios antiguos de India, en los *"Upanishad"*, ya habían dicho, con respecto al espíritu humano, una palabra idéntica y maravillosa: *"Los mansos tienen derecho a poseer todas las cosas."*

"Upanishad", de *"upa"*, *"complementario"*, *"adicional"*, representa la parte más elevada de los *Vedas*, cuyo sentido es el de *"sentarse a los pies de un Maestro para escuchar sus palabras"*.

La voz sánscrita *"Veda"* (*"Sanskrito"*, lengua tradicional de India, cuyo significado es *"lo perfectamente hecho"*, es la madre del indoeuropeo) significa *"conocimiento"*. El plural *"Vedas"* hace referencia a los cuatro volúmenes redactados con anterioridad al año mil antes de Cristo, formados principalmente por cantos sagrados, himnos de alabanza y sentencias que se asemejan mucho a los textos sapienciales del Antiguo Testamento.

Jesús vio el Reino de Dios como verdad interior, no basado en ningún elemento externo, ni mucho menos a semejanza de los reinos formados por territorialidad en busca de expansión por parte de los terratenientes, banderas siempre empapadas de sangre, ejércitos adiestrados para matar y afán de conquista de sus poderosos, siempre dispuestos a emplear al pueblo contra otros pueblos igualmente engañados y explotados por sus señores.

En ese Reino nadie puede adueñarse del honor de los deshonrados, nadie puede robar o destruir las riquezas de los empobrecidos, por cuanto no pertenecen a este sistema de cosas. Por eso sus empobrecidos son bienaventurados.

Allí quien se humilla será ensalzado, y el que está en el último puesto avanzará hasta el primero.

Los poderosos serán quitados de sus tronos y los empobrecidos recibirán la justicia del Reino de Dios.

La espiritualidad de Jesús no consiste sólo en palabras, sino que cuando afirma que serán *“bienaventurados los pobres, porque poseerán la tierra”*, está dando una profecía que se cumplirá al milímetro.

Es muy probable que la escuchara primeramente de labios de su bendita madre, la profetisa *Myriam de Nazaret*, desconocida como tal por la mayoría de los cristianos de hoy:

Lucas 1:51-53: *“Hizo (YHVH) proezas con su brazo; esparció a los soberbios en el pensamiento de sus corazones. Quitó de los tronos a los poderosos, y exaltó a los humildes. A los hambrientos colmó de bienes, y a los ricos envió vacíos.”*

Al decirnos Jesús que el Reino de los Cielos, el Reino de Dios, está dentro de nosotros, ha demostrado que la mayor grandeza del hombre radica en su espiritualidad, la que la religión organizada tratará siempre de sofocar.

Si el Reino hubiera sido emplazado en los diversos elementos externos posibles, como es el caso de los reinos de este mundo, la gloria de Dios para sus hijos e hijas se habría empequeñecido.

Por eso Jesús de Nazaret se ha presentado ante nosotros como *“Hijo del Hombre”*, para estar entre nosotros como uno de nosotros, y así poder entregar su vida por nosotros.

Nos ha demostrado que la grandeza de los seres humanos no radica en la gloria de los imperios, ni en sus comportamientos externos, sino en Dios, sólo y únicamente en Dios nuestro Señor, quien no conquista territorios derramando la sangre de sus hermanos menores, sino derramando su propia sangre, su vida, como precio del rescate de ellos.

Para que podamos aproximarnos al entendimiento de la relación del Hijo con el Padre, ésta se nos revela en términos del más profundo parentesco.

No es una relación de poder, ni el cumplimiento de unas promesas, sino que va más allá de toda imaginación y expectativa.

Es que sencillamente Dios es Padre, y sólo por esta relación eterna el hombre – varón y mujer- está lleno de gloria.

Por eso, sólo por eso, y no por ser el rey del imperio de turno, ni por haber alcanzado alguna alta cota de poder, de saber, de autoridad, o de dignidad por sus propios méritos, sino nada menos que por ser un hijo de Dios, una hija de Dios.

Al declararse Hijo del Hombre, Jesús muestra la riqueza diferenciante como el mayor obstáculo en el camino de la salvación humana.

Y no se trata de la palabra banal de un asceta cualquiera, sino del Unigénito Hijo de Dios, Uno con el Padre en la Unidad perfecta del Santo Espíritu.

El aumento de la concentración de poder genera una riqueza extrema que perpetúa la desigualdad entre los hombres y mujeres del mundo. La comprensión de semejante realidad es elemental.

Casi la mitad de la riqueza de la tierra está en manos de apenas el 1% de la población.

La riqueza del 1% de la población más rica del mundo asciende a ciento diez mil millones de dólares, una cifra 65 veces mayor que el total de la riqueza que posee la mitad más pobre de la población mundial.

La mitad más pobre de la población mundial (aproximadamente 3.750 millones de personas) posee la misma riqueza que las 85 personas más ricas del mundo.

Estos datos aparecen en el informe presentado por la *ONG Intermón Oxfam*, titulado *"Gobernar para las élites: Secuestro democrático y desigualdad económica"*, en el que se denuncia esta situación de extraordinaria injusticia.

En este informe se manifiesta que el caso español es especialmente preocupante debido al efecto de la crisis financiera y las políticas que se han venido llevando a cabo en los últimos años. Se asegura que las veinte personas más enriquecidas del estado español poseen una fortuna similar a los ingresos del 20% de la población más pobre.

La evidencia absolutamente indiscutible es que los multimillonarios del mundo se enriquecen cada día más, con o sin crisis, pero sobre todo en medio de la crisis.

En efecto, el enriquecido considera su riqueza como su principal fortaleza, y movido por el constante e irrefrenable anhelo de acrecentarla, confunde las riquezas con la humanidad, y de ese modo se borran todos los rasgos humanos de los hombres.

De esa manera es como se oculta la fuerza del Espíritu Santo en nuestras vidas.

El que consigue ver sin obstáculos la fuerza del Espíritu, puede ver también la fuerza de Dios, y en esa visión puede contemplar el verdadero sentido de la salvación.

Cuando nos vemos verdaderamente a nosotros mismos, también vemos en nosotros mismos y en los demás a Dios.

Por el contrario, cuando en vez de vernos a nosotros mismos vemos riquezas, poder, fama, glorias externas, comenzamos el descenso hacia la negación de Dios. Así llegará el momento en que Dios será un estorbo en la consumación de los proyectos del hombre.

Jesús, el Hijo del Hombre, no ha visto al hombre como mero instrumento.

Y del mismo modo que las riquezas y potestades externas no nos hacen grandes, de igual manera las actitudes externas no nos hacen santos. Nuestro pueblo lleva muchos años expresando esta realidad de manera vulgar pero acertadísima repitiendo que *"el hábito no hace al monje"*.

Por eso el Hijo del Hombre no quiso que las ceremonias y los ritualismos fueran más grandes que los hombres.

De ahí que tocara a los intocables, que comiera con gentes de mala reputación, y no sólo eso, sino que percibiera la presencia de su Padre Dios y Padre nuestro en los hombres, en todos ellos, y en cualesquiera que fuera su condición.

Por eso nos dijo que quien da de comer a un hambriento, le da de comer a Jesús; el que da de beber a un sediento, le da de beber a Jesús; el que viste a un desnudo, le viste al Señor; el que atiende a un enfermo, está atendiendo a Jesús; y quien procura la libertad de los cautivos, lo está haciendo al Maestro bendito.

No vamos a poder conocer a Jesús de Nazaret mientras no le veamos con hambre, con sed, desnudo, enfermo, privado de libertad y de dignidad. Cualquier otra imagen de Jesucristo sólo será un ídolo, un tótem, una cortina de humo para impedir que veamos al auténtico.

Adorar a Dios sin pasar por el hombre es sencillamente un imposible.

Si tratamos de aplacar a Dios con flores, o con velas, nos estaremos engañando de parte a parte. Primeramente, porque Él no es un monstruo a quien hay que apaciguar. Ese es el ídolo creado por los vendidos al poder, de antiguo y de hoy, y en segundo lugar porque el Dios Vivo y Verdadero no tiene deudas con los hombres ni recibe de nosotros gloria: Juan 5:41: *"Gloria de los hombres no recibo."*

Tratar de adorar a Dios sin pasara por el hombre, nuestro hermano, es hacer del culto a Dios el juego y la pantomima que los secuestradores de la verdad han establecido para justificar su existencia y ejercer su poder sobre los incautos. Son muchos.

Aunque pueda producirnos la edulcorante satisfacción del autoengaño, seguirá siendo una grotesca mentira.

Actuar de esa manera es burlarse de la humanidad, y burlarse de la humanidad es burlarse de Dios...

Y Dios no puede ser burlado.

Mateo 18:6: *“Y cualquiera que haga tropezar a alguno de estos pequeños que creen en mí, mejor le fuera que se le colgase al cuello una piedra de molino de asno, y que se le hundiese en lo profundo del mar.”*

Mateo 25:40: *“Y respondiéndolo el Rey, les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis.”*

Quienes han acogido verdaderamente la palabra de Jesús de Nazaret no pueden pasarse la vida leyendo la Biblia y orando, dando palmas, cantando coritos o encendiendo velas, según la tradición cristiana a la que pertenezcan.

Si nuestra religiosidad se limita a estas cosas, es muy posible que no hayamos comprendido de qué va el Evangelio del Reino de Dios y su Justicia.

Pero con tal de que asistamos a los cultos, hagamos estas cosas, y demos nuestras ofrendas, los clérigos de turno no nos van a decir otra cosa, sino que la *"gracia barata"* seguirá siendo el tema fundamental de la predicación de quienes han penetrado en la Iglesia *para convertir la gracia de Dios en libertinaje*. (Judas 3-4).

Sin embargo, el texto del profeta Isaías nos advierte del peligro de la religión organizada:

Isaías 1:10-20: *"Príncipes de Sodoma, oíd la palabra de YHVH; escuchad la ley de nuestro Dios, pueblo de Gomorra. ¿Para qué me sirve, dice YHVH, la multitud de vuestros sacrificios? Hastiado estoy de holocaustos de carneros y de sebo de animales gordos; no quiero sangre de bueyes, ni de ovejas, ni de machos cabríos. ¿Quién demanda esto de vuestras manos, cuando venís a presentaros delante de mí para hollar mis atrios? No me traigáis más vana ofrenda; el incienso me es abominación; luna nueva y día de reposo (hebreo: 'Shabat'), el convocar asambleas, no lo puedo sufrir; son iniquidad vuestras fiestas solemnes. Vuestras lunas nuevas y vuestras fiestas solemnes las tiene aborrecidas mi alma; me son gravosas; cansado estoy de soportarlas. Cuando extendáis vuestras manos, yo esconderé de vosotros mis ojos; asimismo cuando multipliquéis la oración, yo no oiré; llenas están de sangre vuestras manos. Lavaos y limpiaos; quitad la iniquidad de vuestras obras de delante de mis ojos; dejad de hacer lo malo; aprended a hacer el bien; buscad el juicio, restituid al agraviado, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda. Venid luego, dice YHVH, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana. Si quisiereis y oyereis, comeréis el bien de la tierra; si no quisiereis y fuereis rebeldes, seréis consumidos a espada; porque la boca de YHVH lo ha dicho."*

Como le hemos escuchado decir recientemente a un sacerdote católico de los que siempre tienen conflicto con su obispo y el resto de la jerarquía, *"yo me dedico a tratar de ayudar a mis hermanos; las misas se las dejo a otros."*

Esta suele ser la reacción de muchos clérigos, entre quienes confieso encontrarme, hastiados de un *religionismo* absurdo que se halla a millones de años-luz del Evangelio de Jesús de Nazaret.

La oración fundamental de quienes han acogido verdaderamente la palabra de Jesús de Nazaret ha de ser el servicio desinteresado a nuestros hermanos los hombres de cualesquiera sea su procedencia y condición.

Recordemos que la verdadera espiritualidad no puede reconocer clasificaciones ni categorías entre los seres humanos. Tampoco podemos definir a los que carecen de documentación en regla como *"ilegales"* y otras sandeces parecidas, como si un ser humano pudiera reducirse a un documento de papel con sellos de caucho y firmas.

Recordemos las palabras de *Oscar Arnulfo Romero* (1917-1980), el obispo asesinado el día 24 de marzo de 1980, por tomar parte a favor de los empobrecidos y vilmente explotados por la oligarquía de los *"decentes de toda la vida"*, de la República de El Salvador:

“La religión no consiste en mucho rezar. La religión consiste en esa garantía de tener a mi Dios cerca de mí, porque les hago el bien a mis hermanos.

La garantía de mi oración no es el mucho decir palabras; la garantía de mi plegaria está muy fácil de conocer: ¿Cómo me porto con el pobre? Porque allí está Dios...

La manera como le mires al pobre, así estás mirando a Dios...

Los méritos de cada hombre y de una civilización se medirán por el trato que tengamos para el necesitado y para el pobre.”

Jesús es presentado en algunos textos de las Sagradas Escrituras como *“varón de dolores, experimentado en quebranto”*, por cuanto aceptó pasar por enormes sufrimientos, demostrando que el hombre puede ser superior al dolor.

Las lágrimas sentimentales de un dolor sin vida, derramadas en un rincón de nuestra casa, sólo mojan nuestras propias mejillas.

La autoconmiseración, es decir, condenarnos a sentir pena de nosotros mismos, arrinconados en cualquier refugio, tiene mucho más de lo que imaginamos de orgullo, egocentrismo y soberbia.

En muchos casos no es nada más que la muestra de estar obsesionados con nuestro propio ombligo, sin percatarnos de las necesidades y sufrimientos de los demás.

Es simple y llanamente el dolor que le produce a nuestro *“super-yo”* haber fallado, haber fracasado o no responder a la altura de la concepción que tenemos de nosotros mismos, o de la que los demás esperan de nosotros, a la que condicionan nuestra valoración y afecto. Nada más.

La verdadera vida que el amor tiene en sí recibe gloria a través de la renuncia, a través de la aceptación del dolor, sin orgullo ni alharacas.

Para amar no se precisa vanagloriarse entre los perfumes del orgullo y las fragancias de la soberbia, ya que del amor mismo brota de manera espontánea un manantial de vida y de amor incondicional.

El amor engendra amor, del mismo modo que la violencia engendra violencia, por cuanto todo lo que el hombre siembra es lo que siega.

Esta verdad no está encerrada en uno o dos versículos de la Biblia, ni en muchos más tenidos por literatura o por endulzamiento de nuestra conciencia.

Jesús de Nazaret se ha mostrado como *“verdad”* en su propia vida, sin tampoco caer en las alharacas que el mundo busca y premia.

Cada día se levantan obstáculos que intentan quitar de en medio a Jesucristo y su verdadero Evangelio del Reino de Dios, por cuanto son estorbos y escándalos, tanto hoy como ayer.

Frecuentemente, esto acontece desde dentro de las propias instituciones eclesíásticas. Quizá donde más.

Cada día se levantan hombres con delirios de poder y grandeza que insultan a Cristo Jesús al menospreciar a los hombres y mujeres más debilitados, empobrecidos y marginados, a quienes no ven como auténticos hermanos, sino como herramientas e instrumentos para su autoelevación por encima de los demás.

Las iglesias llevan siendo dirigidas por esta clase de hombres desde hace muchos siglos. Las excepciones son eso precisamente: excepciones.

Los soberbios, en su orgullo y su soberbia, se burlan de Jesús de Nazaret desde dentro de las propias filas supuestamente cristianas.

A mí me parece oírles decir entre las rimbombantes palabras de su léxico, y sus no menos inflados títulos, algo así como *“¡Hagámonos un nombre construyendo un ‘cristo’ que nos lleve hasta el cielo!”*

Quizá sea por eso por lo que a mí me llega siempre *tufo a la civilización de Babel y su torre* desde todos los medios religiosos, y desde algunos más.

Los adoradores de la fuerza y el poder como el mundo los entiende, desprecian a Jesús el Cristo y a sus discípulos por verle débil, y a los suyos participantes de su debilidad.

Los crueles de este mundo consideran a Cristo Jesús sólo como cobijo de desvalidos, y a sus discípulos como débiles compañeros del dolor del prójimo, levantadores de caídos, dadores sin esperar recibir nada a cambio.

Curiosa y paradójicamente, esos enemigos de la Cruz de Cristo demuestran tener con esa concepción una visión mucho más clara de Cristo Jesús y su proyecto que la mayoría de las instituciones del cristianismo organizado.

Al echar una mano de amor y compañerismo a algunas congregaciones cristianas y sus pastores, han dicho de mí que *“era una especie de ‘barrendero’ que iba recogiendo a quienes nadie quería”*.

Lo cierto es que no han podido decir nada más bonito acerca de mi persona; sólo que respecto a que se trataba de *personas a quienes nadie quería*, se han equivocado totalmente, por cuanto nos faltaría espacio para dar los nombres de quienes les queremos entrañablemente.

Claro está, que quienes actúan y hablan de semejante manera desconocen que la Buena Nueva radica precisamente en que todos somos hijos e hijas de Dios, sólo que muchos no lo saben, y por eso viven como si no lo fuesen. Hablo desde mi propia experiencia.

La Buena Nueva es que todos somos habitantes de la *Casa del Padre*, como herederos, no como inquilinos. Por eso no hay desahucios en el Reino de Dios. Todas las moradas están pagadas por el Eterno. No hemos de temer quedar hipotecados.

Ahora bien, todas las sectas, las tenidas como tales y las que lo son sin percatarse de ello, afirman con orgullo que la plenitud de la verdad habita solamente dentro de sus puertas blindadas.

La frase latina *“extra ecclesiam nulla Salus”* significa *“fuera de la iglesia no hay salvación”*, es un dogma de la Iglesia de Roma definido como que *“es absolutamente necesario para la salvación de toda criatura humana que esté sujeta al Romano Pontífice.”* (Bula *“Unam Sanctam”*, promulgada por el Papa Bonifacio VIII, en el año 1302).

Esta es una definición dogmática que ha venido repitiéndose muchas veces en el curso de la historia.

También volvió a destacarse en la *profesión de fe* del *Cuarto Concilio de Letrán* (1215-1216), en estos términos:

“Una, más que nada, es la Iglesia Universal de los fieles, fuera de la cual nadie está salvado”.

El Papa Inocencio III (1198-1216) había afirmado anteriormente lo que sigue:

“Con nuestros corazones creemos y con nuestros labios confesamos sola una Iglesia, no aquella de los herejes, sino la Santa Iglesia Católica Apostólica y Romana, fuera de la cual creemos que no hay salvación.”

El Papa Pío X (1903-1914), en su Encíclica *“Jucunda Sane”*, afirmó:

“Es nuestro deber el recordar a los grandes y pequeños, tal como el Santo Pontífice Gregorio hizo hace años atrás, la absoluta necesidad nuestra de recurrir a la Iglesia de Roma para efectuar nuestra salvación eterna.”

El Papa Benedicto XV (1914-1922), en su Encíclica *“Ad Beatissimi Apostolorum”*, afirmó:

“Tal es la naturaleza de la fe Católica que no admite más o menos, sino que debe ser sostenida como un todo, o rechazamos como un todo: Esta es la fe Católica, que a menos que un hombre crea con fe y firmemente, él no podrá ser salvado.”

El Papa Pío XI (1922-1939), en su Encíclica *“Mortalium Animos”*, afirmó:

“Por sí sola la Iglesia Católica mantiene la adoración verdadera. Este es la fuente de verdad, esta es la casa de la fe, esta es el templo de Dios. Si cualquier hombre entra no aquí, o si cualquier hombre se aleja de ella, él será un extraño a la vida de fe y salvación... Es más, en esta única Iglesia de Cristo, no puede haber o permanecer un hombre que no acepta, reconozca y obedezca la autoridad y la supremacía de Pedro y la de sus sucesores legítimos.”

El Papa Pío XII (1939-1958) en su *“Discurso a la Universidad Gregoriana del 17 de octubre de 1953”*, afirmó:

“Por mandato divino la intérprete y la guardiana de las Sagradas Escrituras, y la depositaria de la Sagrada Tradición que vive en ella, la Iglesia por sí sola es la entrada a la salvación: Ella sola, por sí misma, y bajo la protección y la guía del Espíritu Santo, es la fuente de la verdad.”

Y ya en tiempos muy recientes, en el *“Concilio Vaticano Segundo”* (del 11 de octubre de 1962 al 8 de diciembre de 1965, iniciado bajo la presidencia del Papa Juan XXIII (1962), y continuado bajo la presidencia del Papa Pablo VI (1963-1965), en la *“Constitución Dogmática Lumen Gentium – LG 14”*, se afirmó lo siguiente:

“El Sagrado Concilio pone ante todo su atención en los fieles católicos y enseña, fundado en la Escritura y la Tradición, que esta Iglesia peregrina es necesaria para la Salvación. Pues solamente Cristo es el Mediador y el camino de la salvación, presente a nosotros en su Cuerpo, que es la Iglesia, y Él, inculcando con palabras concretas la necesidad de la fe y el bautismo, confirmó a un tiempo la necesidad de la Iglesia, en la que los hombres entran por el bautismo como puerta obligada. Por lo cual no podrían salvarse quienes, sabiendo que la Iglesia Católica fue instituida por Jesucristo como necesaria, rehusaran entrar o no quisieran permanecer en ella.”

Hasta aquí algunas citas –no damos más para no aburrir con su reiteración- que confirman la triste realidad de quienes se creen poseedores en exclusiva de la verdad, de toda la verdad, y de la llave para la salvación del hombre.

Pero no vayamos a caer en la trampa de creer que esto acontece solamente en el ámbito de la Iglesia de Roma, con la que algunos evangélicos parecen estar

obsesionados, sino que con el característico orgullo que brota de nuestra naturaleza vieja, todas las sectas –insistimos, tanto las que son consideradas como tales, como las que no, por haber alcanzado notorio arraigo en la sociedad-, abandonando a todos los demás, afirman con mayor o menor desvergüenza que toda la verdad y todas las virtudes divinas se hallan exclusivamente en ellas.

Este olvido de la dignidad de la verdad, que no permite que nadie la secuestre y esgrima en posesión exclusiva, produce un aumento de la superficialidad, de la mediocridad y de la vanagloria en los defensores dogmáticos que se sienten garantes de la ortodoxia y guardianes de la puerta de acceso a la salvación eterna.

Recordemos que cuanto más orgulloso está el enriquecido en sus riquezas, más se envanece de lo que tiene, y de ese modo empobrece la dignidad de los demás, a cuya costa ha acumulado sus tesoros.

Y que exactamente lo mismo acontece entre quienes se consideran superiores a los demás en sus conocimientos o sabiduría, incapacitándose de ese modo a sí mismos para ser de bendición a los demás, compartiendo lo que han recibido o han adquirido.

Fijémonos una vez más en que no hay nada malo en que quien posee unos bienes, sean materiales, intelectuales o espirituales, se sienta satisfecho de ellos, por cuanto es lógico y lícito que así sea, tratándose de bienes y no de males; y que cada cual esté contento con tales bendiciones, y sienta cariño hacia sus logros.

Pero cuando los “guardianes” de una religión se enorgullecen por creer que poseen toda la verdad en un sentido excluyente, la auténtica dimensión de la verdad huye avergonzada y se distancia de quienes pretendían secuestrarla.

La verdad es como el aire y como el agua y como el sol y como la lluvia y como el viento, y como las nubes, y como las aves de los cielos, y como el maná del desierto, y como los panes y los peces que Jesús multiplica para que haya para todos...

Por eso Jesús ha dicho que *Él es el Camino, y la Verdad y la Vida...*

Porque Jesús es para todos; no un cristianismo impuesto a base de persecuciones, cruzadas contra los “infieles”, hogueras inquisitoriales, matanzas de católicos en Irlanda del Norte a manos de protestantes, y de protestantes a manos de católicos.

Cuando como cristianos hacemos jactancia de ser cristianos, avergonzamos a nuestro Señor Jesucristo, y mucho más cuando ostentamos ser los únicos y verdaderos cristianos.

Cuando tal cosa hacemos, nos metemos en la cueva de Elías, que es sin duda un símbolo del útero materno, por creernos los únicos que no hemos doblado nuestras rodillas a los ídolos; y nuestro Señor tiene que sacarnos de la caverna y mostrarnos que hay muchos más que tampoco lo han hecho.

Cuando nos jactamos de nuestra adscripción religiosa o de nuestro denominacionalismo, no estamos mostrando realmente nuestra religiosidad en el verdadero sentido del término, sino una parte de nosotros mismos en la que nos sentimos orgullosos y superiores a los demás.

Es muy probable que semejante ostentación se trate de nuestro rostro más feo.

Hemos de hacer todo lo posible, con una actitud de calma, tranquilidad y sosiego, por liberar a Jesucristo de las manos sectarias del denominacionalismo supuesta o

presuntamente *"cristiano"*; de los antiguos y modernos secuestradores de la verdad.

Ningún niño puede entender el concepto *"dogma"*, y recordemos que necesitamos ser como niños para acceder al Reino de Dios.

J

uan 17:24-26: *“Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo. Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido, y éstos han conocido que tú me enviaste. Y les he dado a conocer tu nombre, y lo daré a conocer aún, para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos.”*

Volviendo al tema de los "Vedas", hallamos en ellos, entre otros nombres de Dios, el de "Abbi", voz sánscrita que significa "manifestación", y se emplea principalmente para hacer referencia a las manifestaciones de Dios.

No puede pasarnos inadvertida su similitud al vocablo arameo "abbá", de la raíz "ab" (hebreo: "álef", "bet") que llega a significar "padre", y de ahí que "abbá" ("álef", "bet", "áyin") sea lo que nosotros llamaríamos "papá", y es voz, según el *Talmud*, que pronuncian los más pequeños, los que cuando son capaces de decir "abbá" e "imá", es decir, "papá" y "mamá", ya se puede proceder a añadir el cereal a su dieta.

Creemos que es importante saber que en las lenguas semíticas este vocablo "ab" tiene su origen etimológico en "fuente", como "padre-fuente constante de la vida", lo que revela la filiación divina del hombre llamado por Dios a vivir según la divina dignidad de un solo Padre Eterno de toda la humanidad.

Por eso es que cuando Jesús de Nazaret llama al Dios Eterno "Abbá", quiere decirnos que su revelación en carne humana es la verdadera religión, la "manifestación" que nos religa, que nos vuelve a unir al Padre de Jesucristo y Padre de todos, Padre de Amor y de Misericordia.

Jesús de Nazaret usa esta voz en un momento en que se vuelve niño y clama a su Padre, diciendo: "¡Abbá, Padre! Todo es posible para ti; aparta de mí esta copa; pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieras tú." (Marcos 14:36).

La importancia de esta voz se muestra en el uso de ella en el Nuevo Testamento, cuyos escritores no se sintieron capaces de eludir este término traduciéndolo al griego, sino que lo dejaron en su forma aramea.

Gálatas 4:6: "La prueba de que sois hijos de Dios es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abbá, Padre!"

Romanos 8:15: "Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el Espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abbá, Padre!"

Muchos han sido y siguen siendo los místicos que han afirmado haber visto la presencia de Dios en el naturaleza y en el Universo con más facilidad que en el hombre. Así es por cuanto sólo en el corazón del hombre late el pecado, mientras que a la naturaleza solamente le alcanzan sus consecuencias y efectos.

Es más difícil ver la presencia de Dios en el hombre porque en nosotros la revelación de la voluntad de Dios está inmersa en un océano de pasiones humanas y luchas intestinas que conducen a los humanos a la deriva y acaban con la paz universal.

Mientras el hombre no permite que nazca el amor de Dios en su corazón, la voluntad humana se opone a la voluntad suprema del Eterno.

Antes del nuevo nacimiento de la regeneración que produce el Santo Espíritu, no podemos ver los Mandamientos Divinos como dones preciosos de parte de Dios para nuestra felicidad, sino que en nuestra vieja naturaleza caída los contemplamos como cargas muy pesadas e imposibles de guardar en alta estima y mucho menos poner en práctica.

En la pobreza extrema sufre el hombre, eso es absolutamente innegable, pero es en el desamor y en el odio donde nace la infelicidad humana.

También los animales sufren, pero la infelicidad es patrimonio de los hombres.

El dolor suscitado por la pobreza extrema hace sufrir al hombre en nuestra parte animal, pero las heridas más profundas son las que provocan la infelicidad, por cuanto nos atacan en la medida en que somos humanos.

Por eso es que la parte animal del hombre cree que si gana mucho dinero y acumula bienes materiales alejará el sufrimiento que le produce su pobreza y superará sus carencias.

Pero la parte humana del hombre, que es la espiritual, sabe que si renuncia a algo, podrá ofrendar su pequeña voluntad a la Voluntad Suprema del Dios Eterno...

Y quemando nuestros deseos en el altar de nuestro corazón, los haremos brillar en el amor, donde se encuentra la plena manifestación del Dios Eterno quien es Amor y fuente de Amor.

El mayor tormento del ser humano radica en que nuestra grandeza está constantemente sitiada por nuestra pequeñez y mezquindad, por nuestro orgullo y nuestra soberbia, que solamente son exponentes de la falta de seguridad que tenemos en nosotros mismos, en la grandeza de nuestro ser, lo que nos hace volcarnos totalmente en el afán por la acumulación, por el lucro y la dominación de los otros hombres.

Ese es básicamente nuestro pecado, el que nos impide revelar y gozar de la grandeza del ser creado a imagen y semejanza de Dios, que es la esencia de nuestro ser. Al despreciar el "ser" no nos queda más opción que refugiarnos en el "tener".

Pero nuestro Señor Jesucristo nos ha declarado en qué consiste la vida del hombre:

Lucas 12:15: "Mirad, y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee. También les refirió una parábola, diciendo: La heredad de un hombre rico había producido mucho. Y él pensaba dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré, porque no tengo dónde guardar mis frutos? Y dijo: Esto haré: derribaré mis graneros, y los edificaré mayores, y allí guardaré todos mis frutos y mis bienes; y diré a mi alma: Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repósate. Come, bebe, regocíjate. Pero Dios le dijo: Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será? Así es el que hace para sí tesoro, y no es rico para con Dios."

El gran dolor que alberga el corazón humano es la incapacidad para que podamos expresarnos plenamente.

De alguna manera todos barruntamos que el hombre es más grande que sí mismo.

Cuando asumimos haber sido creados a imagen y semejanza de Dios, y que la imagen de Dios por excelencia es el Verbo Encarnado en Jesús de Nazaret, empezamos a comprender que paradójicamente es en la pequeñez del hombre donde está su grandeza...

Que el cáliz del dolor que Jesús ha apurado por nosotros ha nacido del choque de la grandeza y la pequeñez del ser humano, es decir, del pecado en su encuentro con el corazón de Cristo, del Mesías Sufriente que en el Gran Día de Dios vendrá como Mesías Triunfante...

Que los golpes del dolor y del odio han caído sobre quien siempre ha perdonado, y que tal cosa no podía ser de otra manera...

Que la codicia se ha cebado sobre quien jamás la experimentó, quien jamás robó, sino que espera pacientemente que el hombre descubra su verdadera riqueza para que no sufra innecesariamente buscando por aquí y por allá lo que no satisface, tanto si lo hace por medios lícitos como por ilícitos...

¿A quién hace llorar el pecado si no es a Aquél que ama con un amor incondicional y sin límites a todos sus hermanos?

Por eso Jesús de Nazaret nos ha revelado que Él está presente en los que sufren, que no perdamos el tiempo buscándole en los sistemas religiosos, se llamen como se llamen, es decir, se llamen como nosotros queramos llamarlos, como nosotros queramos denominarlos, para proyectar sobre ellos nuestro orgullo y nuestro afán de autojustificarnos.

No hay nada más verdadero que esto: Aquel que habita en ti y en mí es grande y poderoso, amoroso más allá de toda posible descripción, y, sin embargo, yo le he hecho sufrir al no amarme a mí mismo ni amar a los demás.

Pero Él sigue mostrándonos que todos los pecados del mundo le golpean sin derribarle. Por eso Él es el Autor y el Consumador de la fe.

En el mundo habrá quienes roben riquezas, traidores y amadores de sí mismos, vengativos y vengadores, acusadores de los hermanos y despreciadores del amor y del perdón, organizadores de guerras y cruzadas, perseguidores de quienes piensan de otra manera, pero nada de eso podrá poner fin al amor de Dios que excede a todo conocimiento.

Aquél que es grande y pequeño por nosotros es el único que puede, sabe y quiere quitar continuamente nuestros pecados con su sangre, con su dolor, con sus lágrimas, con su vida. Y todo ello por amor inmerecido, misericordia benevolente, entrega generosa.

Esto es así porque sólo Él puede soportar todos esos golpes e injurias, y siendo grande por encima de todos los cielos, y de los cielos de los cielos, se revela en lo más pequeño e insignificante, en la pequeñez de nuestros corazones mezquinos.

Al ver la grandeza en su pequeñez y su pequeñez en la grandeza, el corazón se extasía, y el amor brota hacia Aquél que paga nuestra deuda. Por eso queremos unirnos a Él, religarnos a nuestra fuente, a nuestro Padre que nos acoge en el Hijo, en el Hermano Mayor, en quien muere la raíz de todo nuestro mal.

Ese es el *"goel"*, término hebreo que tiene su raíz en *"ga'al"*, que es *"redimir"*, pagar la deuda de otro, quien empobrecido no puede hacerlo.

Ese es el sentido de la redención que Dios realiza liberando a su pueblo hebreo de debajo de la garra opresora del imperio faraónico. Sacándolos de su cautividad, Dios es el *"goel"* que paga el rescate de su liberación.

También la redención conlleva el sentido de liberar de un lugar estrecho, de ahí el nombre hebreo de Egipto, que es *"Mizraim"*, cuyo significado es *"congesto"*, es decir, un valle estrecho por el que discurre un río, para trasladar a un lugar más amplio.

Romanos 8: 18-23: *“Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse. Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios. Porque la creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza; porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora; y no sólo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu (Santo), nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo.”*

Aunque los hombres no lo percibamos, todo el Universo espera a que florezca la vida del Hijo de Dios en la manifestación gloriosa de sus hijos e hijas.

La esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo está latente en toda la Creación.

Por eso es que cuando esa esperanza late en nuestros corazones, damos un paso más adelante en nuestra integridad global dentro de Universo.

Así es como Jesús de Nazaret, al entregar su vida nos ha mostrado que por encima de todos los océanos galácticos y las incontables estrellas, ha preparado moradas en la Casa del Padre para sus hijos humanos, para sus hermanos menores, de cuya deuda impagable Él nos ha redimido.

El dueño de todo este gran Universo, y de todos los demás posibles, es mi Padre, es nuestro Padre, y por consiguiente no hemos de tener miedo, sino fe, que es lo más opuesto y contrario.

Bajo este inmenso cielo, la fuerza de Aquel por cuya Majestad este mundo gira, no tiene límites, y es tan maravilloso que ante Él nosotros somos hombres y mujeres muy pequeños, sin ningún valor separados de Él. Pero en su Amor y por su sola gracia y misericordia, somos "dioses", como afirma la propia Ley de Dios.

Juan 10:27-42: "Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre. Yo y el Padre uno somos. Entonces los judíos volvieron a tomar piedras para apedrearle. Mas Jesús les respondió: Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre; ¿por cuál de ellas me apedreáis? Les respondieron los judíos, diciendo: Por buena obra no te apedreamos, sino por la blasfemia; porque tú, siendo hombre, te haces Dios. Jesús les respondió: ¿No está escrito en vuestra ley: Yo dije, dioses sois? Si llamó dioses a aquellos a quienes vino la palabra de Dios (y la Escritura no puede ser quebrantada), ¿al que el Padre santificó y envió al mundo, vosotros decís: Tú blasfemas, porque dije: Hijo de Dios soy? Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis. Mas si las hago, aunque no me creáis a mí, creed a las obras, para que conozcáis y creáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre. Procuraron otra vez prenderle, pero él se escapó de sus manos. Y se fue de nuevo al otro lado del Jordán, al lugar donde primero había estado bautizando Juan, y se quedó allí. Y muchos veían a él, y decían: Juan, a la verdad, ninguna señal hizo; pero todo lo que Juan dijo de éste, era verdad. Y muchos creyeron en él allí."

Por eso nos dice la Sagrada Escritura desde el principio que todos los seres humanos somos progenie espiritual del Padre Celestial:

Génesis 1:26-27: "Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra. Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y hembra los creó."

Deuteronomio 14:1: "Hijos sois de YHVH vuestro Dios."

Salmo 82:6: "Yo dije: Vosotros sois dioses, y todos vosotros hijos del Altísimo."

Oseas 1:10: "Con todo, será el número de los hijos de Israel como la arena del mar, que no se puede medir ni contar. Y en el lugar donde les fue dicho: Vosotros no sois pueblo mío, les será dicho: Sois hijos del Dios viviente."

Malaquías 2:10: *“¿No tenemos todos un mismo Padre? ¿No nos ha creado un mismo Dios? ¿Por qué, pues, nos portamos deslealmente el uno contra el otro, profanando el pacto de nuestros padres?”*

Nuestro valor es Él Padre Creador y Sustentador de cuanto existe. Y semejante valor no puede ser superado absolutamente por nada ni nadie en el Universo.

Por eso no hemos de temer, porque Él es nuestro Padre, y está en la raíz del Universo rellenando todo vacío y haciendo brotar un reguero de alegría que llega hasta lo más hondo de nuestro *corazón*.

Recordemos que *“corazón”* es el hebreo *“Lev”*, de la raíz que significa *“grano desnudo”*.

No hemos de temer porque su Ley está en el sol y en las estrellas, y en el agua, y en el viento, y en el fuego, y en la tierra, antes que en las tablas de los Mandamientos entregados a Moisés.

Es una Ley que podría resumirse en *“tú eres mío, y yo te amo.”*

Deberíamos sentir un gran respeto por todos cuantos en el curso de los siglos nos han traído un mensaje de paz y de amor. Podemos tener la certeza de que nuestro bendito Señor y Salvador Jesús de Nazaret nunca los menospreciaría ni los tacharía de impostores.

Jesús sólo llamó ladrones y salteadores a quienes trataron de robar las ovejas, es decir, a los lobos con piel de cordero.

Juan 10:1-6: *“De cierto, de cierto os digo: El que no entra por la puerta del redil de las ovejas, sino que sube por otra parte, ése es ladrón y salteador. Mas el que entra por la puerta, el pastor de las ovejas es. A éste abre el portero, y las ovejas oyen su voz; y a sus ovejas llama por nombre, y las saca. Y cuando ha sacado fuera todas las propias, va delante de ellas; y las ovejas le siguen, porque conocen su voz. Mas al extraño no seguirán, sino huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños. Esta alegoría les dijo Jesús; pero ellos no entendieron qué era lo que les decía.”*

Jesús tuvo que volver a hablarles al respecto para asegurarse de que entendía su enseñanza:

Juan 10:7-15: *“Volvió, pues, Jesús a decirles: De cierto, de cierto os digo: Yo soy la puerta de las ovejas. Todos los que antes de mí vinieron, ladrones son y salteadores; pero no los oyeron las ovejas. Yo soy la puerta; el que por mí entrare, será salvo; y entrará y saldrá, y hallará pastos. El ladrón no viene sino para hurtar y matar y destruir; yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia. Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas. Mas el asalariado, y que no es el pastor, de quien no son propias las ovejas, ve venir al lobo y deja las ovejas y huye, y el lobo arrebató las ovejas y las dispersa. Así que el asalariado huye, porque es asalariado, y no le importan las ovejas. Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen, así como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre; y pongo mi vida por las ovejas.”*

Recordemos que Él nos ha dicho clara y contundentemente que quien no está contra Él, está a su favor.

Porque *“Dios, habiendo hablado muchos veces y de muchas maneras, en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo.”* (Hebreos 1:1-2).

Ese Hijo, Jesús de Nazaret, nos ha dicho que todos somos hijos e hijas del Padre del Universo, aunque muchos vivan sin saberlo, y que la sed de amor que tenemos dentro la ha sembrado Él mismo, y todo ello porque nos ama con un amor que le conmueve.

Por eso no puede ser que nuestros sufrimientos y nuestros deseos carezcan de propósito y razón, porque Él, haciéndose amigo nuestro, les ha dado una respuesta mostrándose como *Padre Eterno*, como *Hijo Unigénito*, y por tanto como *Hermano Mayor*, y como *Madre Consoladora* en el *Espíritu Santo*. Tengamos siempre presente que la voz hebrea "*Rúaj HaKodesh*", "*Espíritu Santo*", es un vocablo del género femenino.

Cuando el hombre piensa que el Universo solamente está regulado externamente por leyes mecánicas, se empequeñece a sí mismo, y nos convertimos en seres espiritualmente muy débiles, muy raquíticos, y proclives a las mayores mezquindades.

Pero cuando, en virtud del amor, el Universo entero se reconoce como manifestación de Dios, entonces comprendemos quiénes somos verdaderamente; parte de un todo que mana de la fuente de la vida, del *Padre-fuente* del que todo fluye.

Así podemos acercarnos a la pregunta que se autoformula el Salmista cuando dice:

"¿Qué es el hombre para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre para que lo visites?" (Salmo 8:4).

Cuando pienso en estas cosas, siempre viene a mi mente el poema "*Desiderata*", de *Max Ehrmann* (1872-1945), especialmente el fragmento que dice:

*"You are a child of the universe,
no less than the trees and the stars;
you have a right to be here.
And whether or not it is clear to you,
No doubt the universe is unfolding as it should.
Therefore be at peace with God,
Whatever you conceive Him to be,
And whatever your labors and aspirations,
In the noisy confusion of life keep peace with your soul."
"Eres un hijo del universo,
no menos que los árboles y las estrellas;
tienes derecho a estar aquí.
Y tanto si lo comprendes como si no,
Sin duda el universo está desplegándose como debe.
Por tanto, procura la paz con Dios,
Comoquiera que lo concibas,*

Y cualesquiera sean tus trabajos y aspiraciones,

En la ruidosa confusión de la vida

Guarda tu alma en paz."

Un día, para proclamar esta verdad, el Verbo, la Palabra Creadora, que es el propio Dios manifestándose, se hizo presente en la *casa del hombre*, que es esta tierra.

No vino pertrechado con armas y munición, revestido de uniforme bélico, amenazante; ni con coraza sobre su corazón, ni con el pecho cubierto de condecoraciones por haber quitado vidas y derramado mucha sangre de otros hombres, mujeres y niños.

No vino vestido de púrpura, lino fino y seda magnífica, ni con anillos en sus dedos, ni brazaletes, ni guirnaldas, ni coronas; ni con mitra sobre su cabeza, ni un báculo dorado y una bola del mundo en su mano derecha.

No se dio a conocer por la fuerza magnífica de su brazo poderoso.

Anduvo por los caminos cubierto de pobres vestiduras y calzado con humildes sandalias en sus pies de durezas y callosidades, sin más equipaje que la bendición del Padre Celestial -¿Puede hacer falta algo más?-, abriendo al espíritu humano el camino al cielo de Dios.

Y a cambio de la Buena Nueva, anunciando a los hombres y mujeres que solamente teníamos que darnos la vuelta para comenzar a andar como hijos e hijas muy amados de Dios y por Dios, no recibió recompensas externas, sino sólo incompreensión, insultos, heridas y una cruz romana como si hubiera sido un malhechor. Igual ha sido lo recibido por muchos que se han atrevido a seguir sus huellas.

Recorrió caminos, ciudades, aldeas, villorrios, campos y encrucijadas anunciando que no sufriéramos más innecesariamente, buscando consuelo en las riquezas y el poder de este mundo caído, por cuanto el verdadero consuelo radica solamente en Aquel que llena el Universo.

Él está presente y colma el espacio y el tiempo. Por eso es la alegría suprema, el gozo inefable y el hogar definitivo para sus hijos e hijas.

Pero quienes se niegan y se cierran a la realidad de que para llegar a esta verdad es imprescindible la renuncia, se dejan vencer por el miedo que conduce al pánico, hasta el punto de perder la vida.

De ese modo, prisioneros del temor y de la codicia, no saben mostrar otra cosa por el Señor que desprecio.

Pero tal cosa no le puede ofender al Eterno, por cuanto su corazón es inmenso.

Si verdaderamente hemos desnudado el grano de nuestro corazón ante Él, sabremos entonces que el Señor ama más a quienes menos le aman.

Él siempre estará dispuesto a perdonar cuanto le hagan a Él; pero su gran dolor será siempre por el daño que les hagan a sus hermanos menores, a los más débiles, vulnerables, empobrecidos, marginados y explotados por sus hermanos mayores, más poderosos o capaces o dotados para su propio beneficio, sin reparar en los demás.

Jesús, renunciando a la vida por la muerte, nos ha traído ese mensaje en actitud, obra, palabra y silencio. Esa ha sido y seguirá siendo su espiritualidad.

No ha precisado de nada más para hacer que los ojos de los hombres se fijen en Él.

Pero los hombres y las mujeres que le siguieron, no supieron entender del todo el sentido de su mensaje.

No pensemos con orgullo que nosotros lo hemos entendido plenamente, porque tampoco no ha sido así. Yo, al menos.

Aquellos primeros eran simples pescadores, labriegos, mercaderes, cobradores de impuestos, esclavos del pecado, poseídos por malos espíritus, mujeres corrientes, prostitutas, pero al oír la palabra de invitación de Jesús de Nazaret, sus corazones fueron inundados por una rica savia íntima y secreta.

Y Él acogió a los que nada tenían, mientras que los soberbios rechazaban la sublime noticia porque temían perder lo que les poseía.

Pero quienes heredaron el mensaje no hicieron suya la palabra de Jesús, sino que a lo largo de la historia los más le han insultado y han seguido empapando la tierra con su sangre y la de muchos mártires inocentes.

La matanza continúa en un mundo convertido en desolación por hambruna, mientras las iglesias del cristianismo organizado, institucionalizado y canonizado siguen adormecidas y adormeciendo, rodeadas del suave y aterciopelado encanto del aburguesamiento, en medio de su pompa, su boato y su falsa autosuficiencia.

Jesús de Nazaret ha seguido siendo crucificado en el curso de los tiempos por quienes han hecho uso de su Nombre Glorioso, pero no han estado dispuestos a caminar en las huellas que dejaron sus pisadas.

Jesús no anduvo por nuestros caminos para que su Palabra se proclamara en las grandes iglesias y catedrales, ni para que se escribieran grandes tochos llenos de palabras complicadas y cultismos con el fin de explicar las palabras sencillas del Maestro, sino para acercarse a los empobrecidos y marginados que no han permitido que sus corazones se secan, sino que los han mantenido frescos y abiertos a la espera del Deseado de todos las gentes.

A su tiempo, uniéndose a la voz de los empobrecidos y despreciados, Jesús ha dicho al Padre del Universo con todos ellos y con todos nosotros:

“¡Padre nuestro que estás en los Cielos, santificado sea tu Nombre...

¡Venga tu Reino!

Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.

Danos hoy el pan que cada día necesitamos.

Y perdónanos nuestras deudas, como nosotros hemos perdonado a nuestros deudores.

No permitas que caigamos en tentación, y libranos del maligno.

Porque tuyo es el Reino, y el Poder y la Gloria, por todos los siglos. Amén.”

Mateo 25:40: *“De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis.”*

Cuando vemos la vida separada de la realidad de la muerte es como si consideráramos nuestro cuerpo sólo como si fuera la parte delantera, donde está nuestro rostro, e ignoráramos la realidad de nuestra espalda por no tener ésta ojos.

Es como si creyéramos que una moneda no podía ser nada más que el anverso, sin que existiera el reverso.

Ver sólo la vida sin considerar la realidad de la muerte es exactamente lo mismo que creer que el día sólo son las horas de luz solar, e ignorar la realidad de la noche, que inexorablemente llega cada día.

Cuando el sol se puso y llegó la noche, el primer hombre pudiera haber pensado que la luz se había apagado para siempre, y que ya no volvería a lucir el sol nunca más, y que la Creación había llegado a su fin...

¿Podemos imaginar su desesperación seguida por la alegría del nuevo amanecer?

Pero si miramos al firmamento nos percatamos de que las estrellas sigue brillando, y que el sol que se ha puesto en nuestro hemisferio sigue luciendo en el otro hemisferio.

El drama del primer hombre es desconocer la existencia del otro hemisferio.

Nuestra gran ventaja es saber que a cada noche le sigue un nuevo día.

Jesús nos habló de la muerte, al igual que todas las Sagradas Escrituras, como de un sueño. Ciertamente, no el sueño cotidiano, sino como el sueño del morir.

Nuestro Señor nos dio a conocer la existencia de moradas eternas en las que Él ha ido a preparar lugar para nosotros.

Las moradas ya están hechas; lo que Jesús ha dicho es que iba a preparar lugar en ellas para nosotros.

Con su muerte y resurrección volvió al Cielo de Dios, de donde había venido, lleno de vida inmortal.

Por eso es que en la vida, muerte y resurrección de Jesús de Nazaret tenemos la lección más grandiosa bajo el Cielo.

Entre tanto, para ser verdaderamente libres hemos de conocer la Verdad de Dios, que es Cristo Jesús Señor nuestro.

Y en la medida en que caminamos por los Mandamientos de Dios recibimos salud y bienes materiales y espirituales.

En ese seguimiento hallamos la alegría de la existencia humana en la mujer, que es el *tú* en quien podemos encontrar nuestro otro *yo*, en los hijos, en la amistad, en la naturaleza, en la belleza que Dios pone en nuestro ojos para que podamos ver la hermosura de todas las cosas.

Pero sobre todo y ante todo, en el seguimiento del Señor en sus Mandamientos podemos ver al Dador de la Vida como el Amigo entre y sobre todos los amigos; el Padre entre todas las figuras paternas, el Santo Consolador en el Espíritu Maternal de Dios.

Por eso Jesús como Hijo se reconoce en el Padre, y el Padre tiene su contentamiento solamente en el Hijo, quien hace de la voluntad del Padre su comida y su bebida.

De ahí que el Padre nos diga que sólo en el Hijo tiene su contentamiento, y que sólo oigamos al Hijo.

Y el intercambio amoroso entre el Padre y el Hijo se manifiesta, se da a conocer, en el Santo Espíritu Consolador, lo mismo que los enamorados pueden decir que entre ellos no hay separación.

Por eso Jesús de Nazaret puede afirmar: *“El Padre y yo somos uno”, y “quien me ha visto a mí, ha visto al Padre.”*

La vida, palabras y obra de Jesús de Nazaret demuestran que en Él mora y se revela el Padre.

Pero esta afirmación de nuestro Maestro, mientras no entre en nuestra vida de discípulos, solamente serán palabras para componer grandes discursos.

De ese modo, al no ponerla en práctica, dicha afirmación sólo sirve para deshonar a nuestro Señor llamándole como tal, pero negándole con nuestras actitudes y acciones.

El precio de las palabras verdaderas tiene que pagarse con palabras verdaderas...

Y la verdad de las palabras se halla en la praxis de las mismas, sean buenas o sean malas.

Esto ha hecho y sigue haciendo a muchos creer que el nacimiento de Jesucristo ha sido en vano.

Especialmente cruzan nuestra mente tales pensamientos cuando vemos a los cristianos cometer actos violentos entre sí, actuando con odios, pleitos, iras y contiendas...

Cuando confundimos al hombre con sus acciones, y rechazamos a aquel cuyo comportamiento no corresponde a nuestros criterios.

Sin embargo, hemos visto y seguimos viendo actos de inmenso amor y enorme misericordia entre cristianos y no cristianos, renuncia por el bien del prójimo, comprendido el caso de aquellos de quienes se habían recibido daños y maltrato.

Hemos visto actos y actitudes sectarias, sin duda, pero también hemos podido constatar la realización de actos que con generosidad y entrega rompían las barreras sectarias o denominacionales que tanto daño pueden hacer y hacen.

Hemos aprendido de algunos discípulos que nos precedieron que la más verdadera y auténtica doctrina cristiana es servir a Dios a través del servicio a los hombres, nuestros hermanos, de quienes Dios afirma que los hijos de los hombres son sus delicias.

Jesús nos ha enseñado a poner nuestra ofrenda no sólo en el alfolí de la comunidad, sino en el plato del hambriento, al alcance de las aguas de reposo, sobre el cuerpo de los que están desnudos, como medicina sobre las heridas de nuestros hermanos enfermos.

Jesús el judío se ha revelado también como Jesús el samaritano que se acerca al caído al borde del camino, asaltado por bandidos, malherido y desposeído de sus bienes.

Esto no ha gustado a los nacionalistas, del mismo modo que no gusta a quienes se creen exclusivos poseedores de toda la verdad, que otros hombres con otras

formas religiosas muestren en su espiritualidad práctica la cercanía al Dios del Universo.

Con su nacimiento como hombre entre los hombres, Jesús nos ha enseñado la unión amorosa del Dios del Universo con sus hijos e hijas, los humanos, sus delicias, a quienes perdona y acoge en su Hijo Unigénito.

Un hombre inmensamente rico, sin darse cuenta de que los hombres de su entorno padecían terriblemente por la falta de agua, donó con ocasión del destete de su primer hijo varón, diez millones de libras para la adquisición de un collar de perlas para una estatua de un ídolo de su devoción que permanecía en el templo al que él solía acudir para hacer sus rezos.

No había reparado en la carencia de agua de su pueblo porque a él nunca le faltaba el suministro del líquido elemento que sus siervos le traían a diario para beber y para deleitarse en sus piscinas.

Su corazón no comprendía que es de necios llevar una lámpara encendida donde luce el sol, o añadir una gota de agua al mar.

Dios pide que llevemos luz donde hay tinieblas y agua donde hay sed por la sequía.

Pero la idolatría del hombre que no logra ver a su hermano en necesidad, compra perlas y joyas para el templo de su devoción.

Todo parece indicar que los hombres son instruidos en la religión organizada para de manera consciente o inconsciente tratar de distraer a Dios, para quemar sahumeros y elevar holocaustos que actúen como nubes de humo que no permitan al Eterno ver la realidad de las cosas, como si tal cosa fuese posible.

A mí personalmente siempre me ha parecido que la técnica de "cortina de humo", tan frecuente en los círculos políticos, se reproduce tristemente de igual manera en los círculos religiosos, al menos en los que he venido desenvolviéndome en los últimos cuarenta y cinco años de mi vida.

Y de ese modo, lo que pretende honrar a Dios, sólo le deshonra haciéndole sufrir en el Hijo.

¡Cuántos han puesto a los pies de las imágenes oro, plata y piedras preciosas, creyendo que de ese modo pagaban su billete para su viaje al Paraíso de Dios!

La mirada de esos hombres y mujeres nunca se posó en el hombre en quien Dios se había hecho empobrecido, hambriento, sediento, desnudo, enfermo o privado de libertad y dignidad.

No tuvieron tiempo para reparar en la existencia de sus hermanos menores.

No viajaron nunca, o procuraron no hacerlo, por los caminos en que hay caídos en las cunetas.

La idea de que el servicio al Dios y Padre del Universo consiste en servir a los hijos de los hombres lleva mucho tiempo penetrando en círculos cristianos donde en otro tiempo sólo habían cánticos y velas, misas y cultos, largos discursos que provocan somnolencia, de lo cual no pretendo estar ni libre ni exento.

El problema, de momento, radica en que todavía no somos muchos quienes nos atrevemos a verbalizarlo, e incluso a ponerlo por escrito.

Mientras tanto, en muchos círculos que se creen muy espirituales porque hablan del Espíritu Santo, o bien lo citan de vez en cuando, ni siquiera se preocupan por el hermano o la hermana que se sienta a su lado.

Creemos y confesamos que nuestro Señor Jesucristo no sólo ha salvado a muchas personas en la tierra del juicio venidero que vendrá sobre los hijos de desobediencia, sino que nos ha mostrado la hoja de ruta de su seguimiento como camino de obediencia a la búsqueda del Reino de Dios y su justicia en la praxis del amor incondicional y la piedad con contentamiento.

Al emprender ese camino, muchos han sido y siguen siendo los cristianos que ha descubierto que el recorrido lo estaban haciendo también muchos hombres y mujeres que no respondían a criterios religiosos, sino al descubrimiento de compartir su humanidad con muchos otros menos afortunados.

Los impíos, según Jesús de Nazaret, no son los poco religiosos o irreligiosos, sino quienes viven en la impiedad, en la inmisericordia.

Cristo también nos salva de la indiferencia del hombre por el hombre.

Es una violación del Evangelio del Reino de Dios y su Santo Mesías, predicar el amor redentor y la bondad salvadora de Dios a personas que son víctimas de discriminaciones e injusticia, sin dirigir una palabra profética de protesta y denuncia contra sistemas de política represiva que abusan de la dignidad humana.

¡Con que pingües asignaciones y prebendas compra el estado secular la voz de los dirigentes de la religión organizada e institucionalizada!

¡Con qué leve mueca de aceptación se dejan seducir las instituciones eclesíásticas de hoy y de siempre!

¡Con qué estereotipado rostro sonriente aparecen en la foto los concurrentes!

No le sale tan caro este silencio como otras partidas presupuestarias.

Jesús de Nazaret nos ha enseñado que en el servicio a nuestro prójimo es como cumplimos nuestro servicio de Dios.

Él nada necesita; solamente espera que nos amemos con su amor.

Lucas 9:51-56: *“Cuando se cumplió el tiempo en que Jesús había de ser recibido arriba, afirmó su rostro para ir a Jerusalem. Y envió mensajeros delante de él, los cuales fueron y entraron en una aldea de los samaritanos para hacerle preparativos. Mas no le recibieron, porque su aspecto era como de ir a Jerusalem. Viendo esto sus discípulos Jacobo y Juan, dijeron: Señor ¿quieres que mandemos que descienda fuego del cielo, como hizo Elías, y los consuma? Entonces volviéndose Jesús, los reprendió, diciendo: Vosotros no sabéis de qué espíritu sois; porque el Hijo del Hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas. Y se fueron a otra aldea.”*

Como todos sabemos, nuestro planeta está rodeado por una atmósfera que es un gran aliento que hace que nuestra tierra esté llena de colores, de cantos de las aves, de fragancias de la flora, de corrientes de agua, de frutos y de cosechas.

Gracias a ese aliento, la tierra es el planeta azul que destaca en medio de la familia de cuerpos estelares que circula en torno al sol.

En un tiempo muy pretérito, cuando la tierra se encontraba casi totalmente en estado líquido –recordemos que la Biblia nos dice en 2ª Pedro 3:5 que *“la tierra del agua proviene y por el agua subsiste”*–, inmersa en una masa formada por una combinación de gases, y la luz del sol no podía traspasarlos, el calor que procedía de su interior envolvía el vapor, hasta que ese gran calor fue cediendo lentamente, la tierra fue enfriándose y la atmósfera se volvió limpia; entonces los rayos de sol encontraron camino para penetrar hasta lo más profundo y bendecir esta tierra con un cálido beso, como cuando Dios insufló su aliento de vida sobre el rostro de Adam.

Una vez desaparecida la bruma que envolvía con espesas nubes esta tierra, se volvió libre y hermosa, y los animales la poblaron llenándola de vitalidad.

La creación de la morada humana ha seguido el mismo camino.

Para disipar las nieblas del espíritu humano, para dotarnos de una morada digna y hermosa, el hombre ha tenido que caminar por sendas muy espinosas de sufrimiento indescriptible.

En ese esfuerzo nos hemos equivocado muchas veces, y continuamos haciéndolo con frecuencia, con lo que hemos colaborado de forma consciente o inconscientemente para que las brumas y las tinieblas se hicieran todavía más oscuras y espesas, o se demorara el proceso de liberación.

La tierra, al perder la armonía entre los elementos de su creación, se ha visto sometida a inundaciones, terremotos, erupciones volcánicas y contaminación del aire, de la tierra y de las aguas.

La tierra y el corazón del hombre están estrechamente vinculados por hilos y corrientes que todavía no ha podido descubrir la ciencia; pero la realidad constatable es que cuando el corazón del hombre enferma, también lo experimenta la tierra.

Hoy, por el aumento de poder de los intereses creados, la codicia ciega, el afán por el lucro y la dominación, la violencia de los poderosos sobre los más débiles, está llegando a cotas insospechadamente altas de contaminación y de muerte.

Las leyes son observadas solamente por el miedo que provocan los castigos por su incumplimiento, excepto por quienes las promulgan y se asientan por encima de todo derecho, convirtiendo el llamado orden social en el mayor de los desórdenes.

Pero no hay hombre que realmente desconozca la realidad de que esas leyes sólo existen para los debilitados, vulnerables, empobrecidos y marginados, sobre quienes, efectivamente, recae todo el peso de las mismas, mientras que sus formuladores y promulgadores viven por encima y más allá de ellas, burlándolas, comprándolas, pervirtiéndolas, y con ello pisoteando igualmente la dignidad de los hombres, sus hermanos.

Y todo ello porque en su soberbia han llegado a estar plenamente convencidos de que no son parte del común de los mortales, sino que pertenecen a una casta superior, elegidos por no se sabe bien quién, para mandar y disponer de la vida y hacienda (muy poca) de los demás, de los inferiores, del pueblo, de la *canalla*, del

latín *"canis"*, *"perro"*, como por siglos fueron llamados los pobres de la tierra, comparándoseles a una *"jauría de perros hambrientos"*.

Guiados exclusivamente por el miedo a la represalia del poder establecido, los hombres somos constantemente humillados. Muchos ya casi no lo perciben porque se ha acostumbrado a ello, como yo al dolor de mi rodilla izquierda por la artrosis reumática. Perdón por repetirlo. Es que duele.

En algunos de nosotros hace ya mucho tiempo que cuando nos llega a los oídos o nuestros ojos reparan en la expresión *"estado de derecho"*, inmediatamente sentimos deseos de vomitar, si bien hay veces en que, quizá por tener el estómago vacío, lo que nos provoca es una sonora carcajada que raya con la histeria.

También hay ocasiones en que lo que nos provoca es dedicar una exhalación de gases dedicados a quien ha pronunciado semejante frase hecha, y ha escondida tras ella cualquier aberración. Ruego perdón por la crudeza, pero en mi caso es así como reacciono. ¡Qué voy a hacer! ¡Pues eso!

La atmósfera del corazón del hombre no es diferente a la atmósfera que rodea al planeta, por cuanto cada ser humano somos el Universo en miniatura. Siendo tantos los humanos, por eso nos inclinamos a pensar que el nuestro debe ser solamente uno de los universos posibles.

Para quitar ese velo opaco del espíritu humano, Dios en su misericordia ha enviado a los profetas y a otros hombres que han participado de la profecía, la mayoría de los cuales han pasado completamente inadvertidos.

En la Epístola a los Hebreos, atribuida desde los días de Tertuliano (160 d.C. – c. 225 d.C.) al Apóstol Bernabé, escrita originalmente en hebreo y después traducida al griego según la tradición por el médico y Evangelista Lucas, leemos así:

Hebreos 1:1-4: "Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras, en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su substancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de su mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas, hecho tanto superior a los ángeles, cuanto heredó más excelente nombre que ellos."

Esos grandes hombres, o *"almas grandes"*, como son conocidos en Oriente, no vinieron hasta nosotros como instigadores de violencia, sino como pacificadores.

Fue la violencia de los poderosos la que se descargó contra ellos. La religión violenta, la espiritualidad acaricia. La religión es templo de piedra; la espiritualidad sabe que Dios no habita en templos hechos por las manos humanas, por eso se asemeja mucho más a la brisa de la caída de la tarde, como cuando Adam y Eva se paseaban en Edén acompañados por la voz del Eterno.

Conocemos a algunos de ellos por nombre, pero ha habido en el pasado muchos otros cuya identidad sin duda desconocemos. Para Dios, podemos tener la seguridad de que son conocidos.

Sigue habiendo esa clase de hombres y mujeres entre nosotros hasta el día de hoy, pero apenas hay algunos que puedan disponer de un foro en el que hablar.

Sabemos que las plantas regeneran los venenos emitidos por diversos procesos de la naturaleza, y del mismo modo, los venenos emitidos por los comportamientos

humanos son purificados por la presencia de las vidas de esos hombres y mujeres que traen el bien mediante la entrega desinteresada de sus vidas.

No vinieron en busca de oro, plata o piedras preciosas, maderas y especias.

Su maleta no fue el arca de la riqueza de los reinos de este mundo, sino la altura y el aliento donde se expande la luz, donde sopla la vida, donde la libertad y el amor se abrazan y lo son todo.

De ahí se desprende que Jesús de Nazaret no fuera un predicador de las Sagradas Escrituras al estilo de otros anteriores, coetáneos y posteriores a Él, sino que despertó la primacía del amor en el corazón del hombre, por cuanto en el amor es donde se halla la verdadera redención y la espiritualidad más auténtica.

Todo lo demás que la religión organizada puede ofrecer y ofrece no es nada más que farfolla sin valor ni peso.

De ahí se desprende por qué Jesús no entabló discusiones sobre diversos aspectos de la religión, no despreció las convicciones religiosas de los otros, ni impuso sus criterios, ni los elevó a dogmas inapelables, ni siquiera rechazó a ninguno de sus discípulos por sus dobles intenciones, que sin duda las tenían, aunque Jesús sabía perfectamente lo que había en sus corazones.

Jesús no vino a perder las almas de los hombres sino a salvarlas.

Y para ello se entregó por entero al servicio de los hombres, sus hermanos menores.

Jesús encendió la lámpara de la vida de cuantos le entregaron sus corazones y optaron por seguirle, y así continúa obrando entre nosotros por medio de su Santo Espíritu, dentro o fuera de las instituciones eclesíásticas.

La invitación de Jesucristo ha encendido muchas pequeñas y grandes llamas que han suscitado entre los humanos el amor que mueve a aliviar los sufrimientos de los oprimidos, despreciados y abandonados.

Jesús no contrató a francmasones para que le construyeran grandes catedrales ni mansiones suntuosas, ni estableció escuelas de su teología –sólo le vemos escribir o quizá dibujar algo con el dedo en el polvo del suelo del atrio de los gentiles, que ya había sido desconsiderado como parte del Templo de Jerusalem, por lo que había perdido su enlosado, aunque aquella "*Casa de Santidad*" había sido levantada como "*Casa de Oración para todos los Pueblos*", sino que Jesús nos dejó el testimonio y la invitación a liberar a los oprimidos, sanar a los enfermos, limpiar a los manchados, levantar a los caídos, multiplicar el pan y el pescado para repartir, no para acumular, y celebrar una mesa de amor y acción de gracias en la que todos y cada uno de nosotros encontráramos un plato.

Quienes no pueden hallar plato a esta mesa es porque alguien se ha llevado su plato y el suyo.

Jesús sigue entre nosotros sirviendo a la mesa; también continúan entre nosotros quienes siguen robando de la bolsa de sus hermanos, y llevándose más platos de los que necesitan.

En Jesús, Dios vino a poner su morada entre los hombres para tomar sobre sí el peso del dolor, la corona de espinas sobre su cabeza, las llagas sobre su pecho y espalda, los esputos sobre su rostro, los puñetazos que amorataron sus ojos, los clavos que atravesaron sus pies y sus manos, y la lanza que penetró entre las costillas y atravesó sus pulmones y su corazón, sin romper ningún hueso.

Así nos ha enseñado también que el sufrimiento es el único precio para cualquier acto de redención, es decir, del pago de la deuda de otro.

Dios en Cristo nos muestra inequívocamente que Él ha querido hacer suyo, por amor, lo que es propio de nuestra naturaleza humana, es decir, el dolor.

El dolor es el vínculo por el que Jesucristo se ha unido a los humanos, a todos sin excepción; ha aceptado el dolor libremente, lo ha hecho con gozo, con el gozo puesto delante de Él, por el cual ha menospreciado el oprobio, y así ha vencido.

Esta es la esencia de la religión cristiana –término que no nos gusta emplear, pero que a veces requiere el contexto para ahorrarnos explicaciones-, a todas luces espiritualidad, sin nada que ver con la religión organizada e institucionalizada en que ha venido degenerando en el curso de los siglos.

Juan 1:1, 14: *“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios... Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad.”*

Jesús no nació en un palacio real, ni en una morada de algún sabio escriba, ni en el hogar de un sacerdote del Templo de Jerusalem, ni en un santuario famoso, ni en un lugar de Escandinavia o Canadá, como pretenden decirnos las tarjetas de felicitación navideña con paisaje nevado que conocemos por el anglicismo "*Christmas*", sino en una aldea casi desconocida, en medio de un ambiente rústico, en las cercanías de Jerusalem. Nació en Belén, "*Casa de Pan*".

Nada más alejado del lugar de nacimiento de nuestro bendito Señor y Salvador que los paisajes de esas vergonzosas tarjetas navideñas que se nos han instalado en nuestra cultura y su falsa apariencia de la tierra de Belén de Judea. Me cabe la esperanza, no obstante, de que desaparezcan de nuestra vista gracias a los correos electrónicos y otros sistemas de comunicación, que al menos son más baratos.

Su familia fue sencilla a más no poder: un simple carpintero y una doncellita de pueblo.

Sus discípulos fueron hombres y mujeres del terruño y de la mar, que se ganaban la vida haciendo labores nada sofisticadas.

Cuando, después de hacer bienes a todos, un gobernador romano corrupto dio la orden de que Jesús fuera crucificado, porque las autoridades del Templo de Jerusalem le presionaron, acusándole de hacerse igual a Dios al mostrarse como su Hijo, y hacerse "*Rey de los Judíos*", cuando para los romanos sólo César podía ser "*rey*", no hubo ningún signo especial para que todos comprendieran que aquel día iba a ser bendecido y recordado para siempre.

Muchos hombres han mostrado caminos de perfección, de espiritualidad, de religiosidad, mediante ritos de purificación, pero sólo Jesús ha entregado su vida por sus hermanos los hombres, y además lo ha hecho amando a sus enemigos, perdonándolos, bendiciendo a sus asesinos, dándoles sus vestidos, como dio pan y pescado a los hambrientos, liberación a los oprimidos, salud a los enfermos, ánimo a los decaídos, luz a los ciegos, fortaleza a las piernas de los tullidos, y apertura de oídos y de cárceles a todos.

Jesús nos propone un camino de amor, perdón, reconciliación y renuncia. No va a ser un camino popular. Para que haya multitudes que se identifiquen como "*cristianos*", va a ser preciso bajar el listón casi hasta el suelo; va a ser necesario que el emperador adopte el nombre de "*cristianismo*" para su religión del dios solar *Mitra*; para intentar reunificar su imperio mediante una religión universal, católica, con la que tapar muchos de los agujeros del sistema.

La espiritualidad de Jesús de Nazaret es un camino que escandaliza a todos, especialmente a los poderosos de este mundo.

Los religiosos tendrán que ocultar estos rasgos de Jesús de Nazaret inventando un "*Cristo*" a su medida, a su imagen y semejanza, conforme a su ideología para la salvaguarda de sus intereses, que son los mismos de sus patrocinadores. Y lo han logrado. Siguen haciéndolo mediante toda la experiencia acumulada por tantos siglos de práctica.

Los hay que son capaces de presentarse ante el mundo vistiendo casi exactamente el mismo atuendo de quienes condenaron a Jesús de Nazaret, y muy pocos son quienes se percatan de ello.

Unos se centrarán en la observancia de la forma externa de la Santa Ley de Dios, mientras que otros en su filosofía liberal reducirán los Mandamientos Divinos a normas que sostengan el orden establecido para que nada cambie, y *a cada uno lo suyo*.

Otros se especializarán en reducir la gracia de Dios a libertinaje, enseñando una salvación exenta de obediencia a la Santa Ley de Dios, al caminar por las obras buenas que nuestro Señor ha puesto delante de nosotros para que andemos por ellas.

De ese modo, la fe se reducirá a mera creencia, y dejará de ser la fe verdadera que obra por el amor.

Jesús, el Autor y Consumador de la fe, el fiador del rescate redentor, busca *fieles*, pero el cristianismo institucionalizado y canonizado buscará sólo *creyentes*. La distancia entre ambos es abismal.

Jesús enseñó y sigue enseñando por su Evangelio y su Espíritu que la verdadera religión no es un sistema establecido, organizado, institucionalizado y canonizado bajo el beneplácito de las autoridades de los reinos de este mundo, sino un acontecimiento exclusivamente del corazón...

Que el pecado y el mérito no están ligados a leyes artificiosas que nada tienen que ver con los Mandamientos Divinos...

Que la fe consiste en fiarse de su Padre Dios y Padre nuestro con todo el corazón, no en creer cosas...

Que todos los hombres somos hijos e hijas de Dios, pero que muchos lo desconocen y por eso siguen una vana manera de vivir...

Que el Evangelio del Reino de Dios y de la Gracia Divina es la Buena Noticia de que Dios perdona y salva, redime y libera de vínculos contaminados y apegos esclavizantes...

Y que todos los deberes religiosos se cumplen amando sin esperar ninguna recompensa a cambio, renunciando al odio, al derecho a la venganza y la autocondena del resentimiento, emprendiendo el camino de Jesús de Nazaret quien ama y nos enseña a amar a nuestros enemigos, orar por ellos y bendecirlos. Insistimos en que esta enseñanza no puede hallarse ni en catecismos antiguos ni en modernas declaraciones de fe.

Naturalmente, estas enseñanzas de nuestro Señor Jesucristo no pueden hallarse en ninguno de los credos históricos, ni en las confesiones de fe de las denominaciones modernas, porque de lo contrario todo *el tinglado de la antigua farsa* se desplomaría estrepitosamente, dejando una gran polvareda espesa y duradera. ¡Quiera Dios que pronto acontezca!

Las enseñanzas de Jesús de Nazaret son verdades tan sencillas que pueden ser aceptadas por todos, pues su universalidad no halla impedimentos culturales, religiosos ni filosóficos.

Nosotros somos de los que nos atrevemos a creer y hacer público que no vemos jamás a Jesús de Nazaret en los Evangelios instando a sus discípulos a hacer correligionarios de un cristianismo institucionalizado, sino a hacer discípulos para Él, compañeros de camino, de espiritualidad, de amor, de acogida, de perdón y de reconciliación.

Si la Iglesia no se hubiera dejado comprar por el sistema imperial, hoy hallaríamos discípulos de Jesús de Nazaret dentro de todos los sistemas religiosos del mundo, por cuanto sólo son formas culturales de buscar a Dios, mientras que lo que Jesús propone es un camino de espiritualidad que no entra en competencia con la cultura de los pueblos y su religiosidad natural.

Esa es la espiritualidad de Jesús el Cristo, el Mesías Sufriente que vendrá en el Gran Día de Dios como Mesías Triunfante.

Es una verdad carente de los rasgos nacionalistas y de privilegios de grupo con que están impregnados todos los sistemas religiosos sin excepción y sus grandes barreras para evitar la ruptura de las ataduras con que atenazan a los pueblos los intereses de sus clases dirigentes en los campos sociales, económicos, culturales y espirituales.

Así es como lo sencillo, lo simple, lo que no tiene doblez, ha venido siendo hecho difícil y enrevesado en el curso de los siglos por quienes han procurado y siguen procurando evitar la superación de los obstáculos que representan todos los mitos y supersticiones que distancian de la enseñanza de Jesús de Nazaret, siguiendo en su lugar los caminos de la religión establecida y sus frecuentes intereses inconfesables.

En ese proceso, algunos hombres han caído en el error de pretender ser superiores a los demás, y de esa manera, su alejamiento de sus hermanos les ha conducido irremisiblemente a alejarse de Dios, del Dios y Padre de Jesucristo y Padre nuestro.

Así ha sido substituido el Dios de Jesús por un "dios" creado a imagen y semejanza de los hombres que lo han formado entre los extremos del ídolo grotesco y el "dios" reducido a concepto filosófico, etéreo, demiúrgico, lo más opuesto a la Encarnación del Verbo Divino y sus propósitos.

Jesús de Nazaret se desarrolló entre los fariseísmos y saduceísmos representativos de todas las posturas sectarias de todos los tiempos...

Entre quienes vivían obsesionados por el cumplimiento de los aspectos exteriores de la Santa Ley de Dios y su ceremonialismo, pero que olvidaban a su Espíritu...

Entre aquellos que estaban convencidos de que a Dios le agradaba que ellos se abstuvieran de colaborar, ni siquiera de comer, con los practicantes de otra religión, o los pertenecientes a otra secta...

De juntarse con quienes pertenecían a otros sistemas religiosos...

Incapacitados para desvincular sus gestos religiosos de su nacionalismo atroz.

Fue en ese contexto en el que hizo acto de presencia nuestro Señor Jesucristo, el hijo del carpintero, sin estudios reglados, sin pertenencia a la casta sacerdotal levítico-aarónica, sin un puesto destacado en aquella sociedad. Un laico.

Jesús mostró a todos, sin hacer alharacas, que Él vivía en paz porque estaba unido al Uno Supremo, y eso le hacía sentirse unido igualmente a todos los hombres de cualquier origen o condición.

Pero, naturalmente, podemos imaginar la reacción de quienes se vieron retratados por Jesús cuando afirmó que *del mismo modo que un camello no puede pasar por el ojo de una aguja de remendar redes, tampoco un enriquecido puede salvarse del juicio venidero*; un juicio como acto de suprema justicia, basado en el amor y la misericordia, en la práctica de la piedad para con los empobrecidos y marginados.

Quienes le escucharon entonces le odiaron y crujieron sus dientes anticipándose al castigo, como suelen odiarnos aquellos a quienes recordamos las palabras de Jesús, al comprender que las riquezas y honores que acumulaban les separaban de los demás e impedían su unión con el prójimo.

Pero todavía hay más: Cuantos más tesoros y honores acumulemos, más nos enorgulleceremos y vanagloriaremos de ser distintos a los demás, superiores a los

otros, con mayores derechos a gozar de privilegios, como si no hubiéramos nacido del mismo modo que los demás, y por el mismo sitio, como nos gusta decir a los castizos; como si pertenecieran a otra casta desvinculada del resto de los mortales.

Algunos llegan incluso a estar convencidos de ser genéticamente superiores y más merecedores del bienestar que a otros niegan.

Levantamos fronteras, murallas, enrejados con navajas, lo que sea menester, con tal de conservar sus privilegios.

¿Faltaría mucho para que se siembren campos de minas explosivas para contener a los subsaharianos alejados de esta podrida Europa?

En medio de toda esa sarta de sandeces, antiguas y modernas, que nadie en su sano juicio puede creer, aparece nuestro bendito Señor y Salvador, y pronuncia las siguientes palabras:

Juan 5: 44: *“¿Cómo podéis vosotros creer, pues recibís gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que viene del Dios único?”*

¿Cómo podrán los altos dignatarios de la religión organizada seguir luciendo sus vestiduras ornamentales y recibir de los hombres tantas pleitesías, sino ocultando estas palabras de nuestro Señor Jesucristo en el Evangelio?

Si estudiamos desde esta perspectiva la historia humana, comprendida la de la Iglesia, entendemos fácilmente que ahí radica el distanciamiento cada día mayor entre los hombres, comprendidos los cristianos, produciendo aislamientos que impiden transcurrir por los caminos que conducen a la unidad y la comunión que Dios anhela para sus hijos e hijas.

Del mismo modo que el camello, animal retorcido, no puede atravesar el ojo de la aguja de remendar redes, tampoco los hombres podemos andar por los caminos del Universo cargados con gran impedimenta, por cuanto hemos sido diseñados por Dios para viajar ligero.

De esa manera muchos hombres se vuelven prisioneros de su propia opulencia o de su anhelo por alcanzarla, lo confiesen o no, mientras les pasan completamente inadvertidos los hermanos empobrecidos, maltratados, marginados, explotados, carentes de lo más elemental para sobrevivir, en medio de un mundo que Dios ha diseñado para que haya suficiente para todos, pero que agoniza en medio de la abundancia que el egoísmo no permite distribuir de forma justa.

No es malo hacer banquete con esplendidez e invitar a los amigos, ni tampoco vestirse bien, como aquel rico sin nombre de la parábola que contó nuestro Señor Jesucristo; el problema radica en que cuantas veces entró y salió aquel acomodado de su mansión, jamás reparó en el empobrecido Lázaro, el mendigo que estaba a su puerta esperando que alguien sintiera misericordia y compartiera algo con él, mientras los perros le lamían las llagas, porque hay veces que los ángeles de Dios pueden disfrazarse de animales. Al Eterno no le molesta. Recordemos que su Hijo Jesucristo es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

¿Cómo podremos unirnos a Aquél que es la esencia misma del amor y tiene un corazón capaz de albergar a todos, si nosotros mantenemos posiciones de exclusividad y negamos su lugar a los demás hombres, comenzando por los más necesitados de mesa, techo y compasión?

Lo que Jesús de Nazaret nos ha traído es algo que las murallas levantadas por los hombres no puede frenar por siempre.

Son murallas que actúan como diques de contención para que el puro Evangelio de Cristo no llegue a los corazones de los hombres, sino para que en su lugar se instale un cristianismo organizado, institucionalizado y canonizado, desprovisto de su esencia, para de ese modo no generar transformaciones en los corazones de los hombres, sino, antes bien, una filosofía que contribuye al sostenimiento del sistema imperante, para el que trabajan los secuaces de turno, lo sepan o no.

El camino de Jesús de Nazaret es el distanciamiento de la lujuria, la ira, la gula, la pereza, la soberbia, la envidia y la avaricia.

Sus pisadas son gravadas en nuestros corazones con el fuego del Espíritu Santo, y nunca vamos a sentir al Dios de la Alegría a menos que optemos por transitar el Camino de Jesús el Cristo de Dios.

Juan 21:12: *"Venid, comed..."*

Jesús es inseparable de la mesa compartida, y también lo fue para las primeras comunidades cristianas.

Los primeros discípulos no tuvieron lugares especiales para congregarse, no hicieron ni veneraron imágenes, ni formas litúrgicas de culto, ni sacerdotes ordenados *in sacris*.

Dado que eran comunidades, su vida y su culto era comunitario.

Por "*templo*" jamás hubieran entendido un lugar de culto, sino sus corazones.

Su único distintivo fue la mesa, el *ágape* de amor para conmemorar el sacrificio de Jesús de Nazaret con las criaturas del pan y del fruto de la vid, como figuras o referentes de lo que Jesús hizo en aquella última Pascua en esta tierra.

En realidad aquel *ágape* no fue sino la continuidad de los celebrados por Jesús con los suyos, pues no se nos dice que lo que Jesús realizó en aquella última cena fuera la primera vez que lo hiciese. Eso es algo que nosotros proyectamos por nuestras ideas apriorísticas, o por lo que nos han enseñado siempre.

La importancia de la mesa en la vida de nuestro Señor se desprende de las acusaciones de que fue objeto por parte de los religiosos y de los "*decentes de toda la vida*" que nunca comprendieron su espiritualidad, como nos inclinamos a creer que nos ocurre hasta el día de hoy.

Veamos tres ejemplos de acusación a nuestro bendito Señor y Salvador por hacer mesa con los tenidos por religiosamente impuros:

Marcos 2:13-17: *"Después Jesús volvió a salir al mar; y toda la gente venía a él, y les enseñaba. Y al pasar, vio a Leví hijo de Alfeo, sentado al banco de los tributos públicos, y le dijo: Sígueme. Y levantándose, le siguió. Aconteció que estando Jesús a la mesa en casa de él, muchos publicanos y pecadores estaban también a la mesa juntamente con Jesús y sus discípulos; porque había muchos que le habían seguido. Y los escribas y los fariseos, viéndole comer con los publicanos y con los pecadores, dijeron a los discípulos: ¿Qué es esto, que él come y bebe con los publicanos y pecadores? Al oír esto Jesús, les dijo: Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores."*

Lucas 7:31-34: *"Y dijo el Señor: ¿A qué, pues, compararé los hombres de esta generación, y a qué son semejantes? Semejantes son a los muchachos sentados en la plaza, que dan voces unos a otros y dicen: Os tocamos flauta, y no bailasteis; os endechamos, y no llorasteis. Porque vino Juan el Bautista, que ni comía pan ni bebía vino, y decís: Demonio tiene. Vino el Hijo del Hombre, que come y bebe, y decís: Este es un hombre comilón y bebedor de vino, amigo de publicanos y pecadores."*

Recordemos la escena en la que Jesús repara en *Zaqueo*, jefe de publicanos, enriquecido, que procuraba ver a Jesús, y subió a un árbol sicomoro, como hice yo un día en la tierra de Israel, por ser pequeño de estatura, también como yo, para poder ver a Jesús al pasar:

Lucas 19:5-7: *"Cuando Jesús llegó a aquel lugar, mirando hacia arriba, le vio, y le dijo: Zaqueo, date prisa, desciende, porque hoy es necesario que pose yo en tu casa. Entonces él descendió aprisa, y le recibió gozoso. Al ver esto, todos murmuraban, diciendo que Jesús había entrado a posar con un hombre pecador."*

Los religiosos, en esa mezcla de *amor-odio* que caracteriza a quienes saben que no tienen ante ellos a uno más, sino, en este caso, nada menos que a Jesús de Nazaret, pero no están dispuestos a seguirle, curiosamente se sienten hondamente

soliviantados al ver a Jesús compartir techo y mesa con aquellos a quienes ellos despreciaban y desprecian.

Evidentemente, el compartir Jesús con toda clase de personas no sólo era visto por los religiosos del momento como la transgresión de una costumbre social, sino el evidente pecado de juntarse nada menos que a la mesa con desechados sociales, gentes no religiosas e impuras, a quienes no les estaba permitido acceder al Templo de Jerusalem, sino sólo al atrio de los gentiles, por haberse distanciado de Dios y no vivir en conformidad con la interpretación oficial de los Mandamientos de la Santa Ley Divina.

Jesús no aguarda a que los discípulos soliciten su ingreso en su *escuela*, como era la costumbre de la época, sino que es ÉL quien llama al seguimiento. Los discípulos no eligen al Maestro, sino que es el Maestro quien les escoge, llama y convoca.

Tampoco les pregunta a quienes llama si saben leer, si tienen estudios previos, si pueden presentar cartas de referencia, si proceden de determinadas familias, si cuentan con recursos para su autosostenimiento, ni tampoco exige Jesús el pago de matrícula. Ni mucho menos aplica un sobrecargo por demora en los pagos, por la sencilla razón de que no hay pagos que realizar. Con Jesús todo está pagado. Por eso hemos de dar de gracia porque de gracia hemos recibido.

Tampoco despierta Jesús en quienes le siguen expectativas de grandeza, por cuanto seguirle no implica prestigio ni honores, sino más bien sufrimiento por carencias de comodidades, ni siquiera tener dónde recostar la cabeza, al igual que el Maestro, pues la exigencia es abandonar todas las pertenencias y apegos que pudieran impedir u obstaculizar el desempeño de la misión.

Sólo habrá una bolsa para compartir en la satisfacción de las necesidades del grupo.

Serán las mujeres quienes aportarán al mantenimiento. Un discípulo varón robará de la bolsa común. Jesús no hará nada al respecto, siempre esperando que se produzca el cambio del corazón:

Lucas 8:1-3: "Aconteció después, que Jesús iba por todas las ciudades y aldeas, predicando y anunciando el Evangelio del Reino de Dios, y los doce con él, y algunas mujeres que habían sido sanadas de espíritus malos y de enfermedades: María, que se llamaba Magdalena, de la que habían salido siete demonios, y Juana, mujer de Chuza intendente de Herodes, y Susana, y otras muchas que le servían de sus bienes."

En ese momento del ministerio de Jesús de Nazaret, los varones son doce y las mujeres muchas. Esto no pueden verlo los religiosos, porque también se requiere para ello la sensibilidad de la espiritualidad, que la religión institucionalizada no puede aportar. Nadie puede dar lo que no tiene.

Cuando María de Betania ungió a Jesús con una libra de perfume de nardo puro, de mucho precio, y Judas objetó que aquello había sido un despilfarro, y que aquel ungüento podía haberse vendido por trescientos denarios, y dado a los pobres, afirma el Evangelista Juan que *"dijo aquello, no porque se cuidara de los pobres, sino porque era ladrón, y teniendo la bolsa, sustraía de lo que se echaba en ella."* (Juan 12:6).

Jesús de Nazaret llama del mismo modo que Abraham fue llamado por Dios para emprender la marcha dejando atrás su tierra y su parentela hacia un destino no revelado.

No tenemos constancia de que se produjera el seguimiento del Maestro cuando la iniciativa partió del interesado:

Marcos 5:18-19: "Al entrar Jesús en la barca, el que había estado endemoniado le rogaba que le dejase estar con él. Mas Jesús no se lo permitió, sino que le dijo: Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo, y cómo ha tenido misericordia de ti. Y se fue, y comenzó a publicar en Decápolis cuán grandes cosas había hecho Jesús con él; y todos se maravillaban."

Finalmente, hallamos un dicho de Jesús que pone de manifiesto el sentido profundo de la "mesa":

Lucas 22:24-27: "Hubo también entre ellos una disputa sobre quién de ellos sería el mayor. Pero Jesús les dijo: Los reyes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que sobre ellas tienen autoridad son llamados bienhechores; mas no así vosotros, sino sea el mayor entre vosotros como el más joven, y el que dirige, como el que sirve. Porque, ¿cuál es mayor, el que se sienta a la mesa, o el que sirve? ¿No es el que se sienta a la mesa? Mas yo estoy entre vosotros como el que sirve."

“Puse a un lado la espada, de manera que a quienes me combaten no tengo nada que ofrecerles, salvo la copa del amor. Al ofrecerles esa copa, espero atraerles hacia mí.”

(Gandhi)

La religión se deja comprar y vender. Es mercantil, objeto de cambio, como los productos de los mercaderes de aquel Templo de Jerusalem y de todos los templos del mundo.

La espiritualidad es amor, y éste no puede ser comprado ni vendido. No entra dentro del mercantilismo.

El amor es dado, se da, se entrega y se expresa libremente, sin condicionamientos.

No hay clases de amor. El amor es amor o no es amor. Lo que hay es grados de amor, por cuanto es confianza, aceptación y entrega sin garantías.

Amamos a la esposa como esposa, al esposo como esposo, a los hijos como hijos, a los amigos como amigos, y así sucesivamente.

Es evidente que el amado es quien determina el grado de amor con que le amamos.

El amor también es paciente, por eso espera, todo lo espera activamente.

El amor se ofrece continuamente en una revelación continua, en un mutuo compartir de forma espontánea a través de la alegría, de la belleza, de la verdad, en medio de la risa y de las lágrimas.

El amor no puede darse en la religión organizada por cuanto es espiritual, y por ello no está presente en el ayer que pasó, ni en el anhelo del mañana incierto.

El amor es ahora, es eterno, no deja de ser. Los científicos están descubriendo día por día que el amar y el vivir son una misma cosa, una misma realidad.

Amar es el único modo de vida para los seres humanos, por cuanto la espiritualidad del amor es la única forma de vida que exige la naturaleza innata del hombre, creado a imagen y semejanza del Dios que es amor.

Sin embargo, hemos de abrirnos a la realidad de la existencia de obstáculos al amor. Las barreras que se han levantado en el corazón del hombre no pueden ser demolidas por la religión organizada, por cuanto ella misma es también espesa barrera infranqueable.

Para abrirnos a la realidad de la existencia hemos de comenzar por reconocer, por asumir, que los humanos podemos aprender siempre, desde de nuestra concepción hasta entregar el último suspiro.

Siempre hay algo más por descubrir. No podemos llegar al punto en el que el arco iris toca el suelo, para hallar allí el puchero lleno de monedas de oro.

Nadie puede pretender saberlo todo sobre todo, a menos que se trate de un mentecato, que tristemente los hay, y en algunos círculos abundan. Es imprescindible para el poder establecido la fabricación de mentecatos para poder manipular sin grandes esfuerzos.

Ahora bien, el resultado del aprendizaje que precisamos no es el almacenamiento de datos, sino el cambio, el cual supone tres cosas de suma importancia:

Primeramente, para poder aprender necesitamos descubrir, reconocer y confesar que sentimos una gran insatisfacción con nosotros mismos; un vacío o una necesidad sentida profundamente, y a veces sin saber realmente de qué necesidad se trata.

En segundo lugar, una necesidad auténtica de cambio para llenar ese vacío o esa necesidad.

Y en tercer lugar, una dedicación consciente a ese procedimiento de crecimiento y de cambio que voluntariamente anhelamos realizar.

Los norteamericanos tienen un refrán que asegura que *"no existe una comida gratis"*. Y tienen razón, porque en una comida siempre hay alguien que paga. De modo que en esto como en todo quehacer humano, es menester hacer un esfuerzo.

Los humanos estamos siempre expresando, aunque no sea con palabras, nuestra soledad, nuestra desesperanza, nuestro vacío, originados siempre por nuestras envidias, miedos, temores, ansiedades, resentimientos y odios.

El reto que se presenta ante nosotros es el de escribir nuestro propio diálogo, nuestro propio guión, nuestro lugar en el *script* de la obra.

Por eso es que un hombre libre puede mantener su libertad incluso dentro de la cárcel más oscura; puede siempre albergar la esperanza de vencer todos los obstáculos y finalmente salir a la luz.

La espiritualidad no es meta sino búsqueda, aprendizaje, encuentro, análisis, evaluación, experimentación, práctica y refuerzo.

La espiritualidad es trabajo de inmersión total en la vida. Nadie tan dentro de la vida como el místico. Son quienes no entienden el misticismo quienes creen que los místicos están en la inopia, absolutamente perdidos en las nubes. Les conviene divulgar esa visión errónea para de ese modo evitar que muchos se acerquen a la espiritualidad.

Pero la realidad es todo lo contrario. Nadie con los pies tan a ras de suelo como quien vive el misterio de la vida y de la fe.

La espiritualidad ofrece la mejor aula para el aprendizaje del amor, y en ella se descubre muy pronto que la mayoría de los obstáculos del amor no son de naturaleza física, sino simples excusas para no aceptar el desafío de amar, el que implica sufrir.

Cuando escuchamos a quienes esgrimen obstáculos para amar solemos oír que el amar es un imposible porque todos los demás están básicamente corrompidos, así como que es tarea infructuosa, auténtica pérdida de tiempo.

Es cierto que los medios de información están todos los días dando noticias relacionadas con la maldad. *"Good news is no news"*, *"las buenas noticias no son noticias"*, reza el axioma periodístico. Sin embargo, la mayoría de las personas viven sin tener conflictos con la policía, ni con los tribunales de justicia, ni con bufetes de abogados donde les resuelvan serios conflictos.

Algo que siempre me impresionó del *"Diario de Ana Frank"*, la jovencita judía que pasó mucho tiempo de su corta vida escondida de los nazis en un pequeño apartamento secreto en la ciudad de Amsterdam, fue esta frase: *"Sigo creyendo que, en el fondo, el hombre es bueno."*

Todos quienes han caído en el pensamiento de que este mundo es un mundo de maldad, han respondido y responden con suspicacia y temores, buscando siempre la parte negativa de todas las personas y de todas las cosas.

Siento hundirse mi pecho cuando escucho ese refrán tan español que dice: *"Piensa mal y acertarás."* Creo que si no existiera semejante adagio este país sería muy diferente, al igual que si el *"prime time"* de la televisión con *"las noticias de las*

seis" fuera una realidad, todos durmiéramos más y nuestro desayuno fuera copioso y tranquilo. La leche agria sólo estaría en el yogur. Es un sueño, y soñar dicen que es gratis.

Desde muy temprana edad debería enseñárenos que nuestra supervivencia depende de nuestra habilidad en edificar, en lugar de en destruir.

El amor siempre crea, nunca destruye, porque en él no hay ambición, sino ansias de ser, de crecer, de desarrollarse, de aprender.

La espiritualidad nos conduce a comprender que incluso las cosas aparentemente más insignificantes pueden acercarnos más a nosotros mismos, a los demás y a Dios.

Como dice el "haiku" japonés, poesía que me gusta cultivar, *"ahora que mi granero se ha quemado hasta el suelo, puedo ver la luna más fácilmente."*

También hallamos dificultades para amar por nuestro miedo al cambio.

Negarnos al cambio es negarnos al crecimiento, al desarrollo y a la vida.

Se cuenta la historia de un hombre que en su pequeño bote remaba contracorriente en un río en el que el agua fluía rápidamente. Después de mucho tiempo de luchar contra la corriente, quedó agotado y comprendió que no era posible vencer a la corriente de aquellas aguas, y que sus esfuerzos eran inútiles. Entonces alzó sus remos y se puso a cantar. Había comprendido que existía otra manera de vivir. Había asumido que dejándose arrastrar por la corriente del río podía ser verdaderamente feliz.

Vamos a hallar obstáculos para amar, tanto exteriores como interiores, pero ninguno de ellos va a detener el flujo del amor, porque éste fluye como el río.

Y como el río, siempre es el mismo y al mismo tiempo siempre está cambiando. ¿Cuándo volverán a pasar esas aguas de la corriente del río por el mismo lugar?

¡Qué largo su viaje hasta llegar al mar, convertirse en vapor y volver a descender a la tierra en forma de lluvia!

Pocos piensan en que el agua que bebemos los humanos hoy es la misma que bebieron los dinosaurios tantos miles de años atrás.

Los obstáculos solamente existen para quienes los ponen, para quienes los mantienen en pie y para quienes se dejan encerrar por ellos.

En estos días ha llegado la noticia de matanzas entre musulmanes y cristianos en Nigeria y en la República Central Africana. No es la primera vez. En un colegio habían sido asesinados a machetazos más de cincuenta niños y niñas. Es evidente que las religiones organizadas son obstáculos entre los hombres, mientras que la espiritualidad remonta todos los impedimentos, escala todas las cordilleras, cruza todos los ríos y se deja llevar por todos los vientos.

Así se esparcen todas las semillas del Verbo, sin que quede rincón alguno al que no lleguen.

“Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. Id, pues, y aprended lo que significa: Misericordia quiero, y no sacrificio. Porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores, al arrepentimiento.”
(Mateo 9: 12-13).

Un día sentirás el asombro de haber estado prisionero de los conceptos y de tu propio "ego", de nuestro propio "yo".

Entonces verás lo bella que se te hace la Biblia, cómo te acerca a la vida y no te aleja de ella, ni tampoco de los demás hombres, tus hermanos.

Será el día en que te percares de que Dios nos habla por las Sagradas Escrituras mucho más frecuentemente para mostrarnos lo que no hemos de aprender, que lo que hemos de asimilar.

Porque sin percatarnos de ello (¿o sí?) le hemos añadido a la Biblia los credos, en los que tristemente no aparece ni una sola de las enseñanzas distintivas de Jesús de Nazaret, más toda una larga serie de mandamientos de hombres que no tienen nada que ver con los divinos.

Sin darnos cuenta le hemos añadido a las Sagradas Escrituras nuestros reglamentos, nuestras actas, congresos, conferencias, simposios, convenciones y toda la parafernalia habida y por haber en el denominacionalismo mercantilista, el tinglado de la antigua farsa religiosa.

Si lo hubiéramos añadido en forma de papel, sería muy incómodo llevar la Biblia con nosotros debajo del brazo, pero también creo que sería más fácil desprendernos de dicha *adenda*; el problema es que lo hemos guardado en nuestra cabecita. De ahí es mucho más difícil liberarnos del peso que nos agobia.

Nuestras ideas apriorísticas han ido formando una gruesa muralla sobre el texto de las Sagradas Escrituras, y ya le decimos a la Biblia mucho más de lo que ella puede decirnos a nosotros. Podemos incluso estar vacunados contra lo que la Escritura verdaderamente quiere transmitirnos.

En realidad, estoy convencido de que algunos antiguos hicieron lo propio cuando redactaron determinados textos de batallas y matanzas que no pueden conjugarse con las enseñanzas de nuestro bendito Señor y Salvador Jesucristo, como por ejemplo la profusión de genocidios y el abrumador sacrificio de animales. Y la prueba contundente se halla en las palabras de nuestro Salvador Jesucristo, único Señor y Maestro de quienes nos definimos como cristianos por la gracia de Dios.

Lucas 6:27-28: *"Pero a vosotros los que oís, os digo: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen; bendecid a los que os maldicen, y orad por los que os calumnian."*

El derramamiento de sangre no agrada Dios nuestro Señor, lo que nos induce a sospechar de algunos relatos:

Ezequiel 35:6: *"Por tanto, vivo yo, dice YHVH el Señor, que a sangre te destinaré, y sangre te perseguirá; y porque la sangre no aborreciste, sangre te perseguirá."*

Mateo 26:52: *"Entonces Jesús le dijo: Vuelve tu espada a su lugar; porque todos los que tomen espada, a espada perecerán."*

Miqueas 3:9-12: *"Oíd ahora esto, jefes de la casa de Jacob, y capitanes de la casa de Israel, que abomináis el juicio, y pervertís todo el derecho; que edificáis a Sión con sangre, y a Jerusalem con injusticia. Sus jefes juzgan por cohecho, y sus sacerdotes enseñan por precio, y sus profetas adivinan por dinero; y se apoyan en YHVH, diciendo: ¿No está YHVH entre nosotros? No vendrá mal sobre nosotros. Por tanto, a causa de vosotros Sión será arrasada como campo, y Jerusalem vendrá a ser montones de ruinas, y el monte de la casa como cumbres de bosque."*

Jesús no dijo ni una sola palabra a favor de los sacrificios de animales, ni siquiera le vemos nunca comer carne, sino que, antes bien, echó fuera a los mercaderes de animales del Templo de Jerusalem que los vendían en el atrio de los gentiles para los sacrificios cotidianos.

Proverbios 12:10: *"El justo cuida de la vida de su bestia; mas el corazón de los impíos es cruel."*

Isaías 66:3-4: *"El que sacrifica buey es como si matase a un hombre; el que sacrifica oveja, como si degollase un perro; el que hace ofrenda, como si ofreciese sangre de cerdo; el que quema incienso, como si bendijese a un ídolo. Y porque escogieron sus propios caminos, y su alma amó sus abominaciones, también yo escogeré para ellos escarnios; y traeré sobre ellos lo que temieron; porque llamé, y nadie respondió; hablé, y no oyeron, sino que hicieron lo malo delante de mis ojos, y escogieron lo que me desagrada."*

¿Es que acaso Dios ha cambiado? El testimonio de las Sagradas Escrituras es que no: Malaquías 3:6: *"Porque yo YHVH no cambio."*

Hebreos 13:8: *"Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos."*

Además, Jesús de Nazaret no se presenta como carnicero, sino como *"el Buen Pastor que da su vida por las ovejas"*. (Juan 10:11).

Recordemos también que Dios no vive en templos hechos de piedra o ladrillo:

Hechos 7:48-50: *"Si bien el Altísimo no habita en templos hechos de mano, como dice el profeta (Isaías 66:1-2): El cielo es mi trono, y la tierra el estrado de mis pies. ¿Qué casa me edificaréis? Dice el Señor; ¿O cuál es el lugar de mi reposo? ¿No hicieron mis manos todas estas cosas?"*

Ahora permitidme que os relate un breve cuento muy ilustrativo de nuestra realidad:

Una vez había un cachorro de león que se perdió y se metió en medio de un rebaño de ovejas.

Allí se crió y creía que él era una oveja como las demás.

Pero un día un león adulto llegó por allí y las ovejas huyeron espantadas para ponerse a salvo, y entre ellas también corrió huyendo asustado y despavorido el pequeño león de nuestro cuento.

Pero el león adulto que lo había descubierto dio alcance al cachorro, y el pequeño asustado le pidió que no le comiera.

Entonces el león adulto agarró al pequeño y lo arrastró hasta una charca y le obligó a que mirara las dos imágenes reflejadas en el agua, la del león adulto y la del cachorro.

Éste, al verse como en realidad era, es decir, al contemplarse como león, despertó, y a partir de aquel momento fue todo un león.

Con la mirada puesta en Jesús de Nazaret, en sus actos y actitudes, y nuestros oídos atentos a sus palabras, vamos a despertar un día de estos, y vamos a poder dejar atrás toda la programación con que nos han atado, con sutiles cuerdas de guiñol.

Vamos a dejar de hablar con frases estereotipadas de la jerga del sistema en que nos hayamos desarrollado.

Este es un milagro necesario y urgente para millones. Es la salida de un síndrome que me gusta llamar de "Pinocho". ¿Por qué? Porque no somos muñecos de madera a los que les crece la nariz al mentir y al mentirnos, sino hombres y mujeres de verdad, es decir, de carne y hueso, como la encarnación en que la Palabra de Dios vino hasta nosotros en la persona de Jesús de Nazaret.

Gandhi dijo una vez que "no se nos concederá la libertad externa más que en la medida exacta en que hayamos sabido, en un momento determinado, desarrollar nuestra libertad interna. Y si es cierta esta apreciación de la libertad, deberemos consagrar todas nuestras energías a reformarnos interiormente."

¡Que tengáis un buen día!

Joaquín Yebra.